

To Dr. Brightman, with best
wishes from his admirer

Alberto Rumbos

Democracia Trascendente

DEMOCRACIA TRASCENDENTE

por ALBERTO REMBAO

Editorial "La Aurora"
Corrientes 728 - Buenos Aires

Casa Unida de Publicaciones
Apartado 97 bis - México, D.F.

SMITHSONIAN UNIVERSITY
COLLEGE OF LIBERAL ARTS
LIBRARY

Hecho el depósito que
marca la ley.

GIFT OF
E. S.
BRIGGSMAN

PRINTED IN ARGENTINA
Impreso en la Argentina

COLLEGE OF LIBERAL ARTS
BRASILEIRO

125

NOTE:
AND
SLIP.

71

JC
423
F451

22

Definición del Adjetivo

Democracia quizás no se pueda definir a satisfacción de todos... y en puridad de postura no se debe definir, porque es como secreto que se descubre sin intervención de experto... fórmula mágica que se adivina... palabra perdida que se recobra... verdad que se intuye... y tesoro del espíritu que se crece mientras alienta, como todo palpito de libertad. En cambio "trascendente" sí que cae en el cuadro de la denominación común. Nada tiene que ver con la nomenclatura filosófica contemporánea. Es de trascender, que vale por exhalar olor subido y vivo; y penetrar como donde se comunican los efectos de unas cosas a otras. Así es la Democracia de las páginas que siguen, la que obra de fermento y catalítico, la que leuda la masa de la Comunidad, para que deje de serlo y se torne congregación de seres conscientes y responsables ante sí mismos, y ante el grupo que forman, y ante el cosmos que los contiene...

A. R.

C o n t e n i d o :

MOTIVO DE MARCHA

- a) La raíz beduína de la Democracia 11

1

LA DEMOCRACIA Y LA HISTORIA

- b) La visión teocéntrica de la Historia 19
c) La esencia dramática de la Historia 26
cb) La pista de la Historia 32
d) La óptica de la Historia 40

2

LA CIVILIZACION Y LA CULTURA

- e) Metamorfosis de la Civilización 51
f) Fueros de la Cultura 60
g) Enemiga de la Democracia con la Tradición 66
b) Cimiento aristocrático de la Democracia 71
i) Democracia ideal y democracia actual 74

3

LA DEMOCRACIA Y LA COSA PUBLICA

- j) El pábulo espiritual de la Democracia 81
k) El concepto de soberanía popular 88

l) El concepto de soberanía nacional	97
ll) La transformación histórica de lo Eterno	105
m) Una relación de ecología superior	114

LA DEMOCRACIA Y LA VALIA HUMANA

n) La dignidad de Juan López	125
o) La noción pneumática del individualismo	133
p) La aportación democrática de la fenomenología	141

5

LA DEMOCRACIA Y LA GUERRA

q) Paso del desierto de la violencia ineludible	147
r) Proyecciones éticas de postguerra	157
s) Sentido de la Revolución	165

6

LA DEMOCRACIA Y EL SISTEMA ECONOMICO

t) La propiedad privada y la propiedad pública	177
u) El flanco público de la propiedad	183
v) La propiedad concebida como fideicomiso	188

7

EL SENTIMIENTO DE RELIGION PERSONAL

x) El Jesús que hubo en Cristo	197
y) El Cristo que hubo en Jesús	209
z) El llamado de la Gruta	218

Motivo de Marcha

a) La raíz beduína de la Democracia

a)

LA RAIZ BEDUINA DE LA DEMOCRACIA

La Democracia se posita aquí como contrafilo del absolutismo gubernativo. La tesis que sigue mantendrá que el absolutismo siempre ha existido; y que el fenómeno contemporáneo del totalitarismo enemigo es en efecto forma de absolutismo oriental. Absolutismo en este sentido es noción geométrica del hombre y de la sociedad; es gobierno de "carro completo"; es filosofía de lo perfectamente acabado; es un círculo incluido dentro de una circunferencia que es línea que se forma de puntos equidistantes de un punto central. Sólo que los puntos son individuos, destinados de por siempre a mantenerse en su lugar, porque si no, se desbarata ipso facto el círculo, y se pierde la noción de circunferencia, y se acaba la geometría del campo plano. El absolutismo político es interpretación estática de la historia, que se mueve de acuerdo con la definición de circunferencia. Es la doctrina metafísica de la forma y la estabilidad, que en las relaciones humanas se convierte en doctrina de autoridad. Absolutistas estáticos serán los consabidos profesores Hegel, Nietzsche, Spengler y Marx (Carlos, el de *El Capital*). Metafísicamente hablando, Marx fué un reaccionario retardatario oscurantista que por causa del atuendo rimbomboso de su genio, retardó en unos cien años el proceso de la igualación social. Por haber deslumbrado a sus contemporáneos, prendió entre ellos la doctrina diabólica del odio

como *modus operandi*. El odio es mal consejero aun entre socialistas; porque comienza el socialista sincero de la Tercera Internacional, odiando a los burgueses mal portados que son sus enemigos por definición, y termina exterminando a los trostquistas que son sus correligionarios y debieran ser sus camaradas.

El absolutismo es concepto oriental, es decir, del Indostán, y su acción en Occidente es exótica y prestada. Los que se quedaban absortos ante la piroctecnia conceptual de Oswald Spengler, novelista sin igual pero sociólogo malo por nuncio de Hitler, lo hacían por falta de informe completo, de materia teosófica contemporánea, porque Spengler con sus ciclos y estaciones lo que hace es paráfrasis de la ciencia original de la rueda binaria del budismo. El absolutismo es vista de una realidad donde el cambio es imposible, por definición del círculo, donde el cambio es en efecto ilusión y *maya* defraudadora de los sentidos. Autoridad es necesidad, especie de razón de ser de Karma: esencia y flor del materialismo refinado de los diletantes de física que citan a Heisenberg pero nunca han visto una pila voltaica en acción.

El absolutismo totalitario se puede describir como aplicación de una teoría circular o *cíclica* de la historia. La democracia, por el lado opuesto, es la teoría *lineal* de la peregrinación de nuestro género. La teoría oriental absolutista de mundo cerrado y razones últimas alcanzadas ya, es concepto *geométrico* del mundo. La teoría occidental democrática de "campo abierto al talento" y mundos nuevos por conquistar todavía, es concepto *aritmético* del cosmos. La primera es condición de *statu quo*; la segunda, moción de *aventura*. El absolutismo predica el *orden*; la democracia, el *progreso*. La fórmula aritmética de la vida cuadra más con las condiciones ambientales de Occidente; quizás que en el Oriente tuviera razón de ser el modo

geométrico, absolutista, totalitario... pero aun así, el hecho es que el Oriente entero se occidentaliza, mientras que el Occidente se mantiene en sus trece posturas fundamentales.

Veamos de cerca esta máquina aritmética de lo gubernamental que en el encabezado se califica de cosa de *raíz beduina*. Lo democrático es lo de la línea recta por contraste con lo de la línea curva perfecta de la circunferencia. La recta no será recta de toda rectitud, pero es en todo caso *línea libre*, sin lugar determinado con respecto a un punto central. De ahí lo *beduino* de los demócratas; es decir, lo nomádico; que la democracia es modo de vida de gentes en marcha, de tribus que van a la ventura en busca de destino mejor —de pastos mejores en todo caso—. El proceso se inicia unas dos o tres pulgadas al oeste de la línea divisoria, entre Oriente y Occidente, por ahí en las planicies del Irán, Los abuelos espirituales del modo democrático de la aritmética progresiva lo son los escitas, y los tártaros, y toda gente de a caballo y conductora de ganados... Los escitas son, en mejor término, nuestros tatarabuelos democráticos.

Bisabuelos de nuestras generaciones lo son los hebreos —los hebreos, que no los judíos—. Se puede decir que, dentro de la historia escrita, el primer acto democrático lo realizó el patriarca Abram —que al hacerse demócrata se llamaba así: Abram, y que se cambió el nombre por el de Abraham, con hache en medio, como si para consagrar su acto de fe, porque fué acto de fe el suyo, de crearle a Jehová-Dios la promesa y de acatarle el comando, como dice en la Historia Sagrada, que vivía Abram, gran beduino y muy próspero por honrado y religioso, que vivía en Harán que estaba en Ur de los Caldeos, o sea Babilonia, lo que a la presente es el Irak. Mas he ahí que un buen día Jehová-Dios se le apareció a Abram y le dió orden de que se fuera al extranjero... "Vete de tu

tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; y haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre. . .”, etc. (*Génesis*, XIII:1 et seq.). Acto de fe del hebreo Abram que le creyó a su Dios y le tuvo confianza, porque no le dijo a ciencia cierta a dónde lo iba a conducir, sino que ya después se lo indicaría, *en route*. Ya sabemos que nuestro hombre fué a dar a la tierra de Canaán, habitada entonces por armenoides llamados amorreos, jebuseos, etc. Es decir, a lo que habría de ser después la tierra prometida de los hebreos egipcios y la tierra santa de los cristianos contemporáneos (Palestina). Esto es la democracia: acto de fe creencia en un algo que está fuera de la curva consuetudinaria de la circunferencia, por allá lejos, y siempre por donde se pone el sol; pues el hecho de la crónica es que el movimiento de los nómades democráticos portadores de la idea del progreso ha sido siempre siguiendo al sol.

Los beduínos del espíritu se encuentran también entre los habitantes de costas y playas. Son los vikingos, y Colones y Pinzones y Juanes de la Cosa y Américos Vespuchi, Magallanes, Corteses, Vascos de Gama, Legaspis... y detrás de ellos otros demócratas de marca mayor, los Francisco Xavier que se hicieron brahmanes con objeto de convertir a los brahmanes al Santo Evangelio, y los Felipes de Jesús que murieron en igual demanda crucificados en Nagasaki del Japón... Toda esta legión tiene que ver con el concepto aritmético del gobierno, que es la democracia.

La característica del beduino tatarabuelo del modo occidental democrático cristiano es ésta: que todos ellos son discípulos de Abram el hebreo; que todos ellos “quemar las naves” y destruyen los puentes que los vinculan con su tierra y su familia y su tradición; lo dejan atrás todo, y se echan adelante,

camino de Oeste a descubrir mundos, y a conquistarlos y a establecerlos en medio de llanura inclemente e inhóspita...

La parte sabia de estas cuartillas, la figura de contraste entre Aritmética y Geométrica, es enseñanza de Ralph Tyler Flewelling, director de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Sur de California, y de su ensayo *De medida de hombre*, pero sus verdades se expresan también en el otro extremo de América, en la República Argentina, donde el contemporáneo Carlos María Reyles versa también sobre el asunto, con un sitio como el siguiente:

“No eran americanos los primeros inmigrantes ni los primeros hombres que nacieron en este continente y formaron aldeas o colonias, manteniéndose agrupados, como lo habían hecho sus antepasados en Europa. El americano auténtico nace con el *pioneer* y con el poblador. El campesino europeo ve en la naturaleza salvaje algo hostil, en tanto que, para los dos genuinos americanos del Norte y del Sur, la pampa y la selva fueron ásperos, pero leales colaboradores; al conquistar la pradera, la montaña o la selva, incorporaban un trozo de naturaleza a su propio ser. Tanto el primero como el segundo, hicieron un pacto con ese vacío que exaltaba su iniciativa y dilataba su individualidad y su sentimiento de la libertad a un grado que el ser humano no había conocido hasta entonces”.

Significa todo ello, luego entonces, que democracia, más que sistema de gobierno es condición de vida y espíritu de caminante. Democracia en cuanto gobierno se concibe sólo entre gentes del abolengo de Abram, gente escogida... por Dios... *llamada a libertad*... gente que ve la visión y escucha el llamado... y que obedece la orden de marcha; porque estamos en que ver el signo no basta, es menester obedecerlo también, cuando obediencia significa suicidio en términos de lo estable cotidiano, vale como decir, cambio absoluto de la

vida y las costumbres del llamado, y sacrificio de sus comodidades y de sus honores, por causa del Ideal que se dibuja en un futuro distante y difícil de alcanzar, como está escrito: "Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial..." Lo que significa, item más, que siendo manera de nómades y peregrinos, la democracia rezuma eso mismo: espíritu de aventura condicionada por mandato previo; vale decir, comisión, encargo, encomienda de ir a levantar ciudad más allá del horizonte conocido. Espíritu tal será de toda suerte religioso, es como decir, punto de vista de gente con sentido de Dios... De atisbo como éste se deduce el otro recién emitido por ahí, de que democracia es en efecto religión proyectada al reino de lo político. Quizás alcance mayor exactitud estotro: que política y gobierno de corte democrático son posibles únicamente por medio de hombres religiosos en sentido de peregrinos y visionarios capaces de escuchar la voz que al escogido le habla en el valle de Mamre, desde lo escondido del alcornocal.

La Democracia y la Historia

- b) La visión teocéntrica de la Historia
- c) La esencia dramática de la Historia
- cb) La pista de la Historia
- d) La óptica de la Historia

b)

LA VISION TEOCENTRICA DE LA HISTORIA

¡Ay de Ariel, ciudad donde habitó David! Añadid un año a otro, mátense víctimas... Mas yo pondré a Ariel en apretura, y serás desconsolada y triste; y serás a mí como Ariel... Porque asentaré campo contra ti en rededor, y te combatiré con ingenios, y levantaré contra ti baluartes... Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo; y será tu voz de la tierra como de pythón, y tu habla susurrará desde el polvo... Y la muchedumbre de tus extranjeros será como polvo menudo, y la multitud de los fuertes como tamo que pasa; y será repentinamente, en un momento... De Jehová de los ejércitos serás visitada con truenos y con terremotos y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y llama de fuego consumidor... Y será como sueño de visión nocturna la multitud de todas las gentes que pelearán contra Ariel, y todos los que pelearán contra ella y sus ingenios, y los que la pondrán en apretura... Y será como el que tiene hambre y sueña, y parece que come; mas cuando despierta, su alma está vacía; o como el que tiene sed y sueña, y parece que bebe; mas cuando se despierta, hállase cansado, y su alma sedienta: así será la multitud de todas las gentes que pelearán contra el monte de Sión...*

* *Isaías*, xxix:1-8.

Vista teocéntrica del devenir histórico se tiene aquí. Es la noción de que el futuro del hombre no va del hombre, sino que va de Dios. En cierto sentido es vista trágica y dolorosa, como que parte del supuesto de que el dolor, también, es ley de la vida; porque al amor se llega por camino de dolor. Nosotros, los del siglo veinte, no entendemos bien esta lección, porque todavía estamos narcotizados por el optimismo de fines del siglo diecinueve... El optimismo no es vista religiosa de la historia. El optimismo es noción *intra-histórica* de la realidad. Es noción de un progreso constante, en un devenir que se desarrolla de mejoramiento en mejoramiento y por virtud del esfuerzo humano. El evolucionismo irresponsable señorea en semejante medio. La noción es de un determinismo unilateral que desecha por sí y ante sí esa parte tenebrosa de la realidad mundana que se llama el Mal.

El optimismo es postura frente al cosmos que niega al cosmos para comenzar. Postura de quien ve sólo con un ojo y luego sólo un flanco de lo que está por delante. Postura que pretende ser científica, pero que es intuitiva en última instancia, de una intuición arbitraria. Se dice intuición arbitraria, porque la intuición legítima no es acción del intuidor, sino que pasión: no es manufactura, sino dado. Uno no intuye; a uno se le intuyen verdades. Intuición es "percepción o conocimiento claro, íntimo e instantáneo de una idea o verdad sin el auxilio de la razón, tal como si se tuviera a la vista". El optimismo así, es intuición hija del deseo, como de quien quiere que la historia sea ente amable y misericordioso que en una forma u otra maneja las cosas en guisa tal que resulten para bien del optimista, a saber, en forma que mantenga el *status quo ante bellum*, o que lo restablezca en buena sazón. Esta postura confunde a la historia con el cosmos; el cosmos es amable, pero la historia no. La historia es neutral. Va de los

hombres hacerla amable o amarga. Y la actuación de los hombres en cualquier momento histórico depende de su clase y de su compañía: de si son hombres buenos y de si son hombres que como Enoc andan con Dios por delante y con Dios a la vera...

Distinción: andar con Dios no es promoción eclesiástica, ni religiosa formal; no es, aun, creer en Dios; porque hay ateos que andan con Dios y teístas que son ateos... "La creencia en Dios es propiamente una actitud frente a la vida que se expresa en nuestro modo de conducta. Si queremos saber lo que significa creer en Dios, debemos preguntarnos qué sea esta actitud práctica y cómo se expresa. En su parábola de los corderos y los cabritos, Jesús le daba forma a esa cuestión a su manera tan incisiva. Representó la idea de un juicio final en que los hombres quedan divididos en dos clases: los aceptados y los rechazados de Dios. Se nos dice en la parábola que tanto los unos como los otros se asombraron de su destino final. La razón de su asombro está en el hecho de que el juicio se basó no ya en sus profesiones religiosas, sino simplemente en el modo de que se habían portado con sus prójimos. Hay que tener esto en mente a la hora de señalar algunos de los elementos que constituyen la creencia en Dios. Lo que nos incumbe son las acciones, que no las profesiones..."*

La vista política que se informa en el lugar citado de Isaías no es, tampoco, pesimista. El del profeta por excelencia es realismo práctico, posición de vía media, que contempla la realidad tal cual es: realismo en función de la fuerza creadora de la realidad. Realismo será darse cuenta el observador de que la historia no es jira campestre, ni expedición bucólica, ni planicie de Jauja, ni baño de rosas. La historia es campo

* JOHN MACMURRAY, *Crítica del ateísmo*.

de batalla en que la tensión particular se hace crisis. La historia es fuerza que obliga a la generación dada a caerse de bruces —si es que rehusa caer de rodillas— y a topar de nariz a nariz lo último fundamental... Y no hay generación que escape a este destino... Cada generación tiene su Paso de las Termópilas que defender y su Hitler que derrotar.

Vale decir, que la historia es una sucesión de crisis, que significa sucesión de juicios, en que la humanidad presente es traída *velis nolis* a la presencia de Dios. Así la historia es manera de procurador de justicia y agente de policía del Altísimo. Esto significa que la historia es instrumento, y no ente autónomo. La historia no es corriente encauzada dentro del tiempo cronológico. La historia es criatura de Dios. Todo lo que pasa, pasa en función de algo ulterior. Todo lo que pasa tiene un sentido moral... Los hebreos primitivos descubrieron este principio por espejo oscuramente, con su creencia de que cuando la historia iba bien —ausencia de calamidad— significaba que Dios estaba contento, y viceversa... Esta teoría no coincide, claro que lo está, con un concepto del Dios remoto; pero el hecho es que Dios está en potencia en cada uno de los procesos del devenir, de acuerdo con la filosofía islámica de que “no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios”. El principio es exacto; lo erróneo se tiene en definir lo que sea la voluntad de Dios...

En un mundo sofisticado y *blasé* Dios no tiene dedos. De donde la protesta de ciertos elementos avanzados que hicieran campaña por reformar la letra del himno nacional de cierto país americano donde se lee que “en el cielo tu eterno destino, por el dedo de Dios se escribió...” Este dedo es el mismo que escribió en piedra, mientras Sinaí se estremecía, los diez imperativos del código mosaico. Empero, la dificultad no estriba en la anatomía de la Deidad, sino en su esencia. Se le amputa

el dedo a Dios porque ya se le ha amputado la mano... y la cabeza; vale decir, que se le ha expulsado de la vida. Porque, aunque parezca heterodoxia, la Deidad se ve limitada por su propia esencia; porque el hombre tiene que hacer su parte, porque el cosmos es promoción cooperativa democrática, que no dictadura totalitaria...

Por tanto, vista la realidad bajo forma de realismo religioso, vale aún en nuestros días una noción como la hebrea primitiva de considerar la calamidad y la tragedia —la guerra y el fascismo— como crisis en sentido de juicio jurídico. He aquí un detalle muy importante, por significativo de la tesitura autonomista del siglo diecinueve. El detalle de los que le echan la culpa a Dios del estado del mundo... “¿Y qué clase de Dios es el suyo que permite semejantes barbaridades?” El supuesto de la pregunta es de una especie humana perfecta, indigna de ser sometida a crisis y juicios donde los inocentes sufren, y los buenos son víctimas de insultos y persecuciones, y los dignos se ven oprimido por enemigos altivos, y la humanidad entera camina por un valle de sombra de muerte... La pregunta es de una humanidad que se supone juez en lugar de reo... Donde los judíos que escribieron los libros del Antiguo Testamento la actitud era otra: la calamidad —índice de enojo del Rector— era especie de llamada al arrepentimiento; y el arrepentimiento, acto de reconciliación con una Deidad asequible y misericordiosa que estaba lista a reconocer el más ligero ademán de deseo de volver a la justeza predicada en su voluntad. La historia es punto de tensión entre el Creador y la criatura. La historia es como estrato de humanidad entre dos estratos de eternidad. Por debajo, la ley de Dios; por encima, el propósito o fin de Dios.

Así, la clave del problema no está en el estrato del medio sino que en los otros dos. Principalmente en el inferior funda-

mental, que es el de la voluntad histórica de Dios. La historia se desarrolla y desenvuelve con sentido, con propósito, con meta por delante y de acuerdo con ritmos predeterminados. Pero entiéndase bien: ritmos predeterminados no ya por Hegel ni por Marx: se significa ritmos predeterminados por Dios. Se habla de las normas inconmovibles de la dinámica celeste del espíritu —dominio de la ley moral de Kant— que son hermanas gemelas de las leyes de la dinámica astronómica. El trastorno no es de la historia, sino de la subhistoria, del estrato fundamental. ¿Habremos de repetir el lugar común de que la crisis no es política, ni económica, sino moral? El trastorno es criatura de individuos que pretenden reformar el cosmos suprimiéndole el primer estrato.

La vista religiosa de la realidad, que se dijo ya, no es pesimista, principalmente cuando se trata de la vista cristiana y del dominio de la historia última, que es período que se comienza a contar con el año 1 de nuestra era. Cuando el hebraísmo florece en cristianismo, cuando la visión se agranda, se tiene una esperanza basada en hechos concretos, que es esperanza diferente de la esperanza hija del deseo: esperanza racional y substantivada: la esperanza del Reino de los Cielos transplantado en la tierra, la esperanza de la ciudad de San Agustín. La esperanza se torna expectación legítima, como la del sembrador que siembra trigo y que sabe que *alis paribus* cosechará trigo en buena sazón. La esperanza se funda en la encarnación, que es la revelación por antonomasia; porque el hecho cumbre de la historia se apunta en los comienzos del Evangelio de Juan donde dice que el *Verbo* se hizo carne y levantó tabernáculo entre los hombres.

He aquí, luego entonces, el sentido moral de la crisis: que crisis es juicio superado: juicio con promesa... Se quiere decir que la crisis ocurre para bien; que la crisis reivindica

el sentido moral y comprueba la razón de ser de la historia. Así, la crisis es escenario de revelación y descubrimiento. Así, lo trágico y angustioso del momento será como dolor de parto cósmico, como tensión desgarradora de las texturas históricas, indispensable para que aparezca el nuevo orden, que es orden revelado, que descende de lo alto, y no orden forjado en las mentes de los dictadores. De tal manera, la realidad se hace amable, pese a su dolor, porque es trance de alumbramiento donde Dios la hace de partera; y de tal modo, y donde haya hombres libres de toda libertad —libertad que actúa sobre base del primer estrato y en moción de alcanzar el tercero—, se puede resistir la crisis con un canto de triunfo en la garganta, como de quien adivina en medio de la sombra los primeros matices de la aurora...

c)

LA ESENCIA DRAMÁTICA DE LA HISTORIA

La noción misma de la historia y el concepto del desarrollo histórico son aportaciones del cristianismo: ideas cristianas que jamás se expresaron antes del año 1 de nuestra era... La proposición es atrevida y se tiene que fundamentar. Es proposición del contemporáneo Juan A. Mackay, de quien será también el sitio que sigue: "Antes del advenimiento del cristianismo y de la formulación del pensamiento cristiano, el curso de la vida humana se concebía en el Mundo Occidental con la figura de un círculo. Los acontecimientos se movían en ciclo sempiterno. Donde los griegos de antaño el tiempo era "una rueda de repeticiones sin fin". El movimiento de los sucesos se interpretaba en términos de geometría y astronomía; esto es, en términos del círculo y de los planetas en su rítmico girar. No había nada nuevo, literalmente, bajo del sol. El interés entero del pensamiento se posaba en lo inmutable. Lo bueno, en todos los reinos de la vida, era lo que no cambiaba nunca.

"El progreso, por tanto, era completamente ilusorio. Donde los cristianos, en cambio, el tiempo halló su centro en Jesucristo. Así que el pensamiento cristiano procedió a quebrantar el círculo de antaño, y a empandararlo hasta reducirlo a línea recta con comienzo y centro y fin; los acontecimientos de la línea recta de la historia se consideraron como el des-

arrollo de un propósito eterno, que Dios le reveló al hombre en Jesucristo: sentido y centro de la historia; por tanto, el progreso histórico verdadero era un movimiento en la dirección en que la verdad inherente en Cristo, el centro de la historia, se aprehendía e interpretaba y aplicaba..."*

La interpretación cristiana de la historia, empero, no domina el predio entero del pensamiento moderno. El concepto cíclico griego reaparece bajo el nombre de morfología de la cultura, en *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. El mecanicismo de Lucrecio renace con Watson y Freud y en la sociología sancochada de la raza y el medio ambiente... Y hay el concepto biológico de la historia, asociado íntimamente con la teoría de la Evolución y su concomitante del progreso inevitable y automático... Y la noción dialéctica de Hegel con su tríada consabida de tesis, antítesis y síntesis. Y el concepto del materialismo dialéctico de Marx, tan difundido, de la preponderancia decisiva de los factores económicos. (Es digno de notarse aquí, como lo hace el Rector Mackay en la obra citada, que el materialismo dialéctico ostenta una faceta religiosa cuando "le da al hombre oportunidad de cooperar con el Universo en la ejecución del proceso inmanente..."). Con efecto, hubo comunistas rusos que a la par que repudiaban la religión tenían un equivalente de Dios, constituyendo así una fuerza espiritual mucho más formidable que la burguesía democrática que retiene la religión pero niega virtualmente a Dios...

Hay, por fin, la concepción o vista dramática de la historia, que Mackay —siguiendo a Toynbee: *A Study of History*— denomina específicamente el concepto mitológico de la historia. Con Toynbee, el "mito" se concibe a la manera de Platón y significa "la descripción poética y pictórica de una realidad supra histó-

* JOHN A. MACKAY, *A Preface to Christian Theology*. The Macmillan Company, New York, 1941.

rica". Es la teoría del "reto aceptado" y de una historia que resulta no ya del choque de dos fuerzas inhumanas sino que del "encuentro de dos personalidades super humanas"... Así, la clave de la historia se tiene en la realidad del reto y de la respuesta al mismo. El devenir es relación. La historia es drama cósmico. La historia, empero, no es universal sino particular. La historia se desarrolla en forma de discontinuidad.

Citando otra vez: "La interpretación específicamente cristiana de la historia... es de carácter dramático. Dios mismo es el héroe del drama. La redención del hombre es el objetivo de la historia. El principal antagonista de Dios es una potencia personal maléfica. Cuando, atacado por Satanás, el hombre cae, Dios mismo en la persona de Cristo entra al proceso del tiempo en plan de redención. El mundo de Dios penetra en la historia en Jesucristo, en un sentido único y de trascendentales consecuencias. La más trascendental de estas consecuencias es la fundación de una sociedad nueva, la Iglesia Cristiana, que es el "Cuerpo de Cristo" y su órgano principal para el establecimiento del Reino de Dios en la tierra... *"

La historia *humana* comienza con Jesucristo; porque antes de Cristo no hay especie humana, que hay una especie de sub-humanidad o sea, una humanidad natural... Es lo mismo de Toynbee, que éste envuelve en la idea de *discontinuidad*. Vale decir, que la realización de la dignidad del hombre no es logro humano, sino don de lo Alto, en Cristo. Esto no es teología. Esto es antropología. La historia no se desarrolla de estados anteriores: surge y desciende, cuando la esencia personal de Dios rompe la corriente del devenir y se torna hombre nacido de mujer.

* Op. cit., *The Divine Drama*, p. 91.

Juan A. Mackay, otra vez, nos dirá al punto: "El elemento conclusivo en la vista cristiana de la historia es que en Jesús de Nazareth el mundo de Dios irrumpe en el orden temporal. Su llegada (de Jesús) aun cuando haya sido presagiada por palabras y acontecimientos ocurridos anteriormente en la historia del pueblo de Israel, en sentido ontológico es discontinua con el pasado; le significa un comienzo nuevo a la historia humana: el advenimiento del Reino de Dios con potencia a la vida humana. Esto ocurrió en lo que Paul Tillich ha llamado el "tiempo cumplido", el "Kairos", a saber, un tiempo que ha sido invadido por la eternidad. Esta invasión fué la que trajo a Jesús al mundo. Jesús "fué enviado" al mundo por el Padre. Por tanto, no es exacto decir que Jesús trajo el Reino de Dios ora en concepto ora en realidad. Fué, más bien, el Reino de Dios el que trajo a Jesús. Con su aparición, entran a la historia humana nuevo poder y nueva autoridad..." *

Esta interpretación de la historia cobra en el momento actual significado nuevo y más rico todavía, a la luz de los fracasos de las demás: significado de un realismo a prueba de práctica. Es hecho tangible y concreto que Cristo es la respuesta a todos los problemas políticos e internacionales del día. La respuesta no se hace hecho visible porque es respuesta que requiere pregunta... La clave de la historia es relación de dos fuerzas personales: de la fuerza-creadora y de la fuerza-criatura: de Dios y el hombre. Dios es amor que se extiende en busca de cariño correspondiente. De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea no se pierda, mas tenga vida eterna... He aquí el quid de la cuestión: es menester creer... Y he aquí la tragedia liminar del conflicto: que la especie humana, todavía y a pesar de su tendencia religio-

* MACKAY, *op. cit.*

sa, no cree... Lo que es peor: cree en dioses ajenos. El lapso entre la Revolución Francesa y la Revolución Rusa es lapso de ateísmo, ora teórico, ora práctico. La humanidad ha sido durante estos lustros un organismo sin corazón; porque en el período, Dios ha sido Ente desterrado... La Razón, y la Técnica, y el Positivismo, y el Capitalismo, y el Materialismo, y el Cientificismo y el Imperialismo, y el Racismo, y el Totalitarismo, han sido manera de becerros de oro que sucesivamente han ocupado el lugar reservado al Altísimo...

A la presente, todos estos dioses han mostrado ya sus pies de barro... La función de un Dios de verdad es nutritiva y sustentadora. Los dioses de los últimos ciento cincuenta años han dado sus frutos de desilusión y hambre, injusticia y odio, guerra y muerte. Su influencia se ha hecho sentir aún en la misma Sociedad tipo del Reino de los Cielos, a saber la Iglesia Cristiana; de modo y suerte que ésta ha perdido su potencia de vehículo y vaso del Espíritu eterno. Ello empero, no arguye en contra de la bondad del Cristo; porque se habla de la Iglesia-institución-humana, que no de la Iglesia invisible *Una Sancta*, universal por antonomasia, que es la congregación de los privilegiados receptores del Misterio de los mundos que en Cristo se descubre para fines de redención...

Al momento, cuando el mundo se desfonda en rededor, lo único que queda es la Democracia, que con todas sus lacras y defectos es la forma que más se acerca al patrón cristiano de política universal. Pero aun esta Democracia demanda renovación. Y la única renovación posible es una que se logre a base de regreso a las fuentes de donde surgiera, que son las fuentes del Evangelio que informa la ética de Cristo. La historia, el devenir, el estado de la República universal, para marchar en dirección de su destino, tienen que religarse y reformarse y reconstruirse de acuerdo con pautas religiosas que

sean pautas jesucristianas. Aquí, religioso no significa la aceptación particular de esta iglesia o la otra. Religioso es lo religioso por excelencia: lo religioso absoluto que se da en la doctrina y el patrón del Fundador del cristianismo. Se quiere decir que la tarea por delante de todo hombre libre y amante de la supervivencia de la libertad y la cultura, es de cristianizar la historia contemporánea; lo que será cristianizar todas y cada una de las esferas de la vida y la actividad humanas. Y el modo de lograrlo es redescubriendo a Dios para así reconstruir el Estado... La tarea, claro que lo está, se puede hacer sólo y exclusivamente por individuos cristianizados de antemano: a saber, por personas que hayan redescubierto a Dios en Jesucristo.

cb)

LA PISTA DE LA HISTORIA

Frase ésta de John Macmurray, en su libro "The Clue to History"*. La pista de la historia es pista religiosa, porque la única interpretación posible de la historia es una interpretación religiosa... El conjunto de indicios y señales pertinentes a la averiguación del hecho por delante, ahora la pista, lleva con Macmurray al conocimiento de "la continuidad histórica de una *intención*..." El contenido de la historia es contenido humano, es contenido de calidad por encima de la evolutiva orgánica. Estamos allende la *teología*; estamos en el predio de la *intención*, que será suerte de enteología.

Macmurray viene a cuento en lo relativo a que la interpretación final de la historia tiene que ser religiosa, esto es, interpretación que corre por cauces de una *intención*, de un plan, de un programa, cuyos comienzos y cuyos fines quedan fuera de la historia. La historia es el instrumento de consumación del plan. La historia tiene que ver con el hombre que se liberta de la teología orgánica y se mueve en el plano de la enteología trascendental. El hombre orgánico es hombre sin historia. Con la historia comienza la actividad humana propiamente dicha. El hombre que deja huella de sus hazañas ya no es animal sujeto a las pautas de la evolución; el dejar de su huella

* JOHN MACMURRAY, *The Clue to History*. London, 1938.

es como su rito de iniciación en los misterios de un porvenir... El hombre histórico es ya el hombre inmortal, ente preñado de divinidad en cuanto parte ahora de la divina intención...

Todo esto, en buen romance, significa que nuestro mundo es mundo en manos de un Dios conductor; y que ese Dios es el Dios pregonado por Jesús de Nazareth diecinueve siglos ha; y que la historia universal y completa comienza, en efecto, con el Adviento... "El descubrimiento hecho por Jesús fué descubrimiento de que la vida humana es personal..." Significa ello también que la única solución de los problemas, el sentido del destino de la especie, es solución religiosa, valga decir, cristiana. En otras palabras, que la clave del asunto está en Cristo. La explicación del aserto se tiene concisa en un sitio de Nicolás Berdyaev:

"El cristianismo ha redimido al hombre de su esclavitud, situándolo espiritualmente en el centro mismo de la Creación. El espíritu antropocéntrico era desconocido del hombre primitivo. El hombre primitivo se sentía como una parte indivisible de un todo, formaba parte de la misma Naturaleza. Fué el cristianismo el que desarrolló en el hombre este sentimiento de antropocentrismo que constituye la principal fuerza motriz de los tiempos actuales. La historia moderna, con todas sus contradicciones resulta hoy día posible precisamente porque se formó esa sensación de antropocentrismo, ese sentimiento que eleva al hombre por encima de la Naturaleza y que le fué dado por el cristianismo. Los actuales enemigos del cristianismo no tienen suficiente consciencia de cuánto deben a esta doctrina..."*

El pensador ruso se extiende en su tesis por cauce que de primera inspección parece distinto del de Macmurray, pero

* NICOLÁS BERDYAEV, *El sentido de la Historia*. Editorial Araluce, Barcelona, 1936.

que al fin va a desembocar al mismo océano. El cristianismo no es secta judía desplazadora de su célula matriz, ni floración de la sucesión profética de Israel; no es concatenación evolutiva de hechos dinámicos... Aquí, como donde el catedrático de la Universidad de Londres, la historia no es teleología; es enteología... El cristianismo irrumpe en el tiempo a la milagrosa, que pareciera, como *dado* nuevo y eterno, como revelación de un orden *metatempo-espacial* que toma forma histórica para la redención del hombre...

Redención, empero, tiene con Berdyaev un significado muchísimo más amplio que el que en lenguaje popular se le asigna. Redención es liberación, pero liberación primordial; es liberación de los demonios de la Naturaleza que de antes tuvieron preso al espíritu humano. El mundo de antes de Cristo era mundo plagado de espíritus invisibles, de todas suertes y especies, como los de la mitología griega. De donde que el subhombre viviera en constante zozobra y temor de los espíritus —“demonio” era espíritu—; de donde que no se atreviera con la Naturaleza... “La esclavitud del hombre por los demonios de la Naturaleza era asimismo una autoesclavitud, puesto que era esclavo de su propia naturaleza inferior. Y el hombre era incapaz de librarse por sus propios medios de esa esclavitud...” Así, redención es libertad.

Luego entonces, el aparato tremendo de las conquistas científicas, todo eso que en común denominador incluye los logros de la técnica y las maravillas de la civilización industrial, todo el proceso de domesticación del ambiente y de dominación de la Naturaleza, todo ello, se debe al cristianismo. Porque la conquista de las fuerzas naturales se ha hecho por hombres libres, vale decir, por hombres que a dichas fuerzas no le temen. Esas fuerzas son lo que de antaño fueran demonios. Y los hombres son libres ahora —aun cuando se sientan y pro-

clamen anticristianos— porque el cristianismo los libertó de las garras del miedo, porque el cristianismo los hizo libres en el sentido de hacerlos personas, entes autónomos, hijos de Dios y herederos de su gloria. Esto es lo que gira en torno a la frase de Macmurray de que Jesús descubrió que la vida humana es vida personal.

La libertad con que Cristo liberta es libertad paradójica: libertad con anverso y reverso que se complementan y completan. El hombre llega a la libertad por virtud de la intención primordial que rige la historia. La paradoja tradicional en que choca la idea del gobierno divino del mundo con la noción del libre arbitrio del hombre es a la larga afirmación categórica de la intención divina. La contradicción de lo cierto frente a lo contingente, que en filosofía resulta piedra de tropiezo, se resuelve en religión por medio de una síntesis. Esto es, que la libertad del hombre cuando alcanza a su nivel de plenitud coincide, por causa de su propio genio, con la voluntad de Dios. De donde la sabiduría infinita de la petición dominical: “Sea hecha tu voluntad en la tierra así como es hecha en el cielo...” Esto es, que el querer humano es querer divino sin desarrollar todavía, querer divino en potencia. En realidad de verdades, aquí se tiene el equivalente enteléquico del progreso teleológico. Aquí se tiene la curva misteriosa de los siglos en que la pista es también meta, y el camino llegada, y el esfuerzo consumación...

De donde que el “descubrimiento” —la revelación— de Cristo cobre sentido último en la solución de los problemas atañedores a cualquier momento de la historia. No se trata sólo de una solución “cristiana” —condicionada o torcida quizás por los cristianos— sino que de la solución-Cristo. Cristo es, aparte de Persona, Proceso. Esto es, que en el Cristo humanizado en Jesús se tiene la *in-formación* —la incorporación, la

encarnación— del Proceso cósmico. Es lo del Prólogo del Cuarto Evangelio, de que el Logos se hizo Hombre y habitó entre los hombres, para incendiarlos con luces de eternidad...

“El Reino de Dios está dentro de la historia; pero también más allá de la historia. El Reino de Dios no se puede identificar con sistema particular alguno: ni con el *statu quo* ni con este o aquel sistema revolucionario que queramos implantar. En caso de que alguna de las panaceas político-sociales que ahora se nos ofrecen como salida se convirtiera en realidad, aun en su mejor forma de pureza, aun así, no sería el Reino de Dios. Cualquier sistema tendrá que quedar sujeto al juicio del Reino de Dios, porque éste es orden último y absoluto; todos los demás serán relativos... Por otra parte, no debemos caer en el error de depositar el Reino de Dios exclusivamente allende la historia. El Reino es reino eterno, pero es del fin de Dios —ahora de la *intención* de la tesis macmurreana— que irrumpa en el tiempo y en este mundo. “Venga a nos tu Reino”. Si bien el Reino no es de este mundo, y si bien no deriva su autoridad de este mundo, obra en todo caso de fermento y dinamita en toda estructura social... * Se quiere decir que el Reino de Dios es institución del presente y del futuro; que se le concibe como proceso y también como consumación de Dios; que es esperanza, pero también tarea. Tarea a la que hay que darse con toda la potencia que el Cristo inspira; esperanza de que en la controversia del humano devenir la palabra última será palabra salida de la boca de Dios.

Religión considerada como se la considera en “La pista de la historia” es fenómeno social que rebasa los atrios de las catedrales y los claustros de las instituciones eclesiásticas. Religión semejante será la médula de la historia, y la sangre de la vida,

* *Informe de la Comisión XIII*, Conferencia de Madrás, 1938. Editorial “La Aurora”, Buenos Aires, 1939.

y la espina dorsal de la sociedad. Caso de que historia, vida y sociedad se contemplen en forma de libertad, que es en efecto forma de eternidad. La tesis de Macmurray y la filosofía de la historia de Berdyaev atañen al hombre de la calle, al hombre medio, al ciudadano común y corriente que quiera vivir en el altiplano de las libertades fundamentales. Así, para ser libre tiene el hombre que ser religioso, que ajustar su marcha al paso que le marca el atambor de la intención divina. De donde que el imperativo religioso, la pauta de la vida religada, rece con todos los libres, que son los horros del grillete de la evolución orgánica, que son los que ya no les temen a los demonios, que son los libres en Cristo...

Cristo también se despoja de su connotación eclesiástica y deviene Factor del trívio y el foro y el mercado, manera de Eje y Foco y Centro de la Vida. De otra suerte, la libertad se va por la borda; de otra manera, se tendrá el regreso a la manigua de lo evolutivo orgánico y hasta más abajo del plano de los cuadrumanos. Porque un cuadrumano con garra técnica es inferior al cuadrumano sin evolver todavía.

La aplicación práctica y contemporánea de esta vista cristiana de la historia y de la vida se hace evidente de toda evidencia donde quiera que la libertad sea tenida por bien sumo. Donde no se la tiene por tal ya no hay hombres humanos; habrá quizás grupos zoológicos de entes revertidos a tipo primitivo. La aplicación que más urge en este momento es la política... Se habla de una política interpretada a lo Thomas Mann: de una disciplina primaria elemental: disciplina de la *Polis*, que es la ciudad, que es el grupo particular, con relación al grupo universal y abstracto que llamamos vagamente la sociedad... El hombre humano es hombre político antes que hombre social. Política es norma de convivencia en pequeño. Y ¿cómo llegar a dominar la regla de la convivencia en grande

cuando no se domina todavía la de la convivencia en pequeño? Hay que ser fiel en lo poco para poder ser después fiel en lo mucho.

Por eso es que la democracia —disciplina libertaria— funciona mejor en lo pequeño que en lo grande. En lo pequeño se puede ejercer mejor esa libertad cristiana que incluye aún el derecho del libre de tornarse contra su propio Libertador. Mann dice que la democracia es en esencia la traslación de los principios cristianos al campo de la convivencia. Y principio cristiano será el de ponerse en el lugar del rebelde, el de tratar de entender —para comprenderlos— los motivos de su rebelión. Actitud ésta de tolerancia, y no violencia y perdón que se fundamentan en amor.

Se quiere decir que el hilo histórico cuya pista alcanza por el pasado hasta el Calvario, se extiende por el futuro hasta el momento sin cuajar todavía en que coincidan el querer humano y el deseo divino, en que el Reino de los Cielos tome asiento en la tierra, en que el Cristo llegue y asuma las riendas del gobierno en todos los reinos del existir, inclusión hecha del reino de la producción y la distribución del pan: pan que se traduzca en salario natural, que sea salario de subsistencia plena.

Se quiere decir, también, que el imperativo religioso empuja y compele a la preservación del ideal democrático y de la forma democrática, que son ideal y forma dentro de los cuales el gobierno no es *sumo bien*, sino que instrumentalidad sujeta a la crítica y al ataque, al análisis y a la fustigación de los rebeldes libres, de las minorías opositoras. En este cuadro hay también lugar para los “enemigos”, para los ateos de todos los tiempos y para los “bolcheviques” de todas las conflagraciones, porque la libertad lleva en su entraña el derecho de rebelión. Esta verdad se reitera aquí porque es difícil de

ingerir en tiempos como los de hoy por hoy en que la idea gubernamental se proyecta por la catapulta de lo circunstancial a alturas de absurdo.

De reiterar también será la verdad de que en democracia el *bien sumo* es asunto del futuro, y valía por descubrir y elaborar aún. En democracia pura —que será democracia fincada en los altos del Sermón de la Montaña— el bien sumo se determina por el hombre, que no por el grupo; porque el hombre es en efecto el *terminus ad quem* de la realidad social. Esto no choca con la otra verdad de que el hombre para determinar esa valía tiene que hacerse grupo, que proyectarse hacia sus semejantes y en ellos y con ellos realizar su destino de armoniosa cooperación; pero el grupo será siempre medio, que nunca fin.

Todo esto es cristianismo; pero cristianismo en el sentido de pista y fin de la historia: cristianismo que no quiere decir secta eclesiástica —una de tantas—, ni siquiera religión en la acepción corriente del vocablo. El cristianismo que significa visión cósmica del existir: visión que se nos da desde un comienzo en forma de libertad. Y libertad aquí no es libertad seccional —política, social, económica— sino que libertad personal, que es libertad de persona, de ente que vive por encima de lo evolutivo orgánico, en tierra de autonomía entera, de señor de su ambiente, que no de esclavo de la Naturaleza...

d)

LA OPTICA DE LA HISTORIA

Ley de que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión. Ley que por serlo señorea en el ámbito entero del existir, que es ámbito de dos caras: cara de lo físico y cara de lo metafísico, que es lo espiritual. “Espiritual” no es necesariamente lo de ese “espíritu” de los intelectualistas que en rigidez de análisis es asunto de la física y del sistema nervioso. Espiritual es lo “otro”, lo de la zona virgen todavía, que es la inaccesible al experimentador científico . . . La zona metafísica, empero, no es sino contraparte de la física; a saber, reverso de medalla una e idéntica. Quiere decir que la ley física es atisbo de la ley espiritual, y viceversa. La ciencia en su plano de realización máxima se traduce en ley de la causalidad. Causa y Efecto son como columnas incommovibles del templo visible de la realidad.

De modo y suerte que las leyes de la óptica valen también en el campo de la historia, que es campo de metafísica, en cuanto proceso movido más por esfuerzos y afectos y ansias —motivos humanos— que por las otras fuerzas que corren bajo el denominador común de “motivo económico”. La historia así es función en términos de un punto. El punto de vista es el del momento actual, el del ahora y aquí imponderables, que son como la yema del dedo en movimiento de Omar Kayam que escribe su jeroglífico y sigue de frente sin detenerse a

corregir. Porque cada hombre y cada generación —valga decir, el hombre momentáneo, ya individual, ya colectivo— tiene ahora y aquí mismo su destino en la palma de la mano. De igual suerte que cada hombre es en efecto resultado ineludible de lo que su hombre antecesor un día en esa palma agarró. Estamos en la región del Juicio. La idea de Juicio es la roca en que se asientan los pilares de la Causa y el Efecto; como que el Universo es universo moral, a saber, organismo que palpita de acuerdo con leyes provenientes de un Legislador . . . Lo que el que escribe está haciendo en este mismo momento —lo mismo que el que lee— es cosa que en su vida se le acumula, y también en su carácter, para motivarles, al uno y al otro, el futuro. Estamos, claro que lo está, en que el futuro es el *ahora proyectado*. Estamos bajo la jurisdicción de la ley de causa y efecto.

Así, en términos de óptica, la historia de los próximos cuatro mil años será reflejo y consecuencia de la historia de los cuatro mil anteriores. La perspectiva no es fatalista; que lo será de un optimismo sano y consolador. Somos resultantes del pasado, hasta aquí; pero podemos ahora mismo, a manera de alfarero extraordinario, determinarle la forma a la olla del futuro. Hijos del Destino, tenemos al Destino en nuestras manos. Cada momento que *llega* es momento de oportunidad: oportunidad de enderezar el curso de la historia a la luz del reflejo que ella misma proyecta. No hay contradicción. Entre lapso y lapso, puede haber un margen de progreso, si es que el individuo, o el pueblo, observa y obedece. Pues se tiene la prerrogativa —de hombres libres en medio de un cosmos determinado— de seguir las tendencias que se traducen en bien. Por ejemplo, la tendencia *meliorista* de los últimos diecinueve siglos: tendencia que se informa y encarna en la creencia en Dios: creencia en Dios *a la manera de Jesús de Nazareth*.

Creer en Dios a secas significa poco; significa nada, mientras no se define el predicado de la oración. Una cosa es creer en Dios, y otra creer en una idea de Dios. Hoy día cuesta poco creer en una idea acerca de Dios, máxime cuando los astrofísicos han puesto de moda cierto modo de creer en esta equis y la otra que identifican con sus teorías cosmológicas y que, en el pensar amorfo y descoordinado del rebaño pensador, adquieren proporciones de cosmogonías... Así hay creyentes en Dios a la manera de Einstein, Eddington, Jeans, Planck, Bohrs y demás sabios de la cosecha contemporánea. Por eso es que a nuestras alturas del tiempo las cosas de Dios andan por los suelos; porque no son de Dios mismo y propio, sino que de una idea, de un clisé cuya matriz corre de prensa en prensa y se difunde con celeridad de rayo cósmico entre los letrados y entre los legos... Hace unos años que un buen señor de Boston, Massachusetts, abrió una encuesta sobre el tema entre los sabios de más alto coturno de la contemporaneidad. El señor Einstein contestó por cable diciendo plus minusve: "Yo creo en el Dios de Espinosa (Baruch)..." El Dios del tallador de lentes de Amsterdam es un Dios muy grandote, pero no da la medida del Dios requerido por la integridad moral del Universo. Porque la creencia en Dios no es asunto de epistemología. Es asunto de conducta. Esa creencia, para ser creencia, tiene que traducirse en comportamiento. Uno puede muy bien llegar intelectualmente a la conclusión de que debe de haber por ahí un Algo con mayúscula, un Ente responsable de existir y sus relaciones. Pues bien, tamaña conclusión será ficticia, por ser de estirpe mental. Creer, cuando de Dios se trata, significa un ejercicio cordial, del corazón, que no un movimiento del cerebro, ni del sistema nervioso, ni de la parte del organismo donde se efectúa el pensar. Creer representa la postura del individuo frente al Cosmos, cuando se

contempla en términos de confianza y fe. Hay creencia y hay creyente cuando se piensa de un Universo amigable y amigo y cuando se siente, como por forma de intuición, la influencia de esa amistad. Anda uno en tierras de amistad cuando va desarmado y con la espalda descubierta...

Actitud de confianza y fe, característica del creer en Dios. Actitud de hijo de familia que por muy distante que se encuentre del hogar sabe, sin embargo, que el hogar le sirve de base de operaciones y refuerzos, ya que, llueva o truene, el cheque de la mesada le llega con regularidad. Esto es el creer en Dios: sentirse dependiente de un Padre o Tutor, o de un Gobierno que lo tiene a usted pensionado en el extranjero y que no le falla el día primero, cuando menos del mes de marzo en adelante, ya que hacia el mes de enero se reforman los presupuestos y se suprimen las pensiones y las "comisiones" y las sinecuras y las canongías... La tesitura de confianza del creyente encuentra expresión en la antigua frase, "Dios está en su santo cielo, y son las doce y sereno..." Tesitura ésta que tiene su contraparte y reverso en la postura espiritual del que no cree. La actitud del que no cree ante su mundo es actitud de temor y miedo. Paradoja: que mientras más independiente y autárquico se sienta el individuo, más cobarde y temeroso será frente a la vida... El independiente es individuo que aparece en la escena con la espalda contra el muro de la Nada, en actitud de defensa, luchando a brazo partido contra el Universo entero, y contra sí mismo... De la prole de los independientes son no sólo los ateos, pero también los creyentes intelectuales, que son los que creen en la idea de Dios más bien que en Dios mismo... Porque todo ente que va por la vida con el sable desenvainado y parando golpes a diestro y siniestro, no puede creer, porque no sabe creer, a pesar de todas las "convicciones" que a la luz de la lógica pueda mantener.

Paradoja segunda: que la creencia en Dios —ejercicio del corazón y el sentimiento y la voluntad— nos libra del miedo y del egocentrismo y del independentismo. Lo que vale por decir que la independencia se logra sólo por medio de la dependencia, y que la libertad última consiste en rendirse por entero a una voluntad superior y ajena a la propia. Corolario de la paradoja: que la responsabilidad genuina consiste en no saberse ni sentirse responsable del momento ni del lugar en que uno se encuentra, lo que será saber y sentir en términos de teísmo integral, que es saberse y sentirse parte de un Todo cuya suerte y cuyo destino están en buenas manos, aun como las de Dios.

Puesto el asunto de diferente manera: creer en Dios significa ver el mundo y la vida a la franciscana, a la mínima, que es ver mundo y vida como si, con microscopio, la vida y muerte que todo se ve muy grande y entonces el que ve se siente pequeño y aun minúsculo... La creencia en Dios le cultiva al creyente el sentido y la consciencia de pequeñez, que son sentidos y consciencia del tamaño normal de cada quien. La creencia lleva en sí el reconomiento por el individuo de que su vida individual no cuenta mucho en términos de cantidad, porque es parte pequeñísima, si bien indispensable, de la historia de la especie humana. Lo que es más, no bien llega el individuo a la ciencia de su insignificancia relativa frente a la historia cuando ya se ha percatado de otro hecho concomitante del anterior: el hecho de que la historia y la humanidad misma son, a su vez, parte infinitesimal del Cosmos que las incluye, a pesar de todos los adelantos de la ciencia, y todas las realizaciones del arte, y las conquistas todas de ese hombre que —*ad astra per aspera*— se ha ido moviendo hacia adelante y hacia arriba por sendero de tragedias y crucifixiones y muertes... Quien llega aquí ya está contemplando la existencia y

el devenir en su forma de eternidad; ya está asombrado y absorto y reverente: ya está de rodillas: ya cree en Dios como Jesús enseña y no como proponen la filosofía y la ciencia; porque ya entonces ha llegado a conclusiones cordiales que, por otra parte, la razón y el buen juicio comprueban, a saber, que el Cosmos y el mundo y la vida están en manos de una Fuerza superior y poderosa por más que velada de misterio: Fuerza amable y amiga, cariñosa y providente que con el Cosmos y el mundo y la vida se porta como un buen padre de familia se porta para con sus criaturas y sus hijos... De donde que en Occidente a esa Fuerza se le llame Padre.

Este creer-actitud es convicción viva. Y urge distinguir entre convicción y opinión. “Según mi leal saber y entender” es frase incompleta y parcial; porque ciencia y entendimiento son fenómenos de lo intelectual; pero el creer es ejercicio del nómeno, como que el nómeno está siempre a la vista y al alcance del que captarlo quiere, y como que todo hijo de vecino tiene mano con que captarlo. La opinión es creencia académica; la convicción es creencia viva. La academia es como quien dice tienda de artículos de segunda mano; pero la vida es eso mismo: vida, contacto de raíz y buceo de fondo... Estas líneas querrían meterse más con los creyentes que con los ateos; porque hay creyentes que lo son de opinión más bien que de actitud... Hay montones de cristianos que se acercan a los templos recitando el credo de los apóstoles, “Creo en Dios Padre todopoderoso”, etc., cosa muy importante y buena por cierto; pero eso no es creer a la viva. Creer es vivir —pensar, y hablar, y trabajar, y divertirse, y sufrir, y penar, y morir— con algo por delante, como estatutos que “estarán por frontales entre tus ojos”, que dice el Libro de la Ley Segunda; a saber, que la vida y la muerte, el aquí y el allá, el ahora y el después, están en manos de Dios. Eso por delante *significa*, determina,

orienta la conducta del individuo con respecto a sus semejantes, y por eso cuenta; por eso tiene que ver.

La convicción viva —el creer-actitud— no se alcanza por caminos de lógica. La convicción viva es don desprendido de lo alto, para usar figura de Richard Roberts, que nos la explica diciendo: “La lógica puede traer al individuo al precinto; pero va de Dios tan sólo abrir la puerta...” Quiere decir que estamos frente a la antítesis opinión-convicción. La opinión es de lo físico; la convicción de lo metafísico... La tarea es de trascender de la opinión a la convicción; es tarea que de hacerse se hace con auxilio de tercera persona, aun como la persona del Espíritu Santo... Opinión es filosofía; convicción es fe. La opinión es acto de gimnasia mental; la convicción es acto de fe, en el sentido de conducta motivada por fuerza ajena a los motivos físicos. Aquí, en este terreno de la acción con Dios por delante es donde la religión encuentra su criterio y su crisol como fuerza social. Lo será cuando es instrumento por medio del cual la fe se apodera del individuo al grado de gobernarle la voluntad entera sin reserva ni excepción.

Esta fe, este creer-actitud es el meollo y la médula y la entraña de la vida-vida, de la vida total que no termina con la muerte y que por eso es vencedora del miedo —miedo del pasado y miedo del presente y miedo del futuro—, como que es fuente y dínamo de coraje y de poder. Ésta es la fe que vence al mundo y que hace que quien la cultiva y extiende permanezca incommovible aun cuando los huracanes del momento lo cimbrean, lo mismo que incommovibles permanecieron todos esos antepasados nuestros que fueron fieles hasta la muerte en tiempos de trastorno y persecución. Fe de ésta es la que necesitan estos tiempos: de tragedia e incertidumbre y dolor: fe que se crece en medio de la tormenta; específico salido de las retortas del valor concienzudo, que al que lo toma le

agiganta las fuerzas a la hora de los peligros y las vicisitudes. Fe de héroe ante cuyo aliento aun la Naturaleza misma trema de asombro... —“Y los Andes se hicieron a un lado, para verlo pasar...”—. Fe de quien le dice a la montaña que cambie de sitio, para que la montaña obedezca. Fe que vence al mundo porque es superior al mundo, cuando encarna en varón fuerte de alma entera, porque el mundo pasa —ahora los ventarrones de la crisis— pero la Palabra no pasa, sino que permanece para siempre... Fe con premisas de confianza y aplomo espiritual, como de quien dice “yo sé en quien he creído, como de quien se sabe del lado de Dios. De donde que la base de la premisa sea cimiento invertido —aquello de Ingenieros de que los ideales halan—, a saber, cosa que descende de lo alto, dádiva del Espíritu Santo, que es el espíritu de continuidad y concreción que mantiene nuestro mundo en orden bueno y moción de armonía, aun como “al sol y a las demás estrellas...”

La Civilización y la Cultura

- e) Metamorfosis de la Civilización
- f) Fueros de la Cultura
- g) Enemiga de la Democracia con la Tradición
- h) Cimiento aristocrático de la Democracia
- i) Democracia ideal y Democracia actual

e)

METAMORFOSIS DE LA CIVILIZACION

Lapso de anomia entre civilización que pasa y civilización que surge: en que las pautas se quebrantan y desaparecen las valías... Período de vida en muerte que es umbral de alumbramiento... Interregno que vale por el espacio de tiempo en que un Estado no tiene soberano... Temporada como la que se describe en la última sentencia del Libro de los Jueces diciendo que "en aquellos días no había rey en Israel, y cada quien hacía lo recto delante de sus ojos", o sea en buen romance lo que le venía en gana (Jueces, xxi:25).

Así lo mismo en los seis lustros de un Siglo XX que comienza de hecho en 1914, con la guerra primera. Ha sido período semejante al experimentado por las tribus consabidas: período de agonía por alcanzar la unidad. Sólo que ahora la tierra de Canaán abarca el planeta entero, y que no son tribus sino naciones las que agonizan, literalmente, por llegar a la *universidad*. El período ha sido de autonomía nacional desenfrenada, de autarquía económica imposible, de violencia y atropello, de ismos y banderías. Período de la insurrección de la Parte que pretende desplazar al Todo... Interregno durante el cual hemos estado "sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios." Porque destronamos a Dios y lo echamos al cesto de lo inservible; porque los hombres del siglo veinte, en lo que va corrido del mismo hemos venido haciendo lo recto delante de nuestros ojos, lo

que nos ha venido en gana, ya que descartamos la ética y echamos la moral por la borda...

La primera persona del plural se usa en sentido de Dostoiewski: en sentido de que todos hemos pecado, de que todos somos culpables... En el sentido de que hay un cierto farisaismo y una cierta hipocresía en atribuirle a Hitler la culpa entera del crimen actual. Nos olvidamos de que Hitler es hechura y construcción nuestra, floración horrenda de nuestra rebeldía luzbeliana. Ignoramos, o hacemos por ignorar, que hay dentro de nosotros un Hitler latente en veces y en veces activo, a saber, el espíritu de desobediencia al Imperativo de la hermandad. En última instancia, la hecatombe actual, y las preliminares —crímenes en China, Etiopía y España; persecuciones de hebreos; crucifixión de Checoeslovaquia y Polonia; institución oficial del paganismo a la Rosenberg— han sido obra inmediata de individuos particularísimos, de hombres mortales, insignificantes en sí, pasto de manicomio, como Mussolini, como Napoleón... Insignificantes resultan en una contemplación histórica de larga distancia, cuando se les mide con el metro de Bien y Mal que nos diera Cristo —para citar a Tolstoi—, bajo el cual “no hay acción humana inconmensurable. Como no hay grandeza donde no hay simplicidad, ni bondad, ni verdad.”

La hecatombe, se dijo, es obra *inmediata* de unos cuantos césares; pero también es obra *mediata* del común del pueblo, de la gente que sigue al demagogo civil primero, y de la gente que en seguida se le rinde y humilla, y le sirve de carne de cañón y lo acompaña en sus incursiones y fechorías. La responsabilidad de un pueblo que va con su gobierno a la conquista de Etiopía y a la destrucción de Checoeslovaquia es irremisible cuando se la considera en términos de democracia, cuando se parte del principio de que la soberanía reside y radica

en el pueblo, y cuando se reconoce, como en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, que entre los derechos inalienables del hombre se cuenta también el derecho de rebelión... Ello significa que el pueblo italiano, y el pueblo alemán, y el pueblo japonés, son responsables, en lo colectivo, de la conducta de sus gobernadores, porque contra éstos se debieron haber rebelado. Hasta hace poco, era costumbre culpar a los hombres de Versalles de la ruina de la República de Weimar; pero el hecho histórico está ahí de que Hitler capturó el poder principalmente por virtud de fuerzas nacionales alemanas animadas del espíritu de venganza nacional. El negar la responsabilidad colectiva sería concebir la historia como proceso determinado por un hombre, como el héroe de Carlyle.

Pero no; la historia no es resultante de la actuación de un hombre; el conductor es, más bien, producto del proceso, que se extiende hasta después de la función terrena del hombre. El hombre y la historia son entidades libres pero no autónomas; el uno y la otra dependen de Dios. Y Dios significa lo que está más allá y por encima del hombre y de la historia. “La historia es el lugar donde el hombre se determina a sí mismo en libertad. De igual modo, la historia es el lugar donde el hombre se ve determinado por el destino histórico contra su libertad. Y muy a menudo las creaciones de su libertad se convierten en los instrumentos empleados en contra suya por el destino; como por ejemplo, ahora que las potencias técnicas creadas por él (el hombre) se tornan en su contra con fuerza irresistible. Hay períodos de la historia en que predomina el elemento de la libertad; y hay períodos en que prevalecen el fato y la necesidad. Un período de necesidad prevalente se inició en el momento en que (con el auxilio voluntario y premeditado de las clases gobernantes de todos los países afectados) se estableció firmemente el poder de los dictadores y se

dió el paso decisivo hacia la autodestrucción catastrófica del sistema liberal de vida . . . *

Estamos aquí ante el problema sempiterno de la contradicción entre libertad y necesidad; problema que nos parece contradicción porque lo examinamos con ojos de egoísmo, como si fuera del momento, cuando es de la eternidad; porque no nos damos cuenta de que el ritmo de la existencia en Dios es así: de luz y sombra, de gravedad y fuga, de lo centrípeto y lo centrífugo, de libertad y necesidad. El momento, ahora lo de la historia, disminuye en importancia cuando se le mide y aprehende como simple eslabón de una serie todavía sin terminar de momentos.

Dígalo si no el grito de angustia que se escucha por doquiera en tiempos de crisis. En nuestros días, es grito de salvar la civilización y la cultura (de Occidente). Pues, en grandísima parte, el grito significa, ora consciente ora inconscientemente, salvar los intereses creados inmediatos del que grita. La civilización le significa al que esto escribe, por ejemplo, el sistema de calefacción, el agua caliente que, antes de la irrupción del fascismo tripartito tenía a su disposición durante las veinticuatro horas del día: agua caliente que ya le escasea porque no hay aceite combustible suficiente, porque los barcos que lo traen andan en menester más urgente, como el de abastecer a los ejércitos que hacen la guerra en Europa y las islas aledañas del Japón.

El grito de salvar la civilización no ha querido decir salvar la herencia espiritual de la raza, porque esa herencia la habíamos malbaratado ya, los de esta generación, por un potaje de "progreso". Empero, la conducta de una generación dada no afecta de muerte el valor de su herencia espiritual que por

* PAUL TILlich, *The Word of Religion to the People of this Time.*

espiritual se sobrepone a las peripecias del tiempo y perdura. Además, toda civilización contiene costras y excrescencias que los incendios periódicos destruyen para que salga a luz lo medular imperecedero. En cierto modo, las tragedias de la historia se pueden concebir como medidas catárticas de que se vale la Vida para defenderse de la Muerte, para impedir que el organismo dado perezca.

Por lo que a la civilización occidental toca, lo que se presencia y experimenta es su transformación en civilización mundial. El concepto de civilización occidental es concepto cerrado; se trata de una civilización incluida dentro de ciertos límites o "landmarks": civilización con "frontera", con "campo abierto" por delante, en forma 1) de pueblos *salvajes* que incorporar al predio civilizado; o en forma 2) de pueblos paganos que traer al conocimiento del Dios y del Salvador de la civilización; o en forma 3) de tierras ricas en materias primas que explotar por causa del progreso y para provecho pecuniario de las empresas y corporaciones "civilizadoras". El primer capítulo corresponde a los movimientos civiles de colonización resultantes del descubrimiento de América; el segundo a la empresa misionera de las iglesias cristianas; el tercero al aspecto netamente mercantilista de la penetración de los predios descubiertos por empresas particulares, apoyadas y protegidas por sus respectivos gobiernos.

Quiere decir que en el mundo occidental se ha pensado hasta aquí de civilización a la manera de los griegos de antaño. En el pensamiento de la civilización del siglo diecinueve, permeada de una valía bastarda pero poderosa —la del motivo del lucro substanciador del sistema industrial-capitalista— se ha dividido a la humanidad en dos porciones: la de los griegos y la de los bárbaros. Los griegos son los europeos, la *gente decente*, los civilizados y cultos; los bárbaros serán los demás:

los habitantes de las “naciones atrasadas” y de los países “a medio desarrollar”. Se pudiera decir que durante la época que ahora muere ha prevalecido la contraposición de la metrópoli frente al campo, a la manera eclesiástica de los comienzos del cristianismo romano con sus obispos “metropolitanos” y sus obispos “in partibus infidelium”. En todo caso, la nota tónica donde los gobiernos, y las iglesias, y las empresas de Occidente ha sido la de la existencia de una “frontera”.

Joaquín Xirau aporta un lugar ilustrativo del punto, diciendo en torno a la “Paideia” de Werner Jaeger: “La idea de cultura ha perdido su sabor. Lo culto se oponía a lo inculto, como lo cultivado a lo silvestre, lo maduro a lo agraz. No era una diferencia de grado, sino de esencia. Culto era el hombre civil. La comunidad occidental se oponía, como civilización, al resto de las comunidades humanas... Por una serie de causas que no son del momento —la concepción positivista de la historia ha sido acaso la más fundamental— todo ha tendido a destituir a la cultura de su calidad única y preeminente. No se habla ya de cultura en singular. La civilización occidental ha pasado a ser una cultura entre las culturas...”*

Ahora bien, la civilización occidental, en cuanto cristiana, ha disminuído de estatura espiritual quizás que para bien, y sin duda que por la emergencia, dentro del predio del pensamiento cristiano a la religiosa, del sentido de crítica, de un cierto distinguir ético, capaz de descubrir que en muchos de sus aspectos esa civilización no ha sido cristiana, pese a su nombre. Porque en Occidente se identificó el concepto de Cristiandad con el de Europa; y Europa se ha descristianizado en medida de su modernización. (Por Europa se entiende aquí el solar geográfico de tal nombre y sus proyecciones ultra-

marinas, principalmente en América). El historiador Silvio Zavala apunta que los países hispanoamericanos de fuerte población indígena se han salvado de la categorización de pueblos “a medio desarrollar” como los asiáticos y africanos, por el hecho de que España (y Portugal también) tuvo la intuición histórica de injertarles, literalmente, su esencia europea en forma de lengua y costumbre, cualificándolos así para formar parte del concierto moderno de las naciones civilizadas.

El Presidente Roosevelt, en uno de sus últimos discursos, hablaba de la forma en que se ha de establecer la paz, después de que el triunfo corone los esfuerzos de la gran coalición de las Naciones Unidas, diciendo que será paz desplazadora de la civilización occidental, que establezca una civilización mundial, aleaña de un orden de justicia y cooperación que se aproxime en cuanto sea posible al ideal soñado de un mundo universal: único y unido con vínculos de voluntad buena y cooperación militante. Es a saber: que el mundo por surgir después de la victoria será mundo en cuyo Parlamento tomen plaza, en calidad de iguales, todos los pueblos del planeta.

El desplazamiento de la civilización occidental por una civilización mundial no significa la eliminación del cristianismo, sino que más bien su descubrimiento; porque la médula del mensaje del cristianismo se tiene precisamente en la unidad de origen y especie del género humano; porque el cristianismo como fórmula de convivencia va más allá todavía de lo propuesto en un plan de concierto humano mundial: va hasta constituir la especie humana en familia, cuyos miembros, todos, son hermanos entre sí, por ser hijos de Dios. El mensaje concibe a todas las criaturas como de estirpe divina, aun cuando no pertenezcan al redil religioso cristiano. Se tiene aquí la forma inefable y en veces inaprehensible del sistema de vida en común establecido por Jesús de Nazareth: forma que

* *Cuadernos americanos*, N° 4, 1942, México, D.F.

trasciende las lindes de la religión restringida para abarcar en su ámbito a todas las religiones. Porque la de Cristo es especie de super religión, valga decir: forma de vinculación de todo lo humano, a pesar de los humanos y por virtud del amor de Dios que sobrepasa los niveles del entendimiento.

Esta noción de la universalidad de Cristo, capaz de incluir no ya a todas las civilizaciones y a todas las culturas, sino que también a todas las religiones (que son también culturas), se ilumina a la luz de otro sitio del ya citado Paul Tillich, que dice:

“La religión y el cristianismo comparten una ambigüedad de sentido que enraíza en la naturaleza de la idea de Dios. La religión se las ha con Dios, no importa qué sea lo que “Dios” significa en la religión dada. Pero, Dios, según el mensaje de la religión, trasciende toda posibilidad humana, inclusión hecha de la posibilidad religiosa misma. Por tanto, la religión, para habérselas con Dios, tiene siempre que negarse a sí misma en el nombre del Dios que afirma. La religión debe darse cuenta de la distancia infinita que existe entre todos sus símbolos, ritos, actos y ordenanzas, por una parte, y la realidad de lo Infinito que los tales señalan, por la otra. La religión que no hace tal se torna supersticiosa y arrogante . . .” (Op. cit.).

Vale decir, por tanto, que la transformación del orden de civilización y cultura que al momento prevalece en Occidente se puede calificar de triunfo del cristianismo medular y legítimo que se tiene en el mensaje de su Fundador; quiere decir que una civilización mundial establecida por el concierto de las Naciones Unidas defensoras del modo democrático de vida estará obrando a la cristiana cuando al musulmán, y al budista, y al animista mismo de Polinesia los trate como si fueran “cristianos”, como si fueran cultos y civilizados, como si fueran hermanos. Y lo que reza por concepto de creencia reza tam-

bién por capítulo de raza y color. Por donde que en la civilización inminente se deba liquidar de una vez para siempre la herejía de Rudyard Kipling, de la responsabilidad civilizadora o “carga” del hombre blanco, y la herejía del Destino manifiesto, y todas las demás desviaciones de pensamiento y sentimiento que en Occidente se recrudecieron con el auge del sistema de la oferta y la demanda . . . Lo que es más: ello significa que *también* a las clases esclavas de color blanco se les tendrá por “cristianas”, por civilizadas, por cultas, por hermanas, como que el mismo Roosevelt, ha puesto el dedo en la llaga de la desigualdad económica al incluir en sus “Cuatro libertades” la libertad que hace al individuo libre y horro de las cadenas de la indigencia, que también es esclavitud . . .

En esta civilización mundial, superadora de la occidental, la tradición hebreo-cristiana —la herencia espiritual de Occidente— permanecerá incólume y encontrará campo de mayor fruición todavía, como que el motivo de las Democracias, pese a las fallas de cada una de ellas en lo particular, es motivo cristiano: porque anuncia libertad a los cautivos, y se propone alimentar a los hambrientos, y se arrepiente de sus grandes errores pasados . . . De este modo, las explosiones de la dinamita fratricida se pueden tomar bien por tañido de campana apocalíptica que anuncia la muerte de nuestra civilización y el nacimiento de una nueva y mejor . . . a base de lo eterno que la primera ostenta, aun como el principio de que para vivir hay que perecer . . .

f)

FUEROS DE LA CULTURA

Estas páginas se escriben en tiempo de guerra, pero se fueren a un tiempo de paz. Cultura es disciplina imposible en sazones de exterminio. A los antiguos se les dijo que en tiempo de guerra no hay misericordia, porque misericordia y guerra se contradicen. La guerra es negación de la misericordia, por definición, porque misericordia quiere decir compasión de los males del prójimo, de los males ajenos, e impulso de perdón. La guerra desconoce la compasión y descompone el sentimiento fraternal, que si no, no fuera guerra. En campo de batalla activa lo ajeno y lo enemigo se identifican. Batallar es definir la línea y establecer los bandos: de este lado los propios y del otro los ajenos, los enemigos, los fascistas . . . en el caso de nuestros días. La guerra es antítesis de la cultura; porque guerrear es matar, y cultura es promoción pacífica, aun como la agricultura, que es el cultivo del suelo . . . que se hace imposible cuando “traza su parábola de fuego la metralla”.

Guerra es extinción de las luces de la cultura. La cultura se muere cuando se rompen las hostilidades. Se nos dirá que en toda guerra hay agredido y agresor; y que el agresor es el culpable; y se nos dice bien. Sin embargo, la proposición parte de un supuesto falso; parte del principio de que hay amigos y enemigos, de que hay dos bandos, de que se tiene una humanidad dividida en dos o tres por la política, la geografía, las

diferencias tradicionales, etc. El supuesto será falso si se reconoce la unidad de la especie humana, si se sabe que los habitantes del planeta somos de la misma familia por hijos del mismo Padre en lo religioso, o de la misma Madre en lo telúrico. En tal caso, la guerra se ve como conflicto fratricida, que no como cruzada redentora.

La situación se aclara si se la expone en términos diferentes de los convencionales. Digamos que somos *nietos* del mismo Padre Dios, o de la misma Madre Tierra . . . Hijos de padres diferentes —nuestros Pueblos particulares y de madres separadas— nuestras Tierras de nacimiento, o “nación”, como se decía antes. Somos primos, los chinos de los escoceses, y los hotentotes de los noruegos, y los armenios de los mexicanos; y así por el mismo orden, de acuerdo con la teoría de Ruth Benedict, la antropóloga de Columbia University, que en efecto confirma la doctrina del mismo ramo que se les dió a los antiguos en la versión semítica del Origen de las Especies, que es la misma del Génesis y de Adán y Eva, cuyo punto central consiste en que la humanidad arranca de raíz una. Y el meollo de la tesis probanda: que somos parientes, en grado “ene” pero parientes de todos modos, aunque no les agrade a las ovejas negras del rebaño, que son los racistas.

Claro que esta actitud denuncia ignorancia. Es decir, la de los supremacistas blancos; porque no saben que no hay tal raza blanca pura. En cambio, los profesores de las universidades alemanas que elaboraron la teoría de la *raza maestra* no lo hicieron por ignorancia sino que de mala fe, como medida de servicio a la Patria. Los profesores germánicos han cometido delitos de lesa cultura porque no saben lo que es Patria. Patria, en idioma de cristiandad, y en idioma de Grecia clásica, es promoción sedentaria. Lo mismo que Cultura es sedentaria, —aun por la etimología del término— Cultura es cultivo de la

tierra y establecimiento del hogar y la ciudad. Cultura es Patria establecida que contiene sus valores materiales primero y espirituales después, dentro de sus lindes, y que no anhela valías de allende la frontera. La vieja frase latina *pro aris et focis (certare)* nos da la pista de la esencia de la cultura. La sociedad así guerreara por sus hogares y por sus altares, que están en el centro de la patria geográfica, de la tierra natal. Consta que hogares y altares son sitios inmuebles. Gente de esta clase no sale a conquistar tierras ajenas. Cuando lo hace ya ha dejado de ser culta, ya ha adulterado la noción de patria, ya va a invadir otras patrias y otros altares.

Se ha dicho que la cultura no tiene cosa que ver con el patriotismo. Esto no quiere decir que no tenga relación con la Patria. El patriotismo en cuanto "ismo" será una forma de prostitución del sentimiento patrio. El patriotismo es manera de comercialización del apego del individuo a sus padres y a su suelo. El patriotismo de defensa se explica y se legitima. Pero el caso histórico es que todo pueblo invasor se mueve también con la ideología patriótica en los labios. La gente invasora, sin embargo, es antipatriótica. Los intereses de la Patria radican de fronteras para adentro. Los invasores colocan dichos intereses allende los límites propios, dentro de los ajenos, lo que significa guerra y destrucción de la cultura. Quien destruye la cultura destruye la patria ajena, y también la patria propia.

Llegando aquí sube de punto la criminalidad ecuménica de los invasores. Al atropellar los lugares santos del vecino —hogares y altares— lo obligan a tomar las armas, a matar, a mancharse de sangre... y lo que es peor, a tomar actitudes de venganza y prevención. Se quiere decir que los agredidos, al rechazar la agresión, y a la hora de vencer, se sienten obligados a invadir a su vez los terrenos de los otros y a atropellarlos

sus hogares y sus altares, vale por decir, a destruirles los símbolos patrios por excelencia.

La noción estática de la cultura parece incorrecta, porque el pensamiento contemporáneo se manifiesta en símbolos de mecánica industrial, en términos de velocidad. Se identifica la velocidad con el progreso; se cree que movimiento y dinamismo son la misma cosa. Se cree que el dinamismo es valor bueno; pero no se repara en que lo que hay a mano es dinamismo mecánico industrial comercializado. La DYNAMIS de la raíz es otra cosa, más cercana del Espíritu Santo que de las reglas de la Termodinámica.

Los dinamistas son de la misma casta que los comerciantes mercantilistas a lo siglo XVIII, y de los imperialistas, y de los amantes de la penetración económica y del comercio de exportación, y de los tratados de amistad y comercio, a base de 90 por ciento de comercio y 10 por ciento de amistad. Esta promoción encontró divisa en la locución inglesa de que "Trade follows the flag", de que el comercio va tras de la bandera... lo que resultaba en gloria y honra para la patria... que así ya no es patria sino que factoría en sentido castizo: no fábrica, sino que puesto de trueque de mercancías baratas, de los penetracionistas inteligentes, por mercancías valiosas, de los *nativos* ignorantes. En realidad de verdad, la frase funcionó al revés: la bandera seguía al comercio. El comerciante que establecía factoría en tierra de indios —así del Indostán como de Hispanoamérica— arreglaba en seguida que de la metrópoli le enviaran un destacamento, o un acorazado, valga el anacronismo, o cuando menos un cónsul... Estamos por supuesto con el expediente del imperialismo inglés en la India por delante. Al comienzo fué una empresa particular de comercio: la Compañía de las Indias Orientales. Pero el principio de la anti-cultura de toda agresión vale también en el caso del

imperialismo español del siglo quince y dieciséis, en América, y del portugués en los mares del Sur.

El principio es como así: que la cultura culta no es artículo de exportación. Que el proceso ideal será que los incultos vengan a los centros de cultura y no al revés. Claro que las agresiones que se hacen en nombre de la cultura son hipócritas, porque los invasores no van a cultivar, van a conquistar tierras, y súbditos, y oro, y materias primas... El caso de España es más a propósito que el de Inglaterra para aclarar el concepto. Toda la riqueza que se llevaron los galeones imperiales a la Península de nada le sirvió ni al pueblo español, ni al Estado español, ni a la dinastía gobernante. La cultura española —valga decir universal cristiana— que se incrustó para siempre en el suelo americano invadido, se estableció a pesar de lo inculto, bárbaro, salvaje, de la conquista. Hay que distinguir entre conquistadores y civilizadores. Los civilizadores lo fueron porque vinieron a quedarse, de servidores, que no con miras de regresar cargados de riquezas. En cuanto los misioneros del siglo xvi levantaron altares y santuarios de santos cristianos en los sitios de los altares de las deidades autóctonas vencidas, estaban en cierto modo, esos misioneros, convirtiéndose en indios, es decir, en parte de la cultura sedentaria, a modo de nueva comprobación del antiguo proloquio de una *Hélade cautiva que lleva cautiva a la cautividad*. Porque Hélade era culta, mientras que Roma era bárbara. Porque los cultos son los que vencen a la larga... aun cuando resulten humillados. Y lo que es más: el pueblo culto redime al bárbaro conquistador, a la larga por supuesto... como en el incidente aquél de la novela "El Resplandor" del joven escritor mexicano Mauricio Magdaleno... El líder revolucionario casi bárbaro recién bajado del cerro, se casa con la hija del señor feudal reaccionario dueño de la hacienda expropiada... Y la siguien-

te generación, los hijos del matrimonio absurdo a primera vista... ya no son tan bárbaros, ni tan reaccionarios, como sus apreciables progenitores.

En estos procesos, lo mismo en lo individual que en lo colectivo, es lo sedentario, lo culto, lo que prevalece; mientras que lo otro, lo dinámico móvil, lo bárbaro, lo agresivo, eso, se muere y se liquida, en el curso de una generación, o de dos. A los que están en medio del proceso, éste toma proporciones de eternidad, pero no las tiene. Lo que pasa es que una generación apenas si dura treinta años. Treinta años que no son sino un momento cuando se contempla el desarrollo de la historia en forma de eternidad.

g)

ENEMIGA DE LA DEMOCRACIA CON LA TRADICION

La Democracia siempre está en conflicto con la tradición, donde tradición quiere decir el acervo político del pasado. Hay de por siempre una enemiga entre las dos, porque la una defiende los títulos del ayer, mientras que la otra aboga por los del mañana sin cuajar todavía. Democracia es “salto al Caos”... Hay veces en la historia en que no se tiene por delante otra cosa que el caos, y el imperativo es de avanzar, pues que la vida es movimiento, pues que avanzar al caos es mejor que retroceder... en una realidad en que la inmovilidad no es posible... El “caos”, después de todo, es tropo, golpe de lenguaje que el *ayer* apolillado le arroja al rostro al *mañana* que en lontananza cada día más cercana se divisa y distingue en figura de gobernador, en movimiento de tornarse *hoy*. El “caos” es propaganda, de defensa, pronunciada por los voceros del statu quo —es grito de la élite gobernadora, como de “Hannibal ad portas”, como de irrupción de los bárbaros, grito que se da cuando ya no hay otra cosa que interponer entre lo establecido que se desmorona y lo nuevo que se avecina.

El significado de “élite gobernadora”: no es sólo el gobierno, ni sólo el grupo de los banqueros dominadores de las fábricas, ni los dueños de las fábricas que funcionan y son sin auxilio ni consejo de Wall Street, desde el momento en que

Henry Ford “dió aquel salto democrático al vacío”, negándose a pedir prestado en Nueva York y remitiéndose así, con su empresa y sus agentes de ventas, al caos, al desorden, a lo inusitado, al desmoronamiento de la hegemonía bancaria en el ramo automovilístico industrial. “Élite gobernadora” es todo grupo establecido y maduro, toda capilla, todo organismo capaz de imponer su juicio como ley. Élite gobernadora será también toda escuela literaria, y toda religión totalitaria y todo sistema métrico decimal, y toda geometría euclídeana, y toda arte académica... Por supuesto que de la revolución industrial de 1750 hasta nuestros días, las élites gobernadoras de las diversas ramas y variadas de la actividad humana se han visto gobernadas a su vez por la élite grande de los representantes del sistema económico-financiero de la oferta y la demanda, encubridora del régimen del monopolio opresor que altera su nombre de acuerdo con los momentos históricos. Capitalismo, propiedad privada, individualismo económico, economía liberal, economía libre, empresa libre, democracia económica, colectivismo voluntario —todos éstos— son nombres de una cosa y la misma —la cosa socio-económica universal que ahora se apresta a apoderarse del mundo de la postguerra bajo la denominación de *Cartel*.

La gente gobernadora se le coge de las faldas a la tradición, y la levanta como bandera contra el caos. Los gobernadores representativos del hoy con hoy se equivocan siempre, siempre, siempre, a la hora de las alianzas, porque las hacen con lo que ya no es, con el pasado que disminuye en ser a cada tic-tac del reloj. El statu quo, al equivocarse lo que hace es obedecer cierta ley fatal, cierto edicto de Cronos, de que el hoy con hoy tiene que perecer, engullido en las fauces del cambio dinámico... Si el statu quo se aliara con el caos, es decir, con lo que se avecina, la alianza retardaría el rompi-

miento de la aurora, al amanecer del siguiente día o estadio de la experiencia humana.

He aquí una verdad ineludible: que todo presente es aliado del ayer, y todo gobierno es reaccionario; y la frase "gobierno revolucionario" es de estilo suasorio, porque "gobierno" y "revolución" son antitéticos. La regla es así: cada día que pasa, el gobierno (en cualquiera de sus expresiones) se hace más y más reaccionario; es decir, que se adapta más y más a las formas del pasado, que son formas de lo muerto y perfecto. Claro que aquí lo muerto vale también, pero en otro orden. Lo muerto es capaz de emitir olor de santidad, que es olor como de incienso y copal, agradable al olfato del montón humano que será el pueblo sin educar. Este es el fenómeno que ocurre consciente o inconscientemente, en el culto de los héroes. Cuando un pueblo carece de héroes, procede a inventárselos, a aureolar a alguno de sus caudillos, con leyendas de gloria. En tierras de Islam hay lo que llaman por allá "Barakha", que es la influencia *nouminosa* que se desprende de las tumbas de los santos y profetas aun en forma de olor perceptible...

Esta enemiga de la democracia con la tradición no procede de la conducta de los demócratas revolucionarios, por una parte, ni de los conservadores tradicionalistas por la otra... Los unos y los otros son peones en una partida de ajedrez. La democracia la hace de enemiga de la tradición por causa de esa misma tradición. La democracia no destruye la tradición; destruye lo presente que se cubre de tradicionalidad; es decir, que lo coloca en su puesto legítimo de cosa pasada; que le arranca la máscara de la simulación y le dice: "ya no eres hoy, ya eres ayer, favor de tomar esa silla de allá atrásito..."

La democracia que da el salto adelante, que le abre la puerta al caos, resulta asimismo y también enemiga del caos...

Porque el caos no es otra cosa que el mañana, lo nuevo, lo que está en puerta... Estamos en que el caos no ocurre más que una vez en la historia, es decir, el Caos legítimo de la Biblia, Caos que era cosa muy respetable y digna aun de ser como lo fué bulevar polidimensional por donde el Señor Dios-Eloím salía por las tardes a pasear... que esto es lo que la Sagrada Teología interpreta en la frase de al principio y anterior al "Fiat Lux".

*y el Espíritu de Dios se movía sobre
la haz de las aguas...*

Es decir, que la democracia es domadora del caos de lo nuevo, porque apenas lo deja entrar cuando ya lo ha convertido en hoy, en presente, en statu quo, en interés creado en élite gobernadora que antes de mucho estará también clamando contra el nuevo mañana que ya se le viene encima... contra el nuevo caos... Pues otra de las características de estos movimientos consiste en que el "Hoy" pierde al nacer todo sentido de tiempo, y rehusa envejecer, y se cree permanente y estacionario e inamovible... Y en tal creencia se extiende hacia el ayer, como si queriendo anexárselo...

El remedio o contrapeso cósmico se tiene, por naturaleza de las cosas, en la democracia saltarina que funciona por un lado de comadrona y por el otro de sepulturera, democracia ésta que no será forma, ni entidad, ni statu quo... Lo que es la democracia es espíritu trastornador y medio de convivencia... La democracia no es fin, ni sistema, ni establecimiento constitucional. Por ello que se comete un solecismo conceptual al hablar de la defensa de la democracia... Una democracia que requiere defensa no es democracia. La democracia como tal es invulnerable, pues no hay fascismo ni nazismo ni mikadismo capaz de vulnerar a un espíritu, porque

el espíritu no tiene cuerpo ni forma; porque el espíritu es eso: como el del vino, que siempre se mantiene por idiosincrasia física, en estado de fuga, en acto de elevarse a la altura de donde procede.

Esto es lo que tratan de decir los apóstoles de la paz justa y duradera, sólo que tartamudean, y la lengua se les hace hormiga, y la voz se les anuda, precisamente porque en cuanto apóstoles son ya de por sí partes integrantes del "hoy" destinado a desaparecer en seguida ya. El punto triste —para los del statu quo, entre los que se deben contar los cuarentones de edades que el "nuevo orden", la "postguerra", el "mañana" no va a ser regreso, ni restitución. Lo "atacado" por Hitler y los japoneses es como parvada de golondrinas de Bécquer, que no volverán... Porque nada vuelve en este plano del fenómeno político, en este mundo de las cosas percibidas por el ojo; porque así está escrito, y no se puede alterar la escritura del Dedo sabio que puso: "He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas..."

b)

CIMIENTO ARISTOCRATICO DE LA DEMOCRACIA

Un gobierno de casta lincolniana —del pueblo, por el pueblo y para el pueblo— reclama cimientos de aristocracia moral. El concepto de "pueblo" demanda definición nueva cada día, máxime en donde corra el riesgo de tomarse en sentido peyorativo. Pueblo no significa populacho, ni plebe, ni montón; pueblo no es masa elástica y dúctil ni fácil de plasmar... Pueblo es la gente de un sitio dado —aldea o provincia o nación... y mundo entero geográfico. Y dentro del acervo de la gente hay gradaciones de calidad moral... La tergiversación surge cuando se jerarquiza con metros artificiales, como el abolengo nobiliario de antes y la capacidad bancaria de ahora. Los títulos y las cartas de crédito no cuentan aquí, pues que no miden en última instancia, como hay nobles que ya no lo son aun cuando sus abuelos lo hayan sido; como que hay ricachos que ni siquiera gastar sus dineros saben. Y al revés: villanos de remota aldea y aislada que resultan caballeros de "nación"; y pobres que pasan por la vida derramando tesoros de incomputable valor.

La democracia como orden de sociedad se mantiene en pie por causa de los aristócratas del espíritu que viven en su medio. Aristócratas de esta especie son gente de primera generación, individuos que no dependen del pasado para valer; que es lo que significa Don Quijote cuando dice que es hijo de sus

obras... Rara vez sale un aristócrata espiritual de las castas aristocráticas del dinero, y de la sangre... y del talento también; porque estas aristocracias —la intelectual inclusive— son intereses creados, o sea impedimentas, grilletas al tobillo del corredor del progreso. Así el aristócrata común y corriente que se echa al camino de la aristocracia espiritual, lo primero que hace es “dejar atrás” todas las cosas de su clase: títulos de nobleza, que vale por renegar de sus abuelos; bienes de fortuna, que será doloroso cuando el cuitado ya no sabe vivir de otro modo; y calidad de doctor, que significa que el candidato a redentor se olvidó de todo lo que ha aprendido en las academias, y de sus teorías, y de sus convicciones estéticas y filosóficas...

Esto es lo que se le enseña a quien desee aprender en el Evangelio, donde dice que “os es menester nacer de nuevo”: así quedarse como recién salido del vientre materno, desnudo y a la intemperie, de ropa e ideología... Por este concepto tercero es que los *intelectuales* le son más nocivos a la democracia aún que los conservadores de título apergaminado, y que los cresos de Wall Street... El apergaminado se aparta voluntariamente del arroyo del devenir; y el Creso se queda sin bienes al momento de las confiscaciones, o de los empréstitos forzosos de tiempo de guerra... Empero, el intelectual se echa a pescar por pescar, sigue en las mismas de antes... recitando la orden del día con la misma inflexión y el mismo trémolo que recitara la del anterior.

He aquí la explicación del fenómeno que viene presenciándose en estos años, del cambio de la línea política de Rusia, con sus resonancias posteriores entre los rusófilos del exterior (ruso). Resonancias de contradicción aparente que raya en lo ridículo, puesto que la lógica de ayer no vale ya hoy, para valer de nuevo el día de mañana. La actitud no se comprende porque se la quiere comprender en plano de lógica tradicional... Veamos: esa línea es política; y lo político no es racional ni lógico; no

es que la línea cambie; es que avanza, en función del interés ruso. Y el interés no es silogismo de dialéctica, sino que motiva de conducta. El fenómeno del cambio político no se entiende porque no es del ramo del entender intelectual; porque la política no es vocación de intelectuales, sino que de *pastores* en el sentido homérico, que son conductores, dirigentes de pueblos que de la salud popular le responden a un Cosmos que los dirige a ellos también, y que los conmina, en forma de comandos categóricos. Así como cuando el general hebreo Josué ben Nur escucha el susurro imperioso de Yawé-Sabbaoth: “Di a mi pueblo que sigan adelante...”

Josué, encarnador del principio de la aristocracia moral que se hace indispensable para que haya república y democracia. Es decir, una aristocracia que no es del pergamino, ni de la banca, ni de la academia; una aristocracia constituída por la flor y nata de la gente en un momento dado; por el pueblo en su nivel de cumbre espiritual; por lo mejor de la colectividad; por los escogidos; por los hombres enteros; por los que pasan la prueba de fuego y se merecen el calificativo de ser cada quien “todo un hombre”.

Aristocracia moral de esta especie es la que se requiere para contrarrestar la acción inconsciente de la mayoría; porque se habla de tierra de elecciones donde se cuentan los votos y se acatan sus resultados; pero ello no quiere decir que siempre y en todo caso la mayoría tenga razón; se equivoca más de una vez; lo que ocurre es que tiene el derecho de equivocarse... honradamente... Se les dijo a los antiguos que la voz del pueblo es la voz de Dios —*Vox populi vox Dei*—; pero quizás que hayan errado los traductores un poquitín; quizás que valiera más decir que *la voz de Dios está en la voz del Pueblo*, pero... no siempre. Estará cuando la garganta popular se encuentre afinada en función de su oído y el oído sincronizado con la onda eterna.

i)

DEMOCRACIA IDEAL Y DEMOCRACIA ACTUAL

Ostenta la democracia una forma de anomalía consubstancial, en que residen, a la vez y en conjunción inseparable, su debilidad y su grandeza. La democracia es débil en cuanto promoción del Espíritu, porque el espíritu puro es débil de una debilidad que la lógica humana no podrá jamás comprender; “porque la libertad y la gloria del espíritu provienen de su impotencia; el espíritu es inocente por impotente; y por impotente es universal; y por impotente es invulnerablemente supremo. Su esencia consiste en ser luz y en no ser poder; y nunca podrá ser luz pura hasta que se sienta satisfecho con un dominio ideal, y sí hacer esfuerzo de poseer el mundo o de cambiarlo; pero identificándose sólo con la verdad y con la belleza que surgen espontáneas del mundo hacia el reino del espíritu . . .” *

Es lo antiguo israelita del hijo de Berechías: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Se quiere decir que la democracia es promoción de dos mundos y eje de tránsito entre dos polos. El verso de Terencio —Soy hombre y nada de cuanto es humano me es extraño— vale también ante la doctrina política de la modernidad

* GEORGE SANTAYANA, *Of Persons and Places*. Nueva York.

republicana: la democracia es ideal de perfección política, pero no se ve libre de las miserias humanas, porque es formulación de hombres; y porque funciona en un plano de realidades que se dijera subhumanas. Problema consabido del conflicto de la teoría con la práctica. Conflicto que se resuelve a menudo por vía de equivocación, llamando democracia a lo que no lo es sino en parte, o muy diluadamente. Problema de la hipocresía social que, con todo, respeta el principio tenido por medida de conducta. El hipócrita se oculta, viola la ley en secreto porque aun al violarla la reconoce por tal.

Hay luego entonces democracia-ideal y democracia-actual. La primera es la democracia maestra: promoción de ensueño que se muere en el acto mismo de hacerse realidad; la segunda es una aproximación condicionada por los intereses de los gobernadores y de las castas que los mantienen en el poder. He aquí la dualidad engañadora inconsciente de los espíritus ingenuos. En el un polo la democracia representativa de los derechos inalienables que al hombre le garantizan estado y título de hijo de Dios; lo que vale por decir: señor de la creación, de categoría apenas si un poquitillo menos que de ángel; y heredero usufructuario de todas las riquezas de la madre Tierra, alimenticias y decorativas (y repartidas en justa proporción, de modo que a cada quien le toque parte igual, como que donde cada hijo de Dios es rey y señor nadie lo será en instancia última a la hora de la repartición de las mercedes —pero, eso sí: todo individuo y cada quien será hermano de todos los demás, lo que vale más que ser rey y señor en sentido figurado).

En el otro polo, por contraposición, se tiene la democracia parcial, convertida en palabra de pase y frase hecha y lema retórico de un grupo hegemónico. Estamos en el polo inconveniente de la democracia: en el estado de sitio en que los derechos se defienden y se olvidan los deberes. Democracia

unilateral que se torna alabanza de la doctrina, pero de labios para afuera, sin que en ello intervenga la entraña motriz. Democracia política que se olvida de la secuela social, y que se aparta de las implicaciones económicas de la libertad; porque lo social quiere decir convidar derechos y compartir deberes; y lo económico se extiende todavía más, hasta el dominio del pan, que es la mesa donde se reparte el comestible en disponibilidad...

He aquí la miseria de la democracia unilateral... y su talón de Aquiles: su trance peligroso de teñirse aún del fascismo mismo que combate y que destruirla deseara. Miseria de miserable, de gente envidiosa y avara que no quiere compartir el pan de trigo candeal y que se lo guarda como esmeralda de montaje de oro, sin saber que el pan es para comerse en seguida, porque de lo contrario se hace duro e inútil de comer. Miseria de la democracia que de hecho no es democracia sino orden económico de imbecilidad espiritual, porque no se puede ser feliz cuando hay infelices en rededor, ni sabe bien la vianda buena en la presencia de hambrientos que estiran la mano en mensaje deuplicación.

“Dadles, pues, vosotros de comer”, se nos dirá; pues sí, pero eso según; hay que darles de comer a los hambrientos, máxime cuando la dádiva le resulte buena al dadivoso para la digestión; pero ello no resuelve el problema; no se trata aquí de la esencia tan sólo, pero también del modo. Darles de comer a la democrática: no de limosna, sino por derecho. El dar así adquiere nueva significación. El dar no es acto de misericordia del que tiene para con el que no tiene. El dar es un simple servir —un acto de servicio y servidumbre, llevado a cabo por sirviente. Ello porque el pan no es del dadivoso, sino que de todos. El propietario no lo es en el sentido de una economía de *Summ cuique tribuere*. El derecho romano peca aquí contra la ley

democrática de la repartición equitativa de las cosas de comer. No es que cada quien tenga *lo suyo*. Es que cada quien tiene *su parte*. Parte igual, porque de acuerdo con las más recientes investigaciones de la anatomía, el estómago humano medio es igual de tamaño, e igual el apetito, e igual la cantidad de alimento que el organismo requiere para subsistir... y trabajar.

Igual principio por composición de lugar. Dar de comer, pero no como quien sale a la puerta en un sábado a hacer obra de caridad. Primero poner la mesa de mantel ancho y abrir la puerta cuan ancha sea, y luego tajar la carne y vaciar el vino... y nada más... que los huéspedes irán llegando en procesión ordenada atraídos por el olor de la ternera asada que se hace humillo sabroso e inunda la estancia para en seguida elevarse hasta la presencia misma del Señor Dios del buen apetito como en ofrenda de cordialidad, y como en invite de bienvenida... porque es fama que en los tiempos de antaño, cuando Dios mantenía relaciones de intimidad con los hombres, Dios descendía a la hora de la comida comunal con sacrificio previo, y hacía acto de presencia, y comía con su pueblo... que es de donde nació en buen turno la costumbre ritual llamada de la eucaristía...

Éste es el polo celeste de la democracia-ideal; el otro, el terrestre de la actual, se refiere a las trampas y maniobras de la politiquería... pero vamos por el eje camino del polo mejor...

La Democracia y la cosa Pública

- j) El pábulo espiritual de la Democracia
- k) El concepto de soberanía popular
- l) El concepto de soberanía nacional
- ll) La transformación histórica de lo Eterno
- m) Una relación de ecología superior

j)

EL PABULO ESPIRITUAL DE LA DEMOCRACIA

La democracia es una idea que se extiende hasta más allá de los límites de sus continentes políticos. Democracia es *también* "ideología", en el sentido de la noción que encuentra base en el postulado de que todas las estructuras psíquicas y sociales se traducen en expresiones de pensamiento que no poseen validez objetiva, y que sólo tienen, por tanto, el valor de la convicción subjetiva. La tesis que sigue girará alrededor del *también* subrayado. Se supone, sin conceder, la posibilidad de que sea cierta la primera porción del postulado, a saber, que las expresiones de una "ideología" no tengan validez objetiva. Se considera sólo la segunda parte: que una "ideología" tiene, en efecto, la validez de la convicción subjetiva.

Validez de semejante especie —sin excluirle otras— será la de la democracia: validez en los planos de los motivos y las actitudes. Porque democracia es gobierno del Demos. Y el Demos no es una masa, ni un conjunto de turbas regimentadas. El Demos es el pueblo, y el pueblo no se amasa, sino que se fragua: se hace de personas, y no de individuos. El individuo es valor zoológico; la persona, valor humano. Y, en cuanto se tiene una relación semejante, se tiene un negocio "ideológico", negocio de personas, esto es, una transacción de valores cuya objetividad es subjetiva: objetividad del plano de las convic-

ciones, que son los convencimientos a que el Yo humano llega en sus contactos con el no-Yo, a saber, el resultado de su experiencia...

Por tanto, la democracia es, también, una actitud. Así en la sentencia de León Brunschvicg: "Antes de que pueda existir como institución, la democracia debe existir como actitud del espíritu y como ideal. El buen funcionar de un sistema parlamentario será sólo el signo y la condición externa de esa democracia..." De manera que, la democracia-institución resulta organismo que tiene que ser alimentado por la democracia-actitud. Aquí se tiene otro flanco del postulado de nuestro primer párrafo: la validez objetiva dependiendo de la validez subjetiva: la institución sustentada por la actitud. De igual modo, las actitudes viven de actitudes. Se quiere decir que la actitud democrática tiene que encontrar asientos y motivos en actitudes nutricias de la misma: en actitudes del mismo linaje que la democracia de nuestra lucubración. Actitudes que serán entes necesariamente psíquicos, del reino de lo subjetivo, que es reino de las convicciones y los querer.

Hay dos actitudes de este género que sustentan la actitud democrática: actitudes que le son alimento y pábulo. La una, el altruísmo, que es la postura del que se proyecta hasta afuera de los límites de su yo. Actitud del que trasciende las limitaciones del interés egoísta. O más bien, del que se crece hasta descubrir el *ego* verdadero en el *alter* circundante. La actitud altruísta fomenta la actitud democrática porque el Demos, el pueblo, no es yuxtaposición obligada de individuos, sino que combinación voluntaria de personas. Donde los grupos se mantienen unidos por la compulsación de un grupo externo o por la voluntad de un miembro del grupo, o de una élite rectora, ahí, no hay pueblo en el sentido exacto de la palabra: puede haber amasijo de gente, pero no fundición de personas. De

modo que el altruísmo es requisito indispensable de la vida democrática, porque esa vida es de personas, y porque es definitivo de la persona trascenderse a sí misma y proyectarse, para realizarse completamente, en las demás personas del ambiente social. Con efecto, este ambiente es de socios: socios que tienden a convertirse en hermanos.

Este altruísmo nutricio de la democracia no designa un comportamiento, ni una conducta; designa una postura frente al Cosmos. No es el altruísmo del diccionario. No es abnegación, ni benevolencia en beneficio ajeno, ni cumplimiento de los deberes morales en favor del prójimo. Ni es, tampoco, defensa de la igualdad social por sentimiento de justicia, ni renuncia de toda clase de ventajas y privilegios, por considerar que todos los bienes sociales pertenecen o deben pertenecer a todos los miembros de la sociedad...

Abnegación y benevolencia y moralidad son productos secundarios, resultantes, del estado anímico del altruísmo. Hay veces en que se practican artificialmente, por compulsión externa. En tales casos no son nutricios de la democracia. Lo que sí la nutre será el altruísmo-actitud, esto es, la convicción del que descubre el secreto de la vida social, que consiste en identificar los intereses propios con los ajenos. La identificación de los intereses del socio dado con los intereses de todos y cada uno de los demás socios del grupo en cuestión hace que el problema de la distribución de los bienes a mano —la riqueza— cambie por completo de aspecto. Entonces el altruísmo ya no es caridad, ni limosna. Ya no se le puede tener compasión al mendigo, ni al criminal, en el sentido egoísta y corriente. Ya se sabe que el mendigo y el criminal es uno mismo con el sabedor: su socio, carne de su carne y hueso de su hueso. Ya se hace imposible la existencia de criminales y mendigos.

En este sentido, el altruismo rebasa los límites de la justicia. Esto es, que desaparece la noción de justicia cuando los componentes del grupo son justicieros. Entonces la Gracia desplaza a la Ley. He aquí uno de los porqués formidables de las fallas de la democracia-institución. El porqué es problema de nutrición: que los demócratas no se han iniciado todavía en los misterios del altruismo superior. Misterios éstos que han encontrado expresión en la doctrina de que nadie tiene derecho a ser feliz mientras haya un solo infeliz, y de que nadie puede llamarse libre mientras en su grupo haya un solo esclavo. —Y, si se prohíben los esclavos, cuanto más los esclaveros—. Igual con las relaciones de pueblo a pueblo: ninguna nación puede vivir para siempre mitad república y mitad imperio; la carcoma más eficaz para destruir una democracia en su interior será la práctica del imperialismo en su exterior...

La otra actitud nutritiva de la democracia se tiene en la creencia —y las creencias son actitudes— de que la vida tiene primacía sobre las cosas. Esta creencia es negocio subjetivo; cae, también, dentro del radio de las convicciones: es asunto, valga decir, de la vida privada de la persona. Siendo creencia, no procede del raciocinio, nada tiene que ver con esa prostitución pragmatista de la valía que se encierra en los refranes nórdicos de que “costea ser bueno”, y de que “la honradez es la mejor política”. Ambos dictados son egocéntricos. El punto de referencia se tiene en el *ego* egoísta del individuo que se quiere beneficiar siendo honrado... Degradación ulterior de la valía se tiene en la otra versión, de que “el crimen no costea”...

La primacía de la vida humana sobre la cosa es determinante espiritual de la historia. El motivo económico no priva aquí, excepto en función de instrumentalidad. Por esto es que la interpretación exclusivamente económica de la historia trae en

su entraña gérmenes antidemocráticos. Estamos en que la democracia es ecuación de personas, y en que la persona es altruista. Pues bien, en una visión en que la cosa ocupa el centro del escenario, la tendencia es de minimizar todo lo demás. Y todo lo demás es la suma de las valías humanas. Porque fuera de la persona el resto es total de cosas. Así se llega a la despersonalización de la vida, y acto seguido a reducir las personas a la calidad de cosas. Y, donde las personas son cosas no hay democracia-actitud, ni democracia-institución.

Todavía más, en esta jerarquía espiritual —primacía de la vida humana, de la persona, sobre la cosa— la cosa adquiere una suerte de personalidad, la materia se espiritualiza, las cosas se convierten en cosas sagradas, por cuanto se las relaciona con las personas a cuyo servicio se ven destinadas. Entonces, el trigo ya no es valor de mercado, sino que valor de humanidad. Es trigo destinado a sustentar y enriquecer la vida de las personas, sin tomar para nada en cuenta las ganancias que a los panaderos les traiga la distribución del pan. Porque entonces la distribución se hará sin ganancia alguna; porque entonces la distribución también se personaliza, y se humaniza, porque entonces ya no es transacción comercial, sino que rito de servicio practicado ante altares invisibles de un culto, como el culto de la vida.

Tres actitudes diferentes que se funden en una: Democracia-Altruismo-Primacía de la vida sobre la cosa. La una será la actitud de religación, la actitud de coordinación y ajuste: la actitud del que se sabe parte de un todo mayor que él y que tiene la visión y gana de descubrir su lugar y hacer su parte en el todo universal. El todo universal será de diferente tamaño, en razón del tamaño de la persona en cuestión. El todo será el mundo donde a uno le es dado nacer y actuar: la suma total de la tierra y las personas que estén en contacto

con uno: su mundo. La actitud religadora nutre a las otras dos, y viceversa. La actitud democrática no se puede mantener sin mantener de antemano la actitud altruísta. Y la actitud altruísta no nace sin que previamente exista la actitud de respeto y reverencia del hombre hacia el hombre: actitud ésta que se traduce inmediatamente en la subordinación de las cosas. (No se olvide que en la economía política corriente, el dinero es la ficha representativa del valor de las cosas. Valor falso e ilusorio, por cuanto el dinero corriente hoy día es papel moneda sin respaldo "precioso".) Y, la actitud respetuosa de la personalidad no existe donde no existe la actitud *religacionista*, o *religosa*, que es la actitud religiosa.

Se entiende de antemano que *religiosa* no significa siempre eclesiástica. Las sendas de la historia están repletas de casos de organismos eclesiásticos que de religioso lo único que tienen es el nombre. Además, parece ser ley social que todos los movimientos religiosos tiendan a fosilizarse, cuando se convierten de sectas en iglesias, al entrar en contacto con las demás instituciones de su mundo. Por eso es que, siempre, los hechos-cumbre de la religión se realizan por los profetas, que no por los sacerdotes. De todas maneras, contemplada la religación en su lado exclusivamente social —por mucho que tenga raíces celestiales en la aportación de los hombres de Dios que de tarde en tarde surgen en la tierra—, esa actitud religiosa necesita, a su vez, alimento y nutrición.

Esto es, que sin democracia-institución —fundamentada en democracia-actitud— no puede haber religión religadora. Podrá haber institutos eclesiásticos y parafernalias rituales; pero la religión centrada en la respetabilidad de la vida humana y en la fraternidad universal —que eso es el altruísmo superior— ciertamente que se asfixiará en semejantes atmósferas, como las de la dictadura política y la regimentación de la cultura y el

atropello de las normas mínimas de convivencia. A la recíproca, la actitud religadora imanta y energiza a las otras actitudes, dándoles motivos e impulsos como los que se tienen en esa visión entera del mundo y de la vida que, en tierras de Occidente encuentra su síntesis y su encarnación en la enseñanza de Jesús y en la persona de Cristo.

k)

EL CONCEPTO DE SOBERANÍA POPULAR

El concepto de soberanía popular es homocéntrico. La noción de democracia presupone un hombre plural, un hombre en sociedad. El pueblo, la gente —la gente del pueblo—, es el dado *ab eterno*, la estofa santa con que se viene tejiendo a través de lustros y decenios, y de siglos y eras, la túnica deseada de la sociedad buena, de la coexistencia de los hombres en la tierra al estilo de los ángeles en el cielo. El pueblo es la materia prima; la democracia es el telar. El telar no es dado; es producto de la historia. La democracia es para la gente del aquí y el ahora. La democracia, más bien que filosofía política, es actitud religiosa, en cuanto instrumento de vinculación y amarre. El fin inmediato de la democracia es el bienestar del individuo; pero bienestar semejante es posible de alcanzar solamente dentro del grupo, que es el pueblo entero. La soberanía —el derecho de determinarse y gobernarse— no es fin, sino medio. El pueblo en total es soberano para que el hombre individual *sea feliz hasta donde la felicidad es posible en un mundo en estado de tensión dolorosa y perpetuo devenir.*

El hombre individual —no el hombre tipo, ni la humanidad como abstracción— es el centro de la realidad humana: todo lo que se hace debe ser para su bien. Se tiene un hombre objeto y se tiene un grupo servidor de ese objeto. Esta noción no es egoísta. El hombre es objeto porque es lo que pasa y

muere; el grupo es servidor porque es lo que permanece en la historia. El bienestar individual se logra por la buena convivencia. La vida buena y abundante es promoción de una sociedad buena, y de un Estado bueno. El logro del ideal democrático y la realización de la buena convivencia demandan la existencia y el mantenimiento de ciertas condiciones sociales que determinan hasta cierto punto la conducta del individuo dentro de la sociedad que lo incluye: a saber, condiciones de subordinación del bien individual al bien general. El hombre sigue siendo el centro de la actividad; pero como se habla del hombre plural, de todos los hombres, se impone una especie de racionamiento de derechos y privilegios, de acuerdo con la regla que reza que la libertad de uno termina donde comienza la de otro. Daniel Webster expresó la regla de otro modo, cuando dijo que “la base verdadera del gobierno popular se tiene en una igualdad general de condición” —lo que lleva a las inferencias económicas de la democracia, ya que los derechos políticos resultan mancos cuando no llevan consigo derechos económicos.

De toda suerte, pertenecer a una sociedad democrática es privilegio que cuesta: cada derecho lleva encima una responsabilidad. Sociedad buena será la que hace por darle a todos y cada uno de los individuos que la componen el máximum *aseguramiento de oportunidad de desarrollo. Pero la sociedad buena* llega a ser sólo cuando sus componentes apoyan y mantienen las medidas sociales, económicas y políticas que son indispensables para poner la vida abundante al alcance de todas las personas de la república. Huelga decir que se da por supuesto que el Estado, ahora el gobierno, depende de la sociedad y la sirve. Y por supuesto también que los componentes de la sociedad son personas con sentido de democracia, que es sentido de dignidad y valía personal. Sentido éste que se traduce en

lealtad y homenaje a la forma de gobierno que, así, es también modo de vida.

La democracia se distingue de los demás modos de gobierno por su carácter homocéntrico, por su esencia moral, porque recalca y subraya la importancia y valía del hombre del pueblo. Este carácter y esta esencia tienen su expresión política en la práctica de la soberanía popular. Se dice práctica, y no principio, porque estamos en que la democracia es también modo de vida; de donde que donde el pueblo no es soberano en la práctica, no hay democracia. Tal será cierto en los regímenes que conservando en teoría las formas republicanas de gobierno, las violan en la aplicación; por ejemplo, cuando se aplazan las elecciones o se reeligen constantemente los gobernadores.

Soberanía popular es gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Esto quiere decir que la soberanía reside en el pueblo; que el pueblo es la fuente del gobierno y la razón de ser del Estado. El Estado y sus funcionarios son de tal modo delegados de la comunidad soberana que se reserva en todo caso el derecho de instituir y destituir. La práctica de la soberanía popular se frustra a menudo en la historia por la intrusión de las élites, o sea de los grupos minoritarios que aun dentro de un orden democrático logran apoderarse del gobierno y mantenerse dueños de él, ya por indiferencia del conglomerado ciudadano, ya por la fuerza física que la élite en cuestión haya acumulado: bienes raíces, instrumentos de producción, etc. En todo evento, el gobierno de élite —cualquiera que éste sea— es vitando en democracia; porque élite es aristocracia o gobierno de los pocos. Es vitando porque la democracia se funda en la creencia de que todos los hombres son políticamente iguales: en que todos mandan en razón directa de su voto... Vale decir, que a la hora de votar, Alberto Einstein y

el jornalero semianalfabeto que con el sabio hace línea en la casilla electoral valen lo mismo. Aquí se tiene la metafísica substancial de la democracia: el hecho subterráneo, que se dijera, de que el hombre plural es animal político, o sea ente capaz de elegir sus gobernadores.

En otras palabras, la sociedad democrática se caracteriza por su capacidad de los ciudadanos de descubrir tales normas y policías. Se dará el caso de que la comunidad ciudadana se equivoque y establezca reglas que a la larga y en la práctica resulten inconvenientes; pero esa misma comunidad tiene a su alcance, en todo momento, el recurso de rectificación constitucional... En metafísica democrática hay una verdad por encima de la razón y fuera de la lógica: la verdad de que *el pueblo nunca se equivoca*. Los errores son de táctica, que no de estrategia; son errores de la mente, que no del corazón... Otra característica de la sociedad democrática: su capacidad de seleccionar gobernadores por medios pacíficos y dentro de las normas constitucionales establecidas: deliberación previa, discusión abierta, votación libre. Se nos dirá que la práctica dista mucho del ideal; pero aun así el ideal permanece como meta visible y orientadora. Sigue en pie el método de la persuasión racional y todavía rige el principio del gobierno de la mayoría...

No hay cosa inherente al principio de la soberanía popular que requiera que el gobierno democrático de verdad sea débil, ni que a los gobernadores consagrados por la voluntad popular en las urnas electorales se les niegue la iniciativa ni se les coarte la autoridad en el desempeño de sus funciones representativas de aquella soberanía. Se quiere decir que es posible la coexistencia de una sociedad democrática y un Estado fuerte. Se supera así la noción del consabido *laissez faire* de que el gobierno mejor es el que gobierna menos. Y se supera también la

versión insidiosa de la incapacidad democrática de combatir, la idea de la invencibilidad militar de los despotismos: idea que los Estados Unidos de América han demolido ya con su maravillosa movilización de hombres y máquinas y recursos en un esfuerzo de guerra sin par en la historia. Esta crisis de la libertad y la cultura y esta guerra de las Naciones Unidas han servido para demostrar que la democracia se puede poner en pie de guerra sin entregarse con ello en manos de una casta militar, y sin permitir que la casta bancaria haga del conflicto fuente de especulación. Esta crisis ha servido para comprobar que la democracia puede subsistir, como ha subsistido en Inglaterra y en los Estados Unidos. Y también para realizar una especie de milagros catalíticos, como el de la democratización de Rusia.

Lo que es más: esta crisis ha servido para dar fe de que el pueblo manda todavía, de que el pueblo es soberano en la práctica, y en el sentido de que tiene todavía el derecho y el poder de cambiar gobernadores, y de traerlos a cuentas, y de leerles la cartilla por medio de sus voceros parlamentarios, y también por la acción directa, si bien pacífica, de la petición popular. La crisis ha sido lección de policía internacional. El punto de vista de optimismo finisecular que tenía a la humanidad europea por civilizada, excluyó de la visión la posibilidad de que hubiera en el siglo veinte brotes de barbarie organizada como los del fascismo doctrinario, y por eso se elaboraron sistemas sobre una premisa que a la postre se derrumbó: la premisa de la paz. En otras palabras, las democracias se entregaron a empresas de paz: como el tráfico de mercancías y la promoción de las ciencias de laboratorio, con fines mercantiles, y el fomento de las mismas con fines altruistas, como las actividades de las sociedades filantrópicas que se dieron a exterminar las enfermedades... Aun las guerras de

las democracias fueron guerras en pequeño, guerras "locales" que se decía, porque no alteraban en manera fundamental el statu quo de la civilización. La premisa de paz y orden mundiales se desfondó con la irrupción novísima de los bárbaros provenientes, no como de antes de la estepas de Oriente, sino que del fondo mismo de la civilización; a saber, de una Alemania dominada por la psicología prusiana en su forma plebeya y callejera del nacionalsocialismo.

El ejercicio efectivo de la soberanía popular depende, claro que lo está, de la libertad universal de sufragio. De donde que una sociedad dada será soberana en proporción del número de sus componentes adultos —hombres y mujeres— que voten libre y espontáneamente en todas las elecciones. Empero, ese ejercicio demanda algo más que el mero voto: demanda el voto consciente. Y para que el voto sea consciente es menester que el Estado ponga al alcance del individuo todo el conocimiento asequible acerca de los objetivos de la sociedad que representa, y acerca de los intereses y las necesidades tanto individuales como sociales envueltos en la elección. Este conocimiento sube de punto en importancia principalmente en tiempos de transición, cuando las condiciones cambian y se impone el establecimiento de nuevas normas. Por ejemplo, cuando una sociedad se industrializa, los cambios sociales que la industrialización trae consigo demandarán una legislación obrera que no se hace necesaria en una sociedad agrícola. Conocimiento, información, datos —todo ello— cuenta en el ejercicio de la soberanía popular, porque dicho ejercicio es promoción de inteligencia; porque en democracia el hombre es inteligente en lo político y porque la teoría democrática da por supuesto que el hombre es ente responsable, vale decir, conocedor de la ciencia del bien y del mal; vale decir, ente capaz de juzgar, de hacer juicios, de pesar en la balanza de su

conciencia con las pesas del conocimiento. Por eso es que en una sociedad democrática la escuela pública es condición sine qua non de la convivencia. La escuela así resulta el mejor antídoto contra las toxinas de la propaganda y contra los narcóticos de la demagogía. Y cabe agregar que donde la democracia florece, la escuela se torna institución perpetua, que se extiende por todo el curso de la vida del ciudadano, por medio de programas de educación adulta, universidades nocturnas, y bibliotecas públicas.

Aparte de la escuela, convertida en constante social, hay otros medios que el Estado democrático pone al alcance del ciudadano para hacerle más fácil la tarea de juzgar con respecto al bienestar general de la república, no sólo en época de elecciones, pero también durante eras de crisis como la presente. El ciudadano estará en capacidad de votar inteligentemente, o de ejercer el derecho de petición, o de ejercer presión pacífica contra sus funcionarios, sólo cuando viva en una atmósfera de libertades individuales, como las de la Carta de Derechos, que se encuentran incluídas en una forma o la otra en todas las constituciones del mundo democrático contemporáneo. Esto es, que para juzgar lo que sea el interés comunal, y para determinar lo que más convenga al bien público, es menester que el Estado garantice, mantenga, fomenta y ponga al alcance de todos los ciudadanos la libertad de asamblea o reunión —sobre todo la libertad de reunirse en unión obrera, o en unión de patronos—, y la libertad de imprenta, que será el derecho de expresar el pensamiento por escrito con vista a su máxima difusión. La expresión del pensamiento en letra de molde es ineludible donde hay soberanía popular y donde la delegación de la tal se hace de manera inteligente, porque así las ideas se cambian, se analizan, se comparan y se avalúan con objeto de escoger las mejores... Y sólo por medio del ejercicio de estas

libertades o derechos, y por medio de la aceptación de las obligaciones que las tales llevan consigo, podrá el ciudadano, el hombre individual, crecer y desarrollarse en lo político y en lo social, haciendo así crecer y desarrollarse al hombre plural, vale decir, al ser humano que permanece para siempre en la historia como tipo y exponente de humanidad enriquecida y superada.

Estamos, pues, en que sin garantías individuales no hay soberanía popular, porque esas garantías, esas libertades civiles, forman parte insustituible del mecanismo requerido para que funcione bien el gobierno representativo, vale decir, la democracia. Ello porque la opinión pública no puede existir sin ellas, y porque sin opinión pública, inteligente, crítica y vigilante, el gobierno tiende a crecerse y a olvidarse de su oficio de servidor para convertirse en amo. Hay más: el principio de soberanía popular lleva como corolario el del gobierno de la mayoría, ya que la unanimidad es imposible; y lleva también un postulado: el de la inviolabilidad de la minoría, vale decir, de una oposición que la haga de policía moral del gobierno instituido por la mayoría. Es la minoría, la oposición, la que en democracia pura funciona de centinela encargado de dar la voz de alarma cuantas veces el gobierno se vaya por caminos anticonstitucionales.

He aquí, luego entonces, el meollo de la licitación actual: a saber, por que se mantenga en pie el principio de que la democracia no es simple vocablo, sino que en efecto, lo que el vocablo indica: gobierno del pueblo por medio de sus delegados elegidos de acuerdo con la constitución del país dado: constitución que en todos sus casos comienza con la verdad de que la soberanía reside en el pueblo. La lucha es contra el punto de vista opuesto que en el totalitarismo se levantó a establecer que el pueblo no es pueblo, sino masa inconsciente

en manos de unos cuantos amasadores que serán los escogidos, los aristócratas de la fuerza bruta, los de la gente blonda destinada a regir a las demás gentes a la jineta spengleriana, lo mismo que se rige un potro: con espuela y freno. En esa lucha, la historia está del lado humano, del lado democrático, del lado que tiene al hombre no por bestia del campo, sino que por hijo del Altísimo y dotado por él de derechos inalienables, como el de gobernarse a sí mismo en ambiente de libertad...

D)

EL CONCEPTO DE SOBERANIA NACIONAL

Asistimos al instante en que el proceso de renovación de las cosas políticas mundiales llega a su punto de culminación y cumplimiento... Renovación es reformatión; porque la forma es tan importante como la esencia, y tan indispensable, puesto que sin continente no hay contenido. El drama actual se desarrolla como manera de enfermedad necesaria de un organismo que al crecer se desborda y rompe las texturas decadentes que lo oprimen... "Estas matanza y destrucción monstruosas que ahora ocurren no son simple conflicto minúsculo con objeto de acabar con el fascismo y de eliminar el puñado de bandoleros que han arrastrado a Alemania a atacar a la humanidad. Hacer esta guerra sencillamente para destruir el hitlerismo sería como incendiar una gran ciudad para destruir un nido de ratas. Hacemos esta guerra con un fin mucho mayor. Esta guerra es la rebelión de la humanidad contra las divisiones y los desórdenes del pasado. Los pueblos de América, del Norte y del Sur, los pueblos de los Dominios británicos, los pueblos de la Unión de repúblicas soviéticas, los pueblos de India, China, las Indias orientales y África se están fundiendo en uno por la lógica pura y consumada de las circunstancias, y en alianza permanente no sólo por la duración de la guerra sino que también para después de la guerra, con objeto de eliminar del mundo y de una vez por todas la posibilidad de la guerra, y con objeto de con-

servar y distribuir los productos de la tierra para beneficio de la humanidad entera, y con objeto de establecer la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres sobre cimientos incommovibles y para siempre...”*

He aquí una contemplación histórica en que la tragedia no se interpreta como conflicto de imperialismos económicos, ni como lucha de clases antagónicas, ni como pugna de ideologías contradictorias, sino que como acción moral humana contra los comportamientos erróneos del pasado... H. G. Wells tiene fama de profeta, en cuanto anunciador de las cosas por venir, que es oficio de predicción neutra, sin interpretación moral; pero en el lugar citado alcanza a altura de profeta intérprete del contenido moral de la situación, aun como el observador de la crisis mundial de comienzos del siglo segundo de nuestra era, de quien es lo que sigue: “Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí yo hago nuevas todas las cosas...”**

Se tiene aquí un paralelismo de situaciones y una coincidencia de juicios. El observador inglés se las ha con el mismo tema que el autor del Apocalipsis. El mensaje de Patmos es

* H. G. WELLS, *Wells Presages Changed World*. “The New York Times”, July 27th, 1941.

** *Apocalipsis*, XXI:1-5.

tesis probanda de la soberanía indiscutible de Dios. El César del 666, la bestia que sube del abismo, la bestia que sube de la tierra y la fornicaria abominable, son entes pasajeros. A pesar de la injusticia y la matanza, y la persecución y el dolor, Dios es, y Dios reina... Así lo mismo ahora. En términos de Apocalipsis, Hitler disminuye de tamaño, y de peligrosidad. Hitler no es causa, sino efecto, de la condición... En realidad de verdades Hitler ha servido para bien, como forúnculo que se madura y rompe la periferia tumefacta. La revolución del nihilismo que culminara en el régimen nacionalsocialista alemán, fué el síntoma febrígeno de la rebelión de una humanidad que se levantó inconsciente y movida por fuerzas instintivas en demanda de formas nuevas y capaces de contener las nuevas esencias. Cuando la humanidad se rebela así es que ha habido revelación; es que por fin el colirio apocalíptico le limpia los ojos a la especie y la cura del mal visual que la llevara en los lustros anteriores a la Segunda Guerra, a buscar el rumbo por la derecha, o por la izquierda, cuando el rumbo está por delante, y al frente...

La pugna, luego entonces, es contra enemigo más grande que el fascismo, con enemigo intangible y formidable, a saber: el Pasado formal: la suma de formas de vida y sociedad que, válidas en su día, ya no responden a las necesidades ni a las aspiraciones de una esencia humana en movimiento de desarrollo... Por ejemplo, la forma de economía política denominada vagamente “capitalismo” ya no sirve; lo que es más, que ya no existe, excepto en trance de mito social productor de supersticiones morales y de desórdenes retóricos. El capitalismo ortodoxo ya no es. El capitalismo del momento semeja zombie animado artificialmente por sus detractores profesionales que han menester de un “enemigo” que fustigar... El zombie, empero, ya ni para “enemigo” sirve, en vista de la aparición del fascismo.

Otra forma del Pasado que ya no sirve ni funciona, porque ya no existe, excepto como espectro político internacional, es la de la soberanía nacional. Ya no hay soberanía nacional porque ya no hay naciones soberanas en el sentido de hace cincuenta años. La Técnica se revela como instrumento en las manos de Dios. El principio meollo del ruego de que "todos sean uno" se impone victorioso a través y por encima de la tragedia. En todo caso, "al Reino de los Cielos se hace fuerza"... Por primera vez en la historia puede el observador abrir los ojos y contemplar que he aquí el mundo es uno en lo geográfico. La Técnica —las ciencias aplicadas con sus descubrimientos y sus invenciones— ha realizado el milagro portentoso de la eliminación de la distancia. Se advierte una manera de fenómeno en que la línea se torna punto: un enchufamiento como de catalejo que se contrae. Esta eliminación de la distancia logra su expresión máxima en lo que atañe a la voz que por la radio se puede lanzar instantáneamente hasta el extremo más lejano del globo. Y en segundo término, el aeroplano que devora kilómetros por miles, vinculando pueblos que de antes se tenían mutuamente por marciales. El hecho es que las comunicaciones han hecho uno al mundo en lo físico. Ello no obstante, el mundo se ve dividido en lo político: dividido por las fronteras de la historia y por los dictados de la tradición.

Así, las naciones, las soberanías, resultan realidades de un mundo que ya no es. En realidad, las soberanías son ficciones diplomáticas que permanecen en el escenario del devenir quizás por virtud del postulado de que las ciencias sociales han ido durante el siglo veinte a la zaga de las ciencias tecnológicas. La eliminación de la soberanía es un hecho por lo que toca a las grandes naciones que son en efecto imperios: el británico, el ruso, el estadounidense, el chino... Esta guerra ha demostrado que no hay grupo autárquico posible.

La Sociedad de Naciones nació muerta por culpa de la soberanía nacional; pero, el intento ginebrino de unificación mundial, aun en su fracaso, se nimbó de gloria al reunir en concilio ecuménico a prácticamente toda la humanidad. Las naciones grandes —los imperios— carecieron de visión suficiente para sacrificar siquiera una parte de su soberanía. Toda la proyectación política internacional que al momento se estructura como fundamento del mundo de postguerra gira actualmente en torno de la idea de una sociedad de naciones, es como decir, que esa idea ha renacido como fórmula de convivencia entre los pueblos del planeta. Detalles aparte, el hecho ha cristalizado, ya que la disminución de la soberanía no significa que las naciones pequeñas queden a merced de las grandes, sino que las grandes y las pequeñas se federen últimamente en una especie de entidad semejante en principio y en cuerpo a los Estados Unidos de América. Se pugna por una federación en que las grandes la hagan de hermanas mayores de las pequeñas. En última instancia, el elemento humano de las unas y las otras es el mismo. La federación por venir a de ser federación de pueblos más bien que de gobiernos. La labor por delante es de rescatar a los diversos Estados de la garra de la superstición política para fundirlos en Estado único, fundamentado en base de democracia concebida a la cristiana. Esto es, que todas las formas políticas, económicas y sociales que contengan a la nueva entidad habrán de quedar subordinadas a la Forma humana. Esto es, que con los Estados nacionales se forme el Estado popular, vale decir, el Estado que tenga por carta magna implícita la primacía de los derechos del hombre, sustentados y reforzados por el reconocimiento de los deberes del mismo. La formación del Estado popular universal significa sencillamente poner el Estado al servicio del pueblo... Pero "pueblo" aquí significa la humanidad entera.

El Estado soberano independiente ha sido hasta aquí señor y dueño del pueblo que habita sus lindes geográficas. Y la tarea, como asienta el mismo H. G. Wells del artículo citado arriba, es ni más ni menos que de “rescatar los negocios humanos” —el sudor de la frente de los trabajadores, y la sangre de los combatientes, y las lágrimas de las viudas y los huérfanos— del despotismo estadual, mediante la redención del Estado. La redención del Estado no es frase de rimbombo retórico; es programa de reformatión económica internacional. La empresa es de detener la sangría de recursos naturales y humanos que la sociedad universal viene sufriendo por capítulo de los conflictos nacionales y por capítulo de la explotación desmedida e inicua de dichos recursos por causa de las ganancias de sectores infinitesimales de la población, a saber, los que dominan los instrumentos de producción y las áreas de materias primas y... las masas de la población...

La noción de soberanía —de señorío absoluto— ha contribuido a la magnificación del Estado por ser hasta el punto de tenerlo por bien sumo y árbitro de los destinos humanos. El antídoto de la soberanía se tiene en el mensaje del Apocalipsis, de que no hay más que un soberano, a saber, Dios. Este principio reza con toda soberanía, inclusión hecha de la soberanía popular... El pueblo es soberano por acto de gracia divina; vale decir, que su soberanía es soberanía condicionada por la ley moral: la soberanía es posible sólo y cuando se encuadra dentro de la ley... Pero es de la índole popular acatar la ley-ley, la Ley grande, que es la voluntad de Dios... Los pueblos no quieren ser soberanos en el sentido en que soberanos ser quieren los Estados. La soberanía estadual, siempre, se expresa en atropello de la soberanía estadual vecina. Todo Estado es imperialista en cuanto amante de entremeterse en los negocios del vecino para bien de sus propios negocios.

Por ello, la reformatión —moral y orgánica— del Estado es posible sólo por medio de la eliminación de los Estados resultante de su federación en Estado uno y único. El problema es psicológico, moral, espiritual: es problema personal de los jefes de Estado que tienen los destinos de los mismos en sus manos... Es problema de *metanoiete*, de cambio de parecer, de cambio de mente, de cambio de espíritu: promoción de “Deje el impío sus caminos y vuélvase al Señor”, quíéralo uno o no lo quiera. Arrepentirse o morir es postulado cósmico, proveniente del hecho de que la línea recta todavía rige, a saber, de que este Universo se hizo con plomada y con nivel: sobrecimientos de justeza y con rocas de justicia...

La federación mundial de las naciones resolverá por concomitancia la suma de los problemas de injusticia social que a la presente agobian a los Estados en lo interno. La reformatión política traerá consigo la reformatión económica. Las naciones grandes convertidas en partes más eficaces del todo mundial descubrirán antes de mucho que es bueno y conveniente, aun desde el punto de vista de los intereses particulares, ser altruista y desinteresado para con las partes menos eficaces y más necesitadas. Al momento, ya hay precedentes de la nueva economía que descarta el principio del *quid pro quo* en favor del *quid pro nihil*. Ahora ya sabemos que costea y conviene dar gratis... Ejemplo del inmenso programa de beneficiencia pública con que los Estados Unidos le hicieron frente a la crisis económica proveniente del “crash” de 1929. Ejemplo, ahora, del programa de auxilios de guerra a las Democracias atacadas por el nazismo, es a saber, el sistema de Arriendos y Préstamos llamado “Lend-Lease”.

La unificación humana se ve por delante. Nueva vez, estamos en la plenitud de los tiempos, en la sazón de punto en que la solución saturada se cristaliza... Tiempo de renovación de

las células del organismo entero que se inicia después de que la enfermedad hace crisis y la fiebre comienza a descender. El establecimiento de la justicia entre las naciones traerá consigo el establecimiento de la justicia entre los individuos: la instauración de una sociedad igualitaria en lugar de la sociedad graduada en estratos de desigualdad. Ello es posible y ocurrirá, ya no por realizaciones de hombres ni de pueblos dados, sino que por gracia del Dios que preside el desarrollo de la historia, mismo que a todas vistas, se apresta nueva vez a repetir lo que siglos atrás le dictara a su taquígrafo de Patmos: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas..."

II)

LA TRANSFORMACION HISTORICA DE LO ETERNO

Lo eterno rehuye definición de diccionario; porque no es lo que a primera ojeada parece cuando se habla de "lo que no tuvo principio ni tendrá fin"; porque la idea de tiempo se entremete donde no hay tiempo; porque lo eterno no tiene tiempo; porque queda aparte del tiempo, lo que no será óbice para que a cada momento irrumpa en la historia y la *eternice*; quiere decir, la impregne de valía independiente de lo cronológico. Vale como asentar que lo eterno no es la historia, ni la cultura, ni la técnica, ni la civilización, ni logro alguno del espíritu humano; no es acción alguna, ni voluntad alguna del expediente terreno. Lo eterno es el factor *extraño* que energiza el proceso social y lo mantiene en marcha. Extraño aquí significa transcendente: que es y vale fuera del dominio del hombre. Y se da por supuesto que hay tal cosa que lo de afuera. La ciencia misma ha venido extendiendo cada día el territorio de lo de afuera; porque cada nuevo descubrimiento es una extensión de la frontera; y una ciencia de que hay algo más allá; y de que el más allá crece en progresión geométrica.

Toda interpretación de una categoría *eterna* corre riesgo de fallar; de realidad, falla siempre, porque se torna mientras más explicativa más fotográfica de los estados anímicos del interpretador. Lo que quiere decir que Kant impera todavía;

que la cosa no es asequible aún en términos mentales. Pero ello no desdora, ni mucho menos, el brillo de la interpretación ni disminuye el mérito del interpretador. Es que estamos, en todo caso, ante lo eterno interpretado a medias en la primera línea. Sin embargo, se tienen *minima* irreductibles de interpretación y pautas provisionales de aprehensión pragmática... como por ejemplo, en lo que se exprima, y se entienda, con el concepto del establecimiento del Reino de Dios en la tierra.

El Reino de Dios queda fuera de la política, la economía, la sociología y todas las demás ciencias. Su Abogado supremo lo definió diciendo: "Mi Reino no es de este mundo." Estamos en que en los Escritos, las frases "Reino de Dios" y "Reino de los Cielos" se identifican, son la misma cosa... Y el "Reino de los Cielos" es nada más que eso: "de los Cielos", que no de la tierra, porque el Reino de la tierra era de César y el Abogado declaró que César tenía puesto y función en el acto, cuando dijo: "Dad a César lo que es de César..." En otras palabras el Reino de Dios en la tierra será un hecho cuando sea trasunto del Reino de Dios en el Cielo.

La interpretación tiene que ver con la relación Dios-Hombre; y con la soberanía de Dios; y con lo eterno de Dios que en el hombre toma forma de personalidad. El hombre crea sólo cuando se encuentra en estado de divinidad, sólo cuando la hace de instrumento de la Deidad. El hombre de por sí y ante sí no vale dos centésimos de eternidad. La historia da fe de esta aserción. Hasta aquí han sido los *entusiasmados*, los llenos de espíritu santo; los que se vacían por completo de su entidad para hacerse vaso de lo divino; han sido éstos, los que han escrito lo que de perdurable tiene la historia. Otra cosa más; ningún estado, ninguna institución, ninguna realización social, es de identificarse con el Reino de Dios. El establecimiento de la justicia social sobre la tierra no significa el establecimiento del Reino de

Dios. Cuando haya pan bueno y abundante para todas las bocas y mantas finas para todos los lomos y sandalias de cuero bien curtido para todos los pies... el Reino de los Cielos estará distante todavía. "No sólo de pan vive el hombre" es principio de ese Reino, establecido por el mismo que dijo que en aquel día serán hartos todos los que tienen hambre y sed. Esto es porque el Reino de Dios es una meta volante, y algo que se crece con el devenir.

El Reino "se crece"; esto es, que no lo aumenta el hombre; que no es logro, porque es dádiva. He aquí la encrucijada y el bifurcarse de los caminos de la interpretación: o bien una historia manejada *intoto* por Dios (o cualquier otro nombre que se le desee dar al factor extraño); o bien una historia determinada por el hombre y circunscrita en el tiempo. En otras palabras: o bien una historia concebida a lo religioso; o bien una historia interpretada como producto de una humanidad exclusivamente terrena. El punto a recalcar es la diferencia definitiva que existe entre *un* Reino de Dios fruto de la actividad humana y *el* Reino de Dios de la tradición hebreo-cristiana. Esta diferencia es la diferencia entre el humanismo homocéntrico de raíz helénica que cobra nuevos fueros con el Renacimiento, y el humanismo teocéntrico que considera al hombre hijo más bien que criatura de Dios, mientras que el primero lo establece como metro de todas las cosas, inclusión hecha de la Cosa que se llama Dios.

Humanismo teocéntrico es religión en su más alto nivel. Es el humanismo del Reino de Dios, del Reino de los Cielos -Malkuth-ha-Shammayim- de la herencia hebrea que con Cristo se convierte en el concepto de la especie humana como familia, con Dios de Padre y todos los demás de hermanos. Este Reino es promoción religiosa y por ello eterna; y por ello fuera de las realizaciones humanas. El hombre no es capaz

de crear ese Reino, del mismo modo que el hijo no es capaz de crear al padre. En este Reino, Dios es la premisa de todas las existencias, el sujeto de todas las proposiciones (Emil Brunner). El hombre será resultante de aquéllas y predicado de éstas.

Humanismo semejante se puede concebir como instrumento de la domesticación de lo Eterno, es decir, del medio y modo de hacerle campo a Dios en la fiesta —cuando no tragedia— de lo terrestre humano. Por regla general y dondequiera que se piense en términos de separación de Iglesia y Estado, se antoja que esa domesticación es tarea exclusiva de gente de púlpito y sacristía... Y, dondequiera que se piensa en términos de un Estado totalitario, es el Estado el que se pone el traje talar, el que se torna teólogo de una nueva religión, con esta diferencia: que el Estado teológico no procede a domesticar lo Eterno, sino que se da a *crearlo*, que se lo crea por sí y ante sí... de la nada... con lo que se arroga facultades de Creador. Aparte lo uno y lo otro, se tiene en la actualidad, en Estados Unidos, un estadista que concibe el Reino de Dios como categoría religiosa, y ello desde alto solio político, como el de miembro del gabinete presidencial. Quiere decir que con Henry A. Wallace la religión tiene parte en la vida del Estado, pero no por medio de organismo eclesiástico alguno, ni de iglesias oficiales, ni de jerarquías levíticas privilegiadas. Con Wallace, la religión se hace sentir por medio de las personas que en la colectividad que las incluye se comporten de modo religioso... Con lo que el Estado, por medio del Gobierno, que consta de personas, marcha por la vía indicada, camino del establecimiento del Reino de Dios en la tierra, caso de que sean personas religiosas las que gobiernan.

Donde Henry A. Wallace, el Reino de Dios es no es visión de utopía social postulada en relación utilitaria del mayor bien posible para el mayor posible número. Con Wallace, ese Reino

es valía religiosa vinculada con eso eterno que queda fuera del tiempo y el espacio, por más que a cada momento se manifiesta en la historia como si violando la ley de la causalidad. Claro que no es que la viola: es que la completa. La noción de Wallace no es religiosa-teórica, sino que religiosa-práctica. Wallace es hombre profundamente religioso... a la cristiana... a la evangélica... según vamos a ver en la cita de en seguida, de una entrevista que le hizo Frank S. Mead, director del "Christian Herald". Habla Wallace:

"Para lograr una paz decente, y después de ella un mundo decente, tienen que ocurrir dos cosas. La religión tiene que extenderse y ocupar mucho más territorio; y tiene que haber un avivamiento tremendo de la cruzada misionera. Todo lo demás que hagamos resultará insignificante, a menos que esas dos cosas ocurran.

"Voy a explicarme. En primer lugar, antes que todo, tenemos que ganar esta guerra. Quiero decir que tenemos que ganarla completamente. Una vez que logremos eso, nos veremos inmediatamente frente a otro problema: el de comenzar a extender la religión y el de hacerla descender a la tierra. Entonces se necesitarán hombres que no se aferren al pasado muerto, sino hombres que sientan en sus rostros el aliento del porvenir que llega. Esto es, que necesitaremos hombres de una fe religiosa que tenga que ver con este mundo del mismo modo que con el otro.

"Nuestros esfuerzos religiosos anteriores han subrayado mucho lo ultramundano. Favor de no comprenderme mal. Yo creo con toda el alma en ese otro mundo: y creo, con todo lo que soy, en la vida que es después de la muerte.

"Yo creo con toda el alma en la conversión. Pero la conversión, a menos que vaya acompañada inmediatamente de un conocimiento actual que redunde en pro del bien general, puede

tornarse desperdicio espiritual. Si el Reino de los Cielos va a venir a la tierra —y estamos aquí para cooperar en ello, ¿no es verdad?— debemos combinar nuestros espléndidos entusiasmos religiosos con un conocimiento nuevo y amplio de las fuerzas científicas, económicas y políticas.

“Eso es lo que significo cuando digo que la religión se debe extender. Se debe extender hasta el punto en que, literalmente, lo abarque todo. El gran problema del cristianismo, después de la guerra, consistirá en restablecerle al cristianismo el concepto de la religión del hombre entero y del mundo entero, por contraste con una religión de los que se preocupan principalmente del mundo de después de la muerte. Bien sé que hay por ahí gentes que se van a asombrar ante declaración como ésta. Pero, ¿no es verdad que Dios está en este mundo del mismo modo que en el otro? ¿No es verdad que Dios es todo y en todo? ¿Que Dios está en todas las cosas? ¿Puede uno jamás contemplar un árbol o la más humilde florecilla que brote de la tierra más vil, sin pensar en quien la creó? Para mí, Dios está en cada partícula de materia, en cada trocito de madera, en cada piedrecilla del camino. Cada brizna de hierba, cada árbol, cada animal, reflejan lo divino. Cuando uno habla del polvo de la tierra está hablando de una cosa divina; el suelo que uno pisa es suelo santo, porque Dios está en él. Cuando uno tiene un grano de trigo en la palma de la mano tiene ahí la obra de sus manos. De donde que haya que manejarlo con mucho cuidado.

“De aquí, la religión tendrá que dar otro paso, tendrá que incluir en seguida a los hombres: a *todos* los hombres, de *toda* la tierra, sean cuales fueren sus hábitos de vida, y cuales fuesen los pigmentos que el acaso, o el destino, o el atavismo, o el Todopoderoso les haya puesto en el rostro. En los últimos años hemos hablado mucho de individualismo: pero quizás que

ya sea tiempo ahora de acordarnos de que la única forma de individualismo capaz de sobrevivir después de la paz es la forma que sabe que las potencias más amplias del hombre se pueden alcanzar sólo en cooperación con sus prójimos y en servicio de ellos. Hemos estado hablando mucho de religión; pero quizás haya llegado ya la ocasión de acordarnos de que no hay religión digna del hombre si no es religión que conduzca a los que la sostienen a servir a sus prójimos y a elevar a los menos afortunados que ellos.

“Los tiempos se ven maduros para una fe como ésta: para una fe que glorifique lo común y corriente, para una religión que abogue con firmeza por la vida entera y completa del hombre. Es tiempo ya de que nos demos cuenta de que cada minuto del día es una experiencia religiosa.

“Yo creo en la oración y en la predicación; creo que necesitamos de estas dos cosas ahora como nunca jamás. Creo que le es vital al futuro de la democracia y al futuro del mundo que los ministros de la religión se constituyan en dinamos de celo espiritual. La religión que se pone de rodillas es religión buena; pero si se queda así de rodillas para siempre, logra poco; la religión que se traduce en acción en pro del bien general es la religión que hace milagros. Si Jesucristo se hubiera limitado a orar durante todos los años de su vida, si no hubiera salido a hacer sus maravillas entre la gente del común del pueblo, nunca habríamos sabido de él.

“Ni se vaya a creer, tampoco, que yo sea de los que creen que la religión se reduce enteramente a lo de los versos del 34 al 36 del capítulo 25 de Mateo.* Buena práctica reli-

* Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

giosa será la de dar de comer al hambriento, y de beber al sediento, y de cubrir al desnudo. Pero mejor religión todavía será la de que los hombres cooperen al efecto de crear un orden de vida en que la desnudez, el hambre y la sed se hagan cada vez más imposibles.”

A la luz de lo anterior cobra matiz nuevo la idea del Reino de Dios: matiz religioso de una religión que con lo sagrado de la gleba y la brizna de hierba y el grano de trigo merece bien el dictado de franciscana a lo siglo veinte. Y la teoría económica del “granero siempre lleno”, propugnada por Henry A. Wallace se viste de religiosidad mística, como de quien siente en cada minuto de la jornada el impacto de la presencia divina. Aquí llegamos a la solución del problema del Reino de Dios en la tierra. Llegamos al conocimiento de que no se trata de un reino, sino que más bien de un reinado: de un gobierno: del gobierno de Dios que gobierna como Pater Familias. El Reino de Dios así más que orden político o social será estado de hombres y cosas en que todo se hace según la voluntad superior... Por eso es que nunca llegará del todo hasta que los tiempos se maduren y cumplan. Pero llega en parte a cada momento cuantas veces se siente y se obra como este hombre extraordinario... porque “he aquí el Reino de Dios entre vosotros está...”

Estadistas y sociólogos los habrá de envergadura mayor, pero en el momento histórico presente será éste el que más alto se empina por su sentido de eternidad, es decir, por su ciencia de lo religioso, que es lo que pone lo eterno al alcance del espíritu humano. Los demás tienen sus aportaciones importantísimas que hacer, pero a Wallace le ha tocado dar la nota religiosa muy suya, y muy necesaria, porque para restablecer el mundo no basta la organización, ni la ciencia, ni la técnica; son menester también la fe, la voluntad de creer, el conocer a Dios.

Porque la tarea, aparte de perspectiva histórica y de conocimiento científico, demanda también una confianza imperturbable en la verdad eterna; confianza de creyente que sabe de toda certeza que el cosmos y la vida no son productos sendos del acaso sino que habitación y empresa de Dios.

A estas alturas, el establecimiento del Reino de Dios en la tierra es promoción de minoría escogida, como está escrito: “No temáis, manada pequeña, porque al Padre ha placido daros el Reino”: reino que en buena sazón se da por conducto de los del rebaño pequeño, de los que porque mucho tienen más habrán de dar, de los mantenedores de la fe que salva al mundo, de los que son la sal de la tierra, de los ciudadanos de la ciudad asentada en la cumbre del monte, de los que son lámpara y lumbrera al modo del Verbo: en una palabra, de esa cofradía sin organizar pero que es un organismo perfecto, a saber, los que mantienen todavía la cosa pública humana en estado de concreción... Esos son los instrumentos de *eternización* de la historia, los que transforman lo eterno en fuerza social, los que sirven para que el cielo descienda sobre la tierra, como la lluvia, y la fecunde para logros posteriores; éstos son los que reproducen de acuerdo con sus fuerzas y tamaño el proceso cósmico de palingenesis continua que es en Cristo... Son los cualificados, los que están a la par con Dios porque se lo traen por delante y por adentro.

m)

UNA RELACION DE ECOLOGIA SUPERIOR

Por debajo de la pugna de las naciones y aun más adentro del combate de las ideologías se desarrolla otra pelea, más fuerte por más fundamental: la de dos programas opuestos de ecología. De una parte, el programa de quien vino para que los hombres tengan vida, y para que la tengan en grande abundancia. De otra, el programa del ladrón que no viene sino a hurtar, y a matar, y a destruir. De donde que las decisiones de superficie y las reformas de medio resulten treguas y armisticios, mientras tanto que la lucha del fondo último no se resuelva.

La democracia no es solución definitiva. La democracia apenas si será camino, medio e instrumento; porque la democracia es fenómeno histórico: cosa de medios y modos; por encima de ella, como por encima de todo proceso de semejante categoría, está el cristianismo, que es la visión completa de la vida humana que abarcando todo el tiempo, lo trasciende y sobrepuja; así, la democracia es ansia de establecimiento del programa de la vida abundante y, por ende, golpe dirigido a la testa misma del ladrón de que se habla en la frase citada del Evangelio.

El concepto de la vida abundante, empero, merece clarificación. La vida abundante como meta del existir se convierte a veces en fetiche de culto materialista, como cuando se tuerce

el sentido profundo de lo económico social por causa de lo económico individual. Nuestra era le ha dado albergue a cierta filosofía que desde lo alto de más de una tribuna de importancia predica una fe de corte utilitario. Doctrina ésta que enseña que el motivo económico lo determina todo en la historia. Pero el motivo económico se describe como escozor y estímulo, como hambre y sed de cosas tangibles: cosas de comer, y de vestir, por supuesto; pero también cosas de usar para objetos de diversión y gula y poderío... En cambio, esta escuela que admite la presencia del acicate en el plano de lo económico tangible, niega al mismo tiempo que haya semejante estímulo en la esfera de lo económico intangible. Así, la vida abundante se limita al radio de la satisfacción de los escozores biológicos de pan, sexo y poderío.

Así se tiene una fracción de vida abundante y no la vida abundante entera. Porque aun esos escozores tienen fases otras que las animales. Hay un pan que se reparte y comparte; hay un sexo que se sublima en amor; hay un poderío que se torna en servicio. Y, además de estos tres motores primigenios del vivir elemental, el hombre siente, en su conducta de altura, otras hambres y otras sedes y otras ansias que las meramente fisiológicas. Hay el hambre de justeza, y hay la tendencia que parece instintiva de preferir lo bello, y hay la sed de que habla el salmista: sed como de siervo que clama por las corrientes de las aguas: sed de Dios.

El fragmentarismo y la atomización resultan ineludiblemente de un concepto incompleto de la vida abundante que toma el cuerpo físico como criterio y medida de satisfacción. La seguridad económica —palabra de pase al templo de este culto— se pone como bien sumo, y para alcanzarla se sacrifican la libertad individual y aun la libertad política. La dirección de la economía deja de ser disciplina técnica y deviene postulado

gubernamental. Se repite así la venta de la primogenitura... Sólo que en este siglo se advierten casos de platillos de lentejas agorgojadas. Lentejas que se tienen que comer con mucho gusto y placer y fingiendo que saben bien, porque a esta altura se está dentro de una sociedad ya no libre, sino regimentada. Aquí se acaba la libertad; como que es aquella sociedad de hombres animales, vale decir, de cuerpos manejados por el motivo económico y de acuerdo con la voluntad del dictador en turno.

La vida abundante en su sentido pleno —ahora la vida entera del hombre entero— reconoce y garantiza los títulos del hombre animal, como que garantiza y reconoce la satisfacción de las tres urgencias primordiales; pero hace mucho más todavía: le despierta al hombre meramente animal nuevas hambres, y sedes ardientes, y ansias de superación. Es vida de existencia en el ambiente universal, que es ambiente que abarca el cosmos entero y aun a Dios. Esta vida que se informa en la síntesis de la sentencia citada es vivencia en común, como de ecología superior, que determina los modos perfectos de vivir en relación: relación con el ambiente físico, ahora la tierra y el sol; relación con el ambiente personal, ahora los hombres; relación con el ambiente histórico, ahora las tradiciones del pasado que garantizan la continuidad espiritual de la especie; relación con el ambiente cósmico, valga decir, ahora las valías, los sentidos que trascienden lo histórico y lo actual y que rematan en Dios.

Pues bien, a esta vida abundante, plena y grande se llega sólo por vía de democracia. La vista de la vida abundante es vista cristiana, vista capaz de realizarse sólo en medio de libertad; y sólo la democracia garantiza la libertad necesaria para el establecimiento y el sustento y la propagación del cristianismo. Así la democracia es medio y escalón. Se nos dirá que puede haber otros medios de llegar al ideal cristiano de convivencia plena; quizás que sí los haya, pero en instancia postrera, la dife-

rencia será de nombre. El modo democrático es el indicado porque es el modo cristiano; porque la democracia, aun en sus niveles históricos de inferioridad, no niega el hecho central del cristianismo, que es el hecho-Dios a la jesucristiana.

Por lo que toca a lo que sea cristianismo, y a lo que por cristiano se entienda, el expediente reza como sigue: cristianismo es eso: vida en primer lugar, y vida abundante en seguida. El cristianismo aquí no se limita a la actuación histórica de los cuerpos colegiados que se apellidan cristianos, ni a la conducta de los hombres individuales que así se llamen. El cristianismo es el hecho eterno que irrumpe en el tiempo y toma forma de hombridad suprema en la persona del Jesús que resultó Cristo. El cristianismo es el sermón de la montaña; pero es más que doctrina. El cristianismo es acción de mecánica celeste: movimiento de traslación del alma de Dios al cuerpo de su Hijo.

La democracia actual se puede concebir como esencia cristiana con signo de menos; pero es esencia en tránsito hacia la democracia nueva, que será esencia cristiana con signo de más. Pero la democracia nueva no será, cuando se logre, la mejor sociedad posible. Porque la mejor sociedad posible nunca lo será, en el sentido de que siempre tendrá por delante una zona de superación, un campo cada vez más amplio y rico a conquistar. Como que la idea-ideal del Reino de Dios es meta volante que se aleja a medida que el buscador se acerca. El camino, sin embargo, es de democracia nueva y constantemente renovada, hasta nueva orden; pero la orden nueva, si se da, será de cambio de vehículo, pero no de cambio de rumbo.

El rumbo es histórico, como que en cuanto a lo asequible humano toca, el plan divino se desarrolla en la historia; y el camino es parte del plan. El camino es de política; pero "política" cobra proporciones de universalidad. Política que es cien-

cia de los asuntos todos de la "Polis": materiales, que son económicos, y morales, que son de cultura. De donde que la noción de la vida abundante sea en efecto noción de política alta, de la nueva política que es menester desarrollar. La democracia nueva y depurada —democracia obediente del mandato evangélico de la vida abundante e insuflada del espíritu del Mandante— es en efecto doctrina que se dijera teológica. Es democracia que en lo político aparece como condición indispensable de un orden cristiano de sociedad; pero no consiste, necesariamente, en forma específica alguna de gobierno, ni en método éste o el otro de representación —porque puede haber democracia sin parlamentarismo, y aun sin republicanismo. La democracia es espíritu y fe, capaces de alentar cualquiera instrumentalidad de control social o nacional.

Esta democracia del espíritu y de la fe se fundamenta en convicciones arraigadas bien en la conciencia colectiva de los pueblos libres. Una de ellas es la convicción jurídica: convicción de derechos, con su contraparte de obligaciones. Cada derecho humano predica un deber. A la presente, que es hora de crisis, la tendencia en todas partes es de recalcar los deberes. Dondequiera la tónica es de número cada vez mayor de restricciones y reglamentos. La mano del Estado se levanta en todos los caminos como la de director de tráfico que detiene movimientos que de antes fueran supuestos de libertad. Aun así, en democracia se recalca y aquilata el respeto a la personalidad humana en razón directa del aumento de control requerido por las necesidades ineludibles de la civilización industrial. Lo que vale por decir, repitiendo, que el Sábado es hecho por causa del hombre y no el hombre por causa del Sábado. Lo mismo el Estado: Estado fideicomisario y servidor.

Otra convicción arraigada de la fe democrática se podría denominar la convicción lógica. En todo caso, hay una suerte

de epistemología animal, como la fe animal de Santayana. Hay también una cosa común y corriente que se llama la razón, que es el instrumento que indica que el tiempo corre, aunque no corra, y que el número es tangible y correcto, de modo que dos y dos son cuatro, y que hay Algo detrás de los procesos fenomenales, llámese Dios o llámese como cada quien guste. De tal categoría será la convicción democrática de que lo razonable es lo bueno. Aun a la sinrazón se le busca una razón. Luego entonces, en democracia se descarta lo arbitrario. Toda policía, toda ordenanza, se establece después de haberse discutido por todo el pueblo, individualmente y a través de sus órganos e institutos de opinión. Sólo donde hay democracia hay opinión pública. Lo razonable es lo comunal y colectivo, lo que mejor afecta al conglomerado. Quiere decir que los intereses del pueblo y la nación son el criterio de razonabilidad, que no los del individuo, ni los del grupo, ni los del partido político.

Llegamos a la convicción democrática tercera: es la convicción de la dignidad de Juan López. En democracia se le tiene confianza a Juan López, y se deposita fe en el buen juicio del hombre de la calle, que es el ciudadano anónimo que cuando llega el caso sabe morir en la raya del deber. Quiere esto decir que Juan López es un ente de mucho sentido común; en veces de más sentido común que sus conductores. Claro que hay expediente largo de los errores de Juan López; pero sus errores no son de intención, que lo serán de ignorancia; porque cuando hay luz, el hombre medio es capaz de encontrar su camino sin auxilio de conductor. Esto vale por decir que la opinión pública es un hecho motor de la democracia aun cuando en más de una ocasión se la tuerza o envenene. Y, además, Juan López constituye el material humano único disponible para la construcción del edificio social de mañana.

En todo caso, los conductores infalibles, los dictadores, los superhombres, apenas si serán Juanes López aerodinámicos, ornamentados por fuera con toda suerte de gestos demagógicos o uniformes militares; pero por dentro, el motor es el mismo. No hay superhombres. La grandeza de cualquier dictador no es grandeza suya; es bajeza del pueblo que lo sostiene o lo tolera.

He aquí la virtud de los parlamentos, y los congresos, y los municipios, y las uniones obreras, y los movimientos de esta suerte o la otra: que son medios de expresión del punto de vista del hombre medio y manera de freno de las impetuosidades del poder ejecutivo. Por eso es que donde hay democracia hay grupos organizados de toda especie que hablan y se manifiestan de diversas maneras; y cuando son grupos minoritarios, mejor; porque en veces la mayoría va por mal camino; y entonces va de la minoría enderezárselo, pacíficamente.

Juan López, Juan Demócrata, es por tanto hombre de derechos y deberes, y hombre con sentido cívico y hombre de sentido común. Estos tres son atributos de hombre religioso, principalmente el del sentido común, en el que se funden los otros dos. Porque lo del sentido común es lo de lo razonable y conveniente para el bien general. Por eso es libre Juan Demócrata: porque es hombre de ojo avizor y oído agudo que ve visiones aunque sea obscuramente, y que escucha comandos aunque en veces los malinterprete. Virtud ésta del sentido común democrático que es también premisa insustituible de la vida abundante que el cristianismo preconiza y que un día de los por venir se habrá de alcanzar aquí, por el esfuerzo, por el dolor, y por el buen sentido de todos los Juanes López que habitamos esta tierra, cuando nos organizamos para bien, vale decir, para reconocer el rumbo que es rumbo con estaciones de Getsemaní y Calvario, pero que al fin termina en aurora

pascual como de una humanidad que se levanta de su tumba y asciende a disfrutar de la vida en presencia de su Creador, aun aquí en el mundo del tiempo y el espacio, en forma de vida abundante en todos sus flancos: vida como la que estimara el Señor Jesucristo como objeto de su venida al reino de lo humano temporal.

La Democracia y la Valía Humana

- n) La dignidad de Juan López
- o) La noción pneumática del individualismo
- p) La aportación democrática de la fenomenología

n)

LA DIGNIDAD DE JUAN LOPEZ

Hombre de la calle, hombre medio, común y corriente, hombre colectivo, carne de cañón y pábulo de libertad: el que forma la arcilla de las mezclas supremas, el quid indispensable de la sociedad... No el hombre-masa resultante de la mecanización de la vida, sino que el hombre criatura de Dios, que cuando salió de la forja primigenia salió ya con la imagen del Forjador en el rostro y en el alma... Hombre medio que es la antítesis del superhombre nietzscheano —hombre éste anti-común por excepcional—; hombre común y corriente que en sus lomos lleva las generaciones y las esperanzas del futuro, como en sus espaldas las tradiciones y las cruces del pasado... Hombre que es unidad de humanidad a la usanza del latino: *homo sum, nihil humanum a me alienum puto*...

Hombre de la calle de quien va el concepto cristiano de la democracia; porque cuando la Gran Sociedad se establezca, y ~~essa~~ de que se vaya a establecer, será sociedad fincada sobre cimientos de fraternidad, pero no ya de la fraternidad-idea, sino que de la fraternidad-sentimiento; porque en último término son los hombres comunes y corrientes los que sienten y obran cuando los otros —ahora los “superiores”— especulan y opinan; y porque es en el hombre medio donde residen y florecen las verdades absolutas, como la que indica lo que es bue-

no, y lo que es malo, a saber, las verdades que tienen que ver con la moral, que es lo de las costumbres y las fricciones.

Las sociedades que se funden sobre cimientos otros que los mencionados no serán sociedades en el valor legítimo del vocablo —que sociedad es congregación de socios—; sociedades semejantes son rebaños de animales inconscientes o mesnadas de esclavos en grilletes... Empero, la sociedad legítima no se forma de privilegiados, ni de escogidos; se forma del común del pueblo, de hombres medios, comunes y corrientes, de hombres de la calle, aun como ese Juan López que vaya pasando cuando el que lee levante la vista, porque Juan López es la substancia y el meollo de la Gran Sociedad, y la cláusula sine qua non del credo democrático. Y, el que está leyendo es Juan López también, hermano carnal del otro y con él responsable del futuro de la democracia. En caso contrario, la noción de la soberanía popular es frase hueca; de otro modo, será mentira que el pueblo sea señor y árbitro de sus propios destinos... Porque eso de “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” significa, cuando se le interpreta sin tergiversar, gobierno de Juan López, por Juan López y para Juan López...

Hoy con hoy, la humanidad —ahora la suma total de los hombres medios, de los Juanes López— se ve estremecida por los huracanes de la violencia; hoy con hoy, “las confusiones de la política hacen naufragar a las almas más vigorosas”. Ello será porque hemos perdido la fe —todos, conductores a la vez que conducidos— en el hombre medio. La comenzamos a perder desde los fines del período romántico, y la liquidamos desde los comienzos del positivista... El hombre medio perdió su virtud de valor en la estimativa mundial por razón del desmesurado desarrollo científico del siglo XIX; porque las realizaciones milagrosas de la ciencia se tradujeron en soberbia de los espectadores. Y antes de mucho, aun Juan López se sintió de

repente superior a los Juanes López del montón. El auge de las disciplinas positivas y mecánicas se tradujo en la quiebra de las morales y anímicas; en la erosión de las bases psicológicas de esa filosofía simple y sin doblez que descubre sin salir a buscarlo, el valor supremo del hombre por su calidad de hombre; a saber, la dignidad de Juan López... El tema es de política superior, del negocio de la convivencia y del problema de la vida buena dentro de cada grupo popular, sin la cual resulta imposible la convivencia de las naciones. Andamos aquí por caminos de la vieja frase que reza: *Vox populi vox Dei*: frase que se dice de otra manera por boca de Abraham Lincoln: “¿Y por qué no tener una confianza paciente en la justicia última del pueblo? ¿Hay, por ventura, alguna mejor en el mundo?”

La bancarrota de lo humano-popular —porque lo humanístico es herejía, eso de pensar del hombre en términos de élites— se hace evidente con la aparición y el prestigio del darwinismo que mal interpretado tiende a degradar la calidad del hombre, reduciéndolo a especie de bruto. Y sube de punto con la insurgencia y el imperio del determinismo económico que —en forma de socialismo “científico”— destruye del todo la fe en el hombre medio, ya que los hombres se conciben en tal vista como simples cosas económicas, o cuando mejor, como esclavos de sus intereses materiales.

El golpe de gracia a la dignidad y valía de Juan López se lo dieron los psicólogos, cuyo cabecilla más destacado en estos valles lo fué el profesor J. Watson. La psicología degradada hasta su nivel de mecanicismo behaviorista le arranca a Juan López aun el nombre; porque Juan López no es López, ni siquiera Juan; que será simple manojito ambulante de instintos recibidos y tendencias adquiridas... Juan López, cuadrumano, Juan López buscapán, Juan López manojito de nervios... y

Juan López, encantado de la vida, tragándose la piedra saturina *in toto*, porque era piedra científica. Juan embarazado así se torna en Juan carne de cañón; porque sin esclavos no hay dictadores, puesto que el dictador es un Juan López común y corriente “catapultado” a la altura del mando por la dinámica popular descauzada.

La democracia fracasa en un mundo así por falta de materia prima; pero no es que fracasa; es que no hay con qué tenerla; porque el hombre medio es el vaso o continente del vino humano-popular. En todo caso, la defensa y salvación de la democracia —dando por supuesto que es de salvar y defender— predica un requisito preliminar: el de la salvación del hombre medio. La tarea es de rescatarlo de los grilletes que él mismo se pusiera. Se trata de un regreso a la vista humano-popular de la vida; se requiere que Juan López recobre la confianza en Juan López; es menester que el hombre medio se sepa libre, y digno, y necesario, e indispensable... Pero no es que este mesías o el otro lo vaya a salvar: Juan López tendrá que hacerlo de por sí. Juan López tiene que alcanzar una ciencia de orden diferente que la del laboratorio. La ciencia de laboratorio es buena para los techos del edificio; pero se requiere también otra ciencia para los cimientos: ciencia que es conocimiento cordial, un darse cuenta de las fuerzas de la vida fundamental. Porque el buen vivir, la vida buena, no es asunto de técnica y civilización sino asunto de emoción y cultura... En otras palabras, lo que debe primar es el carácter, que no el intelecto. La convivencia, que esto es el tema de la política, es del terreno de la moral. Y la moral es carácter. Y el carácter resulta de sentir los valores y de actuar de acuerdo con el sentir... Y, ese sentir no es intelectual, no es dato que llega por vía de silogismo, ni de especulación. Ese sentir es emoción, vale decir, moción de adentro para afuera. Es moción como la

que mantiene a los orbes en concierto. Y Juan López dinamo de ella...

Porque Juan López es cristiano, por occidental, y porque su cultura es de raigambre cristiana, y porque esa cultura en lo que tiene de político descansa en creencia como ésta: que el hombre común y corriente —esto es, el promedio de la inmensa mayoría— es capaz de resolver a lo recto un problema, y de salvar de igual manera una situación, cuando problema y situación se le presenten a la descubierta y de raíz; y lo que es más: que el hombre medio es capaz por instinto de ir hasta las raíces del asunto y de obrar racionalmente, a la luz de las raíces. Harry Emerson Fosdick ha expresado esta creencia en frase como la de que “la libertad y la moral personales no están en nuestro mundo bajo la custodia de genios, sino que de personas comunes y corrientes, esto es, del hombre medio.”

El hombre medio resulta así centro de la sociedad y eje de la vida; pero ello no significa que Juan López sea infalible. Creer en Juan López no quiere decir creer en su infabilidad. El hombre medio se equivoca, y a menudo; pero sus errores son de la mente, no del corazón. Y se habla del hombre medio entero, no del emasculado que es el disciplinado de disciplina bastarda; ése ya no es hombre medio, sino que hombre a medias. Lo que es más, el hombre medio no es hombre individual; es hombre colectivo; no se habla de un hombre dado, sino que del hombre en el cual residen las características del común denominador humano. Se trata del hombre que siente en hombre, que no en líder, ni en especialista, ni en erudito, ni en esteta, ni en santo, ni en creador.

Juan López puede estar en error frente al erudito economista en lo que toca a curvas gráficas; pero las curvas gráficas no son absolutos; son en final de cuentas manipulaciones de la mente, y de la mano, del profesor... Sea, por ejemplo, el caso

de la suavización de una curva. La curva no representa la ruta obtenida de las coordenadas, sino que la versión que el estadístico nos da de dicha ruta... Y cuando usted advierte que las coordenadas a su vez representan datos imperfectos, no puede menos que sentirse frente a una ciencia muy relativa. En este terreno nuestro hombre medio no llega ni siquiera a equivocarse, porque equivocarse es seguir un camino de dos; aquí Juan López es ignorante de toda ignorancia... Empero, hay curvas cuyas coordenadas son eternas, por comprobadas: hay cosas que son buenas, o malas, porque el expediente histórico da fe de ello. Sean las coordenadas relativas a la participación de los bienes de consumo. El líder —demagogo, plutogogo o teogogo— sabe más que Juan, claro que lo está; el líder habla bien, y convence, y encamina, con su palabra que López no puede refutar... Empero, cuando el líder va en automóvil costoso —“El automóvil del Dr. Castro Buenrostro es regalo que le hizo la unión de chóferes; Castro Buenrostro es honrado de toda honradez...” Sin embargo, Castro Buenrostro no debe permitir que el sindicato le haga regalo tal—, o cuando brinda con champaña cuya copa “representa el salario mensual de un obrero chileno”... entonces... Juan López *sabe*, en su ignorancia, que aquello no va; que el Dr. Castro anda en paseos muy malos.

Estamos aquí frente al problema de la función de la élite conductora; porque conductores los tiene que haber; pero para ellos hay norma; hay coordenada eterna, como la que se expresa en el mandato: *Aquel que entre vosotros quiere señorear tendrá que hacerse vuestro servidor*. El líder —digamos que el genio— no se descarta en esta vista de la dignidad de Juan López. El genio hace falta; pero su función es diferente, valga decir, *apolítica*; como que, como lo expresa Carl J. Friedrich,*

“los genios —artistas, eruditos, santos— sólo reflejan, a través de su existencia esotérica, y en forma extrema, lo que probablemente es cierto de todos los hombres excepcionales”; a saber, que su terreno es el de la actividad creadora y no el de la reglamentación de la vida cotidiana de las masas populares. De donde que el “genio” que se mete a conductor político no sea genio, ni político. Porque, paradoja aparte, *en política no hay conductores*. Se dice política sobre supuestos de democracia, ya que sin democracia la política es imposible. En dictadura no hay política, porque por definición la política procede de abajo. Aun cuando se trate de una dictadura paternalista o de otra iluminada. El *pater familias* es concepto romano de la paginidad; y el iluminismo se postula sobre base de la esencia intelectual de la realidad... Aquí, la premisa es de la bondad de la democracia, interpretada esta última como lo más cercano del ideal de la Buena Sociedad concebida como familia cuyo Padre es Dios.

En buena política, los conductores son conoducidos; por ello que la democracia haya funcionado en los Estados Unidos mejor —o menos mal— que en cualquiera otra parte. Porque en Estados Unidos John Smith cuenta, pese a su rusticidad, y a su ignorancia, y a su falta supuesta de cultura parisiense; pero en política, John Smith es capaz de hacer milagros, cada cuatro años.

Se quiere decir que en Estados Unidos el conductor es secundario. Quizás sea por ello que no lo asesinan tan a menudo como en otros mundos; porque la cosa pública sigue en marcha, con *cualquiera* otro a la cabeza; porque aquí cualquier John Smith es capaz de conducir, que vale por ser conoducido. Y con razón, porque aquí la realidad se aproxima a la fórmula —a pesar de que de noche en noche influencias perniciosas tuerzan la ruta gubernamental —del gobierno de

* v. *Belief in the Common Man*. “The American Scholar”, vol. 9, Nº 3.

John Smith, por John Smith y para John Smith. Es que la política buena debe ser asunto de mediocridad, en la medida de que toda entidad colectiva es mediocre; pero no en sentido peyorativo, sino que en sentido del "juste milieu" de los franceses o de la "aurea mediocritas" de los antiguos.

o)

LA NOCION PNEUMATICA DEL INDIVIDUALISMO

Individualismo es vocablo que evoca más de una idea. Aquí no se versa sobre el individualismo filosófico —sistema que hace de la personalidad un ente autónomo —ni del individualismo comercial— que será la escuela económica del *laissez faire*. Lo que sigue es en torno al individualismo cristiano, que es la vista del hombre ante la sociedad, contemplada a través de las enseñanzas y la vida —doctrina y práctica— de Jesús de Nazareth.

El individualismo cristiano es la visión donde el hombre se sabe vaso o continente de una vida divina; "porque todos somos hijos de Dios, y por lo tanto hermanos". Es la forma según la cual todo ente no es ya autónomo, sino que, más bien, trae a Dios adentro. Forma ésta que lleva a una autonomía verdadera, como la del señorío de sí mismo, la de la vida regulada y reguladora, que se mueve como quien hospeda a un prócer, como quien hospeda a Dios: respetuosamente, en su nivel supremo de bondad.

De este modo, el individualismo lleva al hombre a crecerse en su propia estimativa, y a sentirse importante en el cosmos y en el mundo, y en su mundo, que será el grupo del que forma parte. Tesitura semejante hace que el individuo viva preocupado, vale decir, militante, en continuo afán de proyectar lo divino en lo terreno: en constante invasión de la provincia que lo

circunda, vale decir, contraponiendo el dominio de Dios al dominio de Antidios, significando con esto último las fuerzas negativas de toda sociedad, en cualquier momento de la historia.

Individualismo semejante será, por tanto, una fuerza de concentración, como la de una lente que recoge los rayos del Sol y enciende la superficie enfocada. Es el recoger, en un lugar y un momento, de "todos los ensueños, y todas las aspiraciones, y todas las integraciones emotivas del género humano..." Es un mirar de la historia que abarca todo lo bueno del pasado y se lo asimila al presente, como si sintiendo que el porvenir va del que mira. Así se llega a la vista universal de la historia: así la historia es *una* experiencia; así la humanidad se responsabiliza con el pasado y con el futuro; así tienen los hombres de hoy que cargar con las culpas y los errores de sus antepasados y que esforzarse por dejarles a sus hijos carga buena...

La vista es antropocéntrica, o, más bien, teo-antropocéntrica; porque se concibe el hombre como vaso y vehículo de Dios. De aquí que se eleve la valía del hombre como tal a un nivel muy por encima del que se informa en el individualismo autónómico. Dentro del individualismo cristiano, todo hombre es digno de servir, y digno de salvar, aun independientemente de lo que diga la sociedad... La sociedad, en cualquier momento de la historia, es un accidente... Lo eterno es el hombre, aun desde el punto de vista biológico.

Pues, la sociedad le es al hombre como la carne al espíritu. Se habla de la noción *pneumática* de la especie humana. Es la noción estoica de Diógenes Laercio, que aparece en seguida en *el evangelio de San Juan* —vi. 63—, donde dice que "el espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha". Aquí la biología se pone al servicio de la teología, al considerar lo eterno del *pneuma* (espíritu), que será el plasma germinal, frente a lo

perecedero del *sarx* (carne), que será el plasma somático... "El *pneuma* es, precisamente, algo que está por encima de la humanidad y la resume: crea las relaciones entre los hombres; crea el amor entre el hombre y la mujer y entre el hombre y su prójimo. Crea vida eterna, y crea moral. La victoria del *pneuma* sobre el *sarx* es la victoria del plasma germinal sobre el plasma somático, es la victoria de la idea de humanidad sobre la consciencia individual, es la victoria del altruismo sobre el egoísmo... En este sentido podemos y debemos creer todos en el *pneuma-hagión*, en el Espíritu Santo... *"

Se subordina la sociedad —en la vista que se viene exponiendo— porque la sociedad es una institución temporal que se estructura en términos de momentos dados y que bien puede resultar —como siempre resulta— inadecuada en términos de momentos posteriores; toda sociedad y toda institución social quedan subordinadas al hombre... No que se destruya, ni que se excluya la sociedad: simplemente, que se le reconozca por, y se le emplea en, lo que es: vehículo y medio. La sociedad fué hecha para el hombre.

Paréntesis: la vista *vehicular*, instrumental, de la sociedad vale aun en cualquier concepción idónea del hombre ante el grupo. Admitido el progreso como hecho social, las nuevas formas —hoy día, por ejemplo, las que la ciencia y la técnica aportan a la vida— reclaman nuevas instituciones. La falla del *societarismo* ultramontano consiste en que sus arciprestes no tienen noción del tiempo, ni ciencia del cambio: establecen normas milenarias, a la divina: se sienten eje y centro de la vida. Estos son los *teogogos*. Falla semejante se le puede ad-

* Quien quiera más detalles en torno a lo sagrado de la semilla humana, vea "La hipótesis del plasma germinal. Los fundamentos físicos del organismo de la humanidad", en *Biología de la guerra*, por GEORGE NICOLAI, pág. 556-572. Ercilla, Santiago de Chile, 1937.

cribir a toda iglesia totalitaria, a todo sistema religioso que excluye la función directora del Espíritu Santo: a saber, la iglesia que dependa exclusivamente de la tradición, que excluya la posibilidad de nuevas revelaciones, violando el principio de que "Dios nunca se queda sin testigos", en cualquier momento de la historia, el presente y el futuro inclusive. (Fin de paréntesis).

Este individualismo —que descubre en el hombre la valía suprema del existir— impele, por eso mismo, a descubrir en cada hombre lo mejor que haya en él, y a captarlo para la sociedad. Esto será proyectar lo eterno en lo temporal; esto será establecer el reino del cielo en la tierra... Esto es, que hay en el hombre con respecto al hombre un complejo que se pudiera llamar de la urgencia de descubrimiento de lo bueno: urgencia que brota de la exaltada concepción de que cada hombre lleva en sí el plasma germinal suficiente para convertirlo en salvador —*soter*— a la manera del Salvador por antonomasia. Así el individualismo resulta la estimativa suprema del hombre.

La posición implica consecuencias éticas cuyo alcance se extiende hasta más allá de los límites de la jurisdicción social. Dentro de un individualismo como el cristiano, la inmoralidad máxima —el pecado sin perdón— será la de tratar al hombre como algo que está a precio de mercado, como algo sujeto a la ley de la oferta y la demanda. Así, este individualismo es antitético del comercial, que opera en términos de "mano de obra" y que ve en el trabajo algo que se compra, como las materias primas o las herramientas de construcción. De aquí se llega al supuesto cardinal, al postulado principalísimo del cristianismo histórico: que las valías humanas son el elemento central de la vida; que el hecho humano está por encima del hecho político, y del hecho económico, y del hecho tradicional, y del hecho institucional... Aquí se encuentra la vista *social*

de la sociedad, queriendo decir social en su acepción óptima, en su significado de *res socialis*, que será cosa de socios, y más que de socios, de hermanos...

La relación no es de un todo anónimo —la sociedad— con unas partes individuales —los hombres—; la relación es de hombres con hombres; de hombres que cooperan en grupo. La relación es ya de ética: relación que se funda en la inmanencia de la Deidad; porque "ninguna obra de Dios está separada de su ser, ni de su actividad..." Conste que se acaba de decir: "la inmanencia de Dios"; porque esta concepción no es panteísta. La idea de la inmanencia se distingue del panteísmo en que aquélla connota, *también*, que la obra de Dios nunca se agota, ni nunca exprime *toda* su naturaleza. En este esquema, los entes personales, las personas, serán la expresión suprema de la actividad creadora de Dios, "la cumbre de la escala de las existencias contingentes..." Y son más: son instrumentos consistentes del Espíritu creador inmanente. De donde se sigue el valor responsabilizado de la persona, y su función única en la historia, que es función de tener consciencia de Dios, y de revelar a Dios, y de encarnarlo... Pero se debe explicar que la inmanencia que se ha mentado es *inmanencia cósmica*, en el sentido de que Dios es el comienzo, el medio y el fin de toda existencia. Nuestro individualismo es visto con sentido de imperfección... El Reino de los Cielos todavía no viene; la Humanidad está en marcha y en buen camino; todavía queda largo tramo por andar... Lo que todavía no se logra es la *inmanencia moral*, a saber, el nivel de cumbre en que Dios esté en todo y todo en Dios.

El rumbo cristiano lleva a esa meta; la marcha cristiana es búsqueda de la Gran Sociedad, en la que se fundan en uno los dos ideales substantivos de la doctrina de la paternidad universal de Dios: ideal personal el uno; social el otro; el ideal de la

vida personal abundante, y el ideal del Reino de los Cielos en la tierra: ideales que se completan y nutren mutuamente; porque el ego es prójimo de los otros egos, y viceversa. La vista se puede extender, y entonces la persona es el *yo* con respecto al *tú* que se tiene en las demás personas. De igual manera, Dios será yo ante un tú que es el género humano, y viceversa, también, porque Dios necesita del hombre para proyectarse en la historia, y para ser por él conocido, y revelado, y encarnado, como se dijo antes.

La noción individualista cristiana es de iterarse en este tiempo de guerra que nos es dado vivir; y de reiterarse la idea de que lo divino que hay en el hombre queda fuera del alcance de la sociedad, porque es superior a ella; porque la sociedad es hechura de hombre, mientras que el hombre es hechura de Dios. El algo divino —lo sagrado del alma: lo que los revolucionarios de hace ciento cincuenta años quisieron proteger con su doctrina de los *derechos inalienables*— no cae dentro del gobierno social porque la sociedad no tiene, todavía, órgano con que alcanzarlo. Algún día, cuando se consumen las sazones, la sociedad tendrá ese alcance; pero será para bien, porque, entonces, no habrá sociedad, en sentido de gobierno, porque los gobiernos son formas de represión que no se necesitan cuando el grupo se vuelve familia.

El gobierno —ahora de la sociedad— es un mal necesario, mientras dure la tensión que ahora existe entre lo temporal y lo eterno: si se permite la frase, “mientras el Diablo ande suelto”, mientras no se alcance la inmanencia moral que se tenga cuando “se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo.” Urge, por tanto, desinflar el concepto de importancia que a la sociedad se le atribuye por los que hoy con hoy la convierten en tranvía que los lleve al destino transitorio de sus programas antisociales.

La “sociedad” es un mito cuya función consiste en el mantenimiento de una superstición que hoy adquiere dimensiones de culto. Se quiere decir la sociedad totalitaria que se identifica con el Estado. La secuencia es muy sencilla: sociedad Estado-gobierno-élite gobernadora, o, dictador. Siempre, los que salen por los fueros de la sociedad lo que hacen es defender los derechos mal habidos del grupo gobernador, que, llevado a su extremo de absurdo, consta de una persona: el jefe máximo infalible... Claro que es cierta la máxima clásica de *Salus populi suprema lex esto*; claro que la salud del pueblo debe ser la ley suprema de toda comunidad; pero ninguna persona, ni ningún grupo de personas, debe arrogarse el derecho de determinar, por sí y ante sí, monopolísticamente, lo que la salud del pueblo sea... Hacerlo será tarea democrática de la sociedad legítima, a saber, la suma total de los individuos constituyentes del grupo... Y, la determinación se ha de hacer en vista del pasado y con el porvenir por delante: en vista de la tradición y en vista del futuro inmediato. Para lograrlo, la forma más adecuada, o menos defectuosa, que hasta aquí se ha elaborado es la de la democracia, que consiste en dirigir la cosa pública de acuerdo con la voluntad expresa de la mayoría. Y esa voluntad se debe consultar periódicamente, y en tiempos de crisis...

Y, porque la historia, y la creación misma, son —cuando se las contempla en plenitud— procesos de devenir que encuentran explicación y causa en la actitud de Dios, por eso, decimos, la democracia sigue siendo la forma mejor. El siguiente estadio a alcanzar en la marcha será el de un orden que esté más cerca de la justicia económica: estadio en que las relaciones de hombre a hombre y de hombre a grupo y de grupo a hombre sean relaciones de familia, relaciones divinas, relaciones de entes que están en actitud de compartir... A ese estadio se llegará no ya bajo las enseñanzas de conductores huma-

nos —porque el genio de la democracia rechaza héroes y desdén genios—, sino que bajo la insignia de conductor ultramundano, esto es, bajo el mando de un Espíritu, como el de Dios, que anime a la masa entera, y la fecunde, y la haga vaso de sus proyectos y de sus operaciones...

p)

LA APORTACION DEMOCRATICA DE LA FENOMENOLOGIA

Consideremos la noción estructural de la psicología, aplicándola al plano de la vida en sociedad, como forma de fenomenología política. La convivencia muestra más y más cada día el aspecto de la aglomeración. Lo cotidiano social, lo del vivir dentro de su grupo cada quien, se hace más difícil y más, no tanto porque los individuos se porten de manera diferente, sino porque aumenta el número de los componentes del grupo... La costumbre humana del grupo ha sido de crecer y multiplicarse en primer lugar; y en segundo, de ponerse en contacto con el grupo vecino inmediato. A la larga, habrá varios grupos que se yuxtaponen, para fundirse en uno a continuación, para aglomerarse, como cuando en la Edad Media se van a las Cruzadas, como cuando se amontonan alrededor de las fábricas en la moderna, como cuando acuden como abejas a las colmenas humanas de las grandes ciudades en la contemporánea. Vamos creciendo, y nos vamos mezclando, y se va de crecimiento en crecimiento a una idea nueva de lo que sea el grupo, de lo que signifique la sociedad.

El grupo pierde ya su autonomía tradicional. A la luz de los acaecimientos científicos y de sus aplicaciones tecnológicas, las gentes aprenden a sentirse secundarias; descubren que hay otras patrias tan buenas como la propia, al otro lado

de la serranía limítrofe, y más allá del río fronterizo, y aun allende los cielos brumosos de ultramares que de antiguo fueran tierras de leyenda, como las de El Dorado y Catay. El grupo pequeño disminuye en importancia, pero con ello se crece y agiganta. Lo que ocurre es que ahora hay grupo mayor... lo que es más: grupo completo, inclusivo de todas las gentes posibles y de todas las tierras del globo, ítem de sus aguas todas y de sus atmósferas de estratosfera.

Ahora el mundo es uno, bola de tierra amable y al alcance, en todos sus rincones, de la radio, y del avión. El mundo de lo geográfico, unificado, contribuye a unificar el mundo de lo popular, la suma total de las gentes que lo habitan: gentes que en la misma medida se unifican porque se sienten ya miembros del grupo grande y uno —del grupo universal.

El atisbo de la psicología fenomenológica se sale así de su anaquel de investigación erudita y se echa al camino real en forma de convicción única y ecuménica, motora del devenir.

- (a) *Estructura es promoción de miembros, que no de partes.*
- (b) *Estructura es un todo, que no una suma.*

Proposiciones sendas que valen por filos de la espada metafórica destinada a triunfar del materialismo en cada una de sus siete cabezas de bestia apocalíptica, y a liquidar de una vez para siempre las implicaciones sociales y los resultados políticos del totalismo filosófico.

“Estructura” de esta especie no es armazón; es cuerpo conlegiado. La doctrina se refiere al ente vital motor del hombre, que se llama alma, o espíritu, o mente, o ego. El alma no es manojito de complejos y reflejos, de impulsos y apetencias, atados al azar por quién sabe qué cosa, predicada por los mecanicistas. Reflejos y apetencias están constituídos en cuerpo

colectivo, en calidad de miembros dotados de funciones específicas, que son derechos inalienables. En cuanto miembros se les reconoce calidad. Donde los materialistas lo cuantitativo es lo que cuenta, porque los constituyentes son tenidos por partes de una suma. Estructuralmente, en cambio, los miembros son entrañas mismas del todo. Quiere decir que herir al miembro es herir al todo; mientras que en la noción opuesta bien se puede separar la parte, porque la suma sigue en pie, aunque sea disminuída.

La significación política del estructuralismo éste acentuador del *miembro* y del *todo* subiría de punto en validez por concomitancia, porque la sociedad es conjunto de individuos; pero es válida también de por sí: en cuanto lo político se conciba etimológicamente, en cuanto quiere decir lo de la Polis, lo de la Ciudad, que es lo de la sociedad, lo del grupo como congregación de individuos. Es válida la noción de estructura porque resulta ser patrón vital, dechado de la *vida-en-ciudad*, es decir, en grupo. El grupo se forma de miembros. De modo que el grupo concebido estructuralmente es cuerpo, organismo —vale como decir: estructura de entes personales. He aquí el signo político de la visión: que miembro y persona (con acento esta última en su interpretación cristiana) son una cosa y la misma —es a saber: cosa con alma, con conciencia; con responsabilidad, con derechos inalienables; con pasado que purgar, con destino que cumplir.

De tal manera, la sociedad, el grupo, se advierte como manifestación de un ser, ente, ego... como un *yo* universal constante de todos los *yos* individuales. De modo que, entonces, el grupo chico, la sociedad aislada, la patria chica, etc., ha sido en efecto escuela y campo de instrucción donde a los humanos nos ha sido dado educarnos en la ciencia del convivir en la sociedad grande. Entonces luego, el grupo chico tiene su

razón de ser, y su valía; por ejemplo ese espíritu de clan que se llama el nacionalismo. El nacionalismo no es malo excepto cuando se torna agresivo y destructor del nacionalismo vecino.

En todo caso, el proceso de estructuración política universal se realiza, que tal parece, en tránsitos sucesivos de grupo menor a grupo mayor. Del individuo al grupo mínimo que es la familia; y del individuo al grupo fraternal, o gremial, o religioso; y de los grupos pequeños a los mayores por medio de la federación y la confederación. El patrón integrador se destaca por esto: por su modo político, y por su sistema de federación; por una especie de igualdad ante la ley resultante de la vigencia del principio enunciado arriba —principio de que hay *miembros*, y de que no hay *partes*. Por ello que los componentes formen el *todo* de que se habló, es a saber, la sociedad de entes iguales, que no la *suma* de un conglomerado de entes inertes a la manera de Herbert Spencer.

La Democracia y la Guerra

- q) Paso del desierto de la violencia ineludible
- r) Proyecciones éticas de postguerra
- s) Sentido de la Revolución

q)

PASO DEL DESIERTO DE LA VIOLENCIA INELUDIBLE

Asistimos a un momento de la historia en que la violencia ocupa el primer plano del cuadro del acaecer. La experiencia no es nueva. Generaciones anteriores a la nuestra, y la nuestra misma, han contemplado el mismo drama en el mismo escenario. La guerra ha sido hasta aquí la *ratio ultima*, el tribunal supremo a donde van las naciones a dirimir sus querellas cuando les fallan los demás arbitrios. En el caso actual, empero, se advierte un elemento nuevo. Esta guerra no es guerra de dos coaliciones en pugna. Esta guerra es acto de policía de la humanidad entera contra un grupo de gobiernos desaforados que después de subyugar a los pueblos de su jurisdicción se echaron al camino real, literalmente, a hacer lo propio con el mundo entero. La idea enunciada del factor diferente en esta pugna encuentra comprobación objetiva en el desarrollo del drama. Las Democracias fueron al empleo de la violencia impelidas por el riesgo de un mal mayor todavía, como el de la extinción de las constantes de valía que le dan cuerpo a la civilización y alma a la cultura; fueron a la violencia conscientes de que la violencia es mala; se encontraron de repente ante la alternativa de escoger entre dos males... en una situación en la que no había posibilidad tercera. Los individuos, y los grupos, y las naciones que pretenden mantenerse al margen

del caos lo que hacen es... hacerse una ilusión que no por sincera deja de serlo; porque esta guerra es total; porque ahora sí se acabaron los términos medios. No hay balcón, ni rasca-cielo ebúrneo... El margen del caos es parte del caos. Lo que visto desde otro punto de vista significa que asistimos en efecto al momento de la concreción internacional, al instante de la fundición de los pueblos dispersos en pueblo uno y articulado.

La violencia en nuestro caso ha sido arbitrio de contra-fuego indispensable para sofocar el incendio que amenazaba destruir el bosque entero de la tradición libertaria. Vale decir —fuera de un simple hacer de frase— que se recurre a la violencia para acabar con la violencia. Este medio, este arbitrio democrático de la violencia es moral. La obra de destrucción del fascismo se ha venido haciendo en tesitura de justeza. La tarea se viene desempeñando con espíritu clínico. El odio queda fuera del cuadro. Ha habido quienes aboguen por la promoción del odio del enemigo como instrumento psicológico de combate, pero la moción se ha perdido en medio de la atmósfera científica, de precisión matemática, con que las Democracias hacen la guerra: precisión que ha echado al cesto de los desperdicios estratégicos el acervo entero de la propaganda nazi que llegó a su cumbre de estruendo demagógico en la famosa “guerra de nervios” con aquella fraseología de hace un lustro. *Blitzkrieg, Wehrmacht, Panzer, Stuka, Lebensraum, Herrenvolk, Heil Hitler.*

El odio no se promueve en esta guerra porque resulta contraproducente; porque los análisis de los psicólogos militares dan fe de que los soldados que en la vida civil fueran personas normales, y aun tímidas, aprenden su lamentable oficio como disciplina científica y lo desempeñan con frialdad de cirujanos que saben que tienen que hacer lo que hacen por causa de la

salud del cuerpo entero social. Por el otro lado, se ha descubierto que los individuos violentos en la vida civil, los penden-cieros, los belicosos y los maleantes, pierden los estribos en medio del combate moderno... La ausencia del odio se traduce, por tanto, en ausencia de histeria. Esta guerra resulta así, más que cruzada, expedición microbicida, pese al hecho de que sea, en última instancia, promoción de muerte y repugnante por ello al ideal democrático respetuoso de la humana personalidad.

La humanidad democrática no ha perdido el sentido de proporción. Es humanidad con consciencia de bien y de mal. La voz de la razón le hace coro a la voz del imperativo moral. Sabemos, en ciencia de lugares comunes, que la violencia y el odio nunca serán piedras de ángulo capaces de cimentar el orden mundial del mañana inmediato. El hecho mismo de que el mañana inmediato se tenga muy en primer plano del pensamiento significa que nos sentimos en tierra extraña, en tierra de violencia guerrera, en desierto de iniquidad que hay que atravesar quizás que en purgación de pecados colectivos, quizás que por haber permitido el martirio de etíopes y españoles, inconscientes de que eran nuestros hermanos... y nosotros sus guardianes. Hay en el campo democrático una consciencia de pecado que se crece en claridad a medida que se adquiere mayor conocimiento de las implicaciones contingentes de la lucha. El futuro se esboza con trazos de responsabilidad. El futuro no se contempla ya exclusivamente desde puntos de vista nacionales exclusivos. Se ha llegado a la ciencia de que la realidad mundial no es nacional sino humana. El futuro se postula sobre base del triunfo de la justicia. El mundo que se diseña es mundo libre por los cuatro costados espirituales... Ésta es la visión teórica; éste es el ensueño democrático *en principio*.

La victoria, sin embargo, no marca el lindero del desierto. Hay por delante y todavía cuesta dura que ascender, como la

de eso que se atisba con la frase de “ganar la paz” después de haber ganado la guerra. O sea, en término más abrupto, la posibilidad negra de perder la paz, de haber hecho el sacrificio en vano: la de salir del desierto tan sólo para levantarle *ipso momento* altares nuevos a los becerros de oro consabidos de antaño. Se nos dirá que el problema inmediato es de ganar la guerra, y sí que lo es; pero la guerra y la paz se tornan a la presente problema uno y el mismo. Ganar la paz, así, será ganar la guerra, en el sentido de impedir que se repita.

“Ganar la paz” significa en términos generales establecer, una vez que cese el fuego, un orden mundial digno del nombre. En esta guerra se advierte otro elemento que la hace otra vez diferente de las anteriores. El problema de la postguerra no consiste en restablecer el statu quo, ni en rectificar fronteras, ni en castigar culpables. El problema es, en último término, de política global; de crear instrumento o instrumentos de participación de las riquezas y las miserias, porque las situaciones políticas, apenas examinadas, se tornan económicas y sociales. Pero, lo político, y lo social, y lo económico son aspectos superficiales, técnicos, del problema entero. Lo medular se encuentra en el mundo de más allá de las técnicas, donde los imperativos categóricos que le han servido de espina dorsal a la humanidad productora de esas técnicas...

Toda idea de orden mundial se predica a base de un orden moral; pero el orden moral es algo más definitivo de lo que parece. Hay un orden moral, fundamental y eterno; pero no será declaración redactada por estadista de Monticello, ni lucración portentosa de filósofo de Koenigsberg. “Este orden moral es la voluntad de Dios creador de la humanidad. Su base de fundamento se tiene en la ley de la justeza, y en el principio de que el hombre habrá de amar a su prójimo como

a sí mismo...” * Lo que es más: el orden mundial que se predica como forma de la paz justiciera por venir tendrá que ser corolario más bien que proposición. Vale por decir que “si queremos que la humanidad se salve del caos y del estado de guerra en repetición constante, es menester que las instituciones políticas y sociales de nuestro mundo se ajusten y adapten a ese orden moral” que es la voluntad de Dios.* (Estamos aquí ante un resumen de las Actas de la Mesa Redonda Internacional que se reunió en Princeton, Nueva Jersey, con el objeto de explorar los horizontes inmediatos de postguerra desde el mirador de la consciencia cristiana.)

Hay una consciencia cristiana, una consciencia de Cristo que es como reflejo y reverbero contemporáneos del sentir que hubo en Cristo: el espíritu de Cristo, la mente de Cristo: la actitud familiar ante el prójimo y ante Dios donde aquél se concibe como hijo y éste como padre. Esa consciencia es la determinante última de la historia, porque en ella se originan y de ella dependen todos los valores morales. Se habla de un Cristo que es más que personaje histórico y más que objeto de fe: se habla del Cristo que es proceso cósmico: comienzo del ser y de la vida y fin del designio entero de todo lo que es. Los trastornos actuales, contemplados en términos de *trans-historia*, son movimientos necesarios de tránsito y angustia, semejantes a los que se presencian en las mutaciones biológicas. Estamos en trance de traslado del mundo del desorden al mun-

* Este lugar y todos los demás señalados con asterisco son versiones, ya exactas, ya libres, o bien comentarios, de lugares correspondientes de la fuente del capítulo entero que se tiene en el Informe de la Mesa Redonda Internacional de Princeton, denominado en inglés: “A Christian Message on World Order from the International Round Table of Christian Leaders, Princeton, New Jersey, July, 1943”. (22 cuartillas a mimeógrafo).

do del orden. Estamos tratando de establecer las normas de conducta personal como normas de conducta nacional...

En la Mesa Redonda de Princeton se le dió cara al problema estableciendo que los principios morales constantes de la justeza en la conducta y el amor del prójimo son los metros únicos capaces de servirle de carta fundamental al orden que sea después de la guerra. Estos metros se convierten antes de mucho en medidas: son principios que aparte de señalar el rumbo empujan también a la acción. La ley de la justeza y el principio del amor del prójimo llevan de tal modo a considerar, aun en medio de la guerra, la utilidad de la soberanía como práctica estadual. Se quiere decir que el orden mundial fundamentado en el orden moral requerirá desde un principio cierta especie de "autoridad internacional que se encargue del mantenimiento de la ley y el orden entre las naciones, y de limitar la existencia y la magnitud de las fuerzas armadas de cada país..."*

La limitación de la soberanía nacional afectará a las grandes potencias en lo que toca a sus relaciones exteriores; pero el mismo principio se habrá de aplicar en la vida interior de cada país por capítulo de su economía; porque la economía interior de cada país deja de ser asunto de competencia unilateral, en cuanto concierna a aranceles, cuotas de importación, divisas, etc. Los arbitrios tienen que ser diferentes cuando es diferente el objetivo. En un orden mundial ordenado de verdad el objetivo será el bienestar de la humanidad entera, que no el de un pueblo dado. Aquí se encara el problema del nivel de vida. En análisis de consciencia cristiana, el nivel de vida es el criterio último de justeza social. La igualdad ante el pan es derecho sine qua non, cuya ausencia invalida todos los demás. Este aspecto de la ley básica del cosmos se nos destaca ya con mayor claridad en lo que corresponde a los proletarios... *es*

los países donde tienen derecho de protesta y huelga... aun en tiempo de guerra, como pasa en los Estados Unidos... Queda por delante, empero, la tarea de universalizar los logros alcanzados en este ramo: la tarea de la universalización del nivel de vida. Es empresa de repartir los productos de la tierra y del espíritu humano —agricultura y técnica— entre todos, por partes iguales, según alcance.*

El orden moral de la consciencia cristiana reclama, ítem más, la compostura inmediata del sistema colonial de nuestros días, y la elaboración de una forma equitativa de dominio de los países enemigos, a la hora de su derrota y mientras se les restablecen sus autonomías. La ley de la justeza mantiene que ningún hombre está cualificado para ejercer señorío sobre otro hombre. La ley se obedece ya puesto que se ha suprimido la esclavitud legal de las personas. Ahora toca, nueva vez, universalizar esta obediencia y aplicarla a las colectividades de acuerdo con la norma de que ningún pueblo tiene derecho de ejercer señorío sobre otro pueblo. La ley del amor del prójimo trasladada a las relaciones entre pueblo y pueblo ha de obrar al efecto de que todo pueblo fuerte y rico se constituye guardián y fideicomisario del pueblo débil y pobre que requiera ese servicio. Estamos, empero, en que una cosa es fideicomiso por causa del amor y otra, muy otra, gobierno colonial por causa de la explotación de recursos naturales del país "protegido". El problema atañe principalísimamente a la Gran Bretaña y al tropezadero moral de su camino democrático que se tiene en la India subyugada... Por lo que toca a los países derrotados se impone la creación de instrumentos internacionales de gobierno provisional.*

La estructuración de un orden político mundial, de acuerdo con las pautas del orden moral que es la voluntad de Dios, *no se realiza de la noche a la mañana, ni siquiera durante una*

generación. Pero va de la generación presente iniciar la marcha, poner en movimiento el proceso y la mano al arado. Quizás que el ensueño de una sociedad de naciones y de un tribunal internacional de justicia, y del desarme de los países armados, y de la liberación de los subyugados no se convierta en realidad; quizás que el "factor humano", vale decir la pecaminosidad de los hombres, haga que fracasen los planes de ordenamiento político, ajuste económico, y justicia social. Pero el fracaso será relativo y se podrá aguantar siempre que ocurra en el camino de los objetivos mencionados, rumbo de la meta democrática... Fracaso semejante no será fracaso sino que más bien contratiempo y lección... Por eso se impone la labor preliminar; la determinación del oriente, el descubrimiento del rumbo, la ordenación de los principios fundamentales que deban gobernar toda la obra. Principios éstos que se acepten y tengan por ley de todos los interesados, y que le sirvan de constitución moral al organismo político internacional en perspectiva.

La conferencia de Princeton ha hecho lista provisional de ellos como sigue:

- (1) El imperativo de la ley moral.
- (2) La dignidad y valía del ser humano como tal.
- (3) La primacía de los valores humanos sobre los valores económicos.
- (4) El individuo es responsable de toda acción colectiva que se desarrolle en su nombre.
- (5) La acción cooperativa es un deber moral.

Estos principios son absolutos, no se pueden sujetar a compeñda alguna por causa de conveniencias circunstanciales. Por la otra parte, se reconoce que no hay institución humana

capaz de expresarlos en medida de totalidad, a la altura del tiempo en que nos encontramos. Por tanto, el objetivo a seguir consiste en el establecimiento progresivo —*festina lente, cave ne cadas*— de una institución política de alcance mundial que en sus funciones obedezca y sirva las valías inherentes de los principios enunciados. Institución tal se traducirá en frutos de seguridad de todos los pueblos y cada uno de ellos. Seguridad semejante —que nos tenga a salvo de la guerra y de la opresión y del hambre— se convertirá a su vez en lealtad de los países y pueblos salvados para con la institución salvadora, lo que vale por decir que se establecerá como forma permanente de gobierno internacional.*

La conferencia de Princeton hizo suyas las seis proposiciones formuladas previamente por la Comisión de Estudio de unas Bases de Paz Justa y Duradera. Estas seis proposiciones son a su vez cartilla insustituible destinada a guiar la conducta de las naciones que tengan que ver con la victoria y con lo que ocurra después de ella. Es decir que les serán manera de guía en caso de que no se salgan del camino que nuestra tesis indica. Si se salieren, la paz por venir se reduciría a nueva tregua de conflicto mayor... Siguen las proposiciones:

(1) La paz que se firme habrá de estructurar un cuadro o armazón político destinado a continuar en tiempo de paz la colaboración que las Naciones Unidas han mantenido en tiempo de guerra. Las naciones neutrales, y las derrotadas, se habrán de integrar en buena sazón al cuadro mencionado de colaboración.

(2) La paz que se firme habrá de contener capítulos por virtud de los cuales se integren al cuadro del acuerdo internacional todos los actos económicos y financieros de los gobiernos nacionales que tengan alcance internacional extendido.

(3) La paz que se firme habrá de contener capítulos para el establecimiento de un organismo internacional que se encargue de adaptar la estructura de los tratados entre naciones a las condiciones o circunstancias alteradas que se presenten (y que no existían cuando se hubiere firmado el tratado en cuestión).

(4) La paz que se firme habrá de proclamar el objetivo de la autonomía de los pueblos subyugados, y habrá de establecer un organismo internacional que asegure y vigile la realización de este fin.

(5) La paz que se firme habrá de contener capítulos que establezcan procedimientos para el control y gobierno de los establecimientos militares en todas partes.

(6) La paz que se firme habrá de establecer en principio y de tratar de alcanzar en práctica el derecho del individuo, en todas partes, a la libertad religiosa y a la libertad intelectual.

Como se habrá visto, todo este pensamiento futurista, toda esta proyección del espíritu democrático al plano superior del porvenir, es indicio certero de esperanza y de fe, de que la especie humana es digna, y buena y fiel a su destino, pese a sus fracasos y a sus desvaríos. Es en todo caso especie con consciencia de bien y de mal... y, ¡quién lo creyera!, especie que aprende a escoger lo conveniente, lo que se ajusta al metro de justeza que determina el movimiento de los astros lo mismo que dirige las peregrinaciones del espíritu humano por los desiertos de la historia, aun como este de la violencia ineludible que nos ha tocado atravesar.

r)

PROYECCIONES ETICAS DE POSTGUERRA

Las palabras y los pensamientos son hechos concretos de la misma tangibilidad que las cosas materiales. Son hechos operantes capaces de alterar las ecuaciones de la convivencia. Por esto es que las ideas y los ideales determinan los destinos de los hombres y los grupos, desde adelante y arriba, valga decir, con una eficacia semejante a la de los principios que obran a lo normal consecutivo, como fuerzas provenientes del pasado. Es lo de Hegel: *descubrir el límite es haberlo trascendido ya*. De otro modo, se expresa con ello el fuero de la imaginación en la compostura de la consciencia. Y el papel del ensueño en el desenvolvimiento de la historia. Todo ideal es cliché de algo mejor que lo corriente cotidiano. El ideal es como grieta —aquel agujerito de la greguería de Ramón Gómez de la Serna— por donde el reino de lo superior se le infiltra a la provincia de lo sin superar todavía. Lo superior se posita prácticamente en el futuro próximo; en el tiempo que será cuando las sazones se maduren.

De donde que sea signo bueno y de adelanto el que los hombres y los grupos se entreguen con entusiasmo mayor o menor a discurrir sobre la forma de las cosas que habrán de ser después de una crisis dada. En nuestros días hay señal buena de progreso espiritual dondequiera que se habla de la postguerra, y de la paz por venir, y de un orden internacional

de más justeza que el destruído. Es seña de que hay soñadores en redor, de que la gente de mediados del siglo veinte es gente de fe y cultivadora de la esperanza. Lo que es más: la ensoñación política contemporánea demuestra ser promoción disciplinada e inteligente, observadora de las facetas múltiples de esta realidad global que es en efecto proceso de renovación creadora. Se tiene un mundo que se renueva en parte y que en parte nace: un pasado valioso que se rescata y un presente pletórico de posibilidades que por vez primera toma figura de actualidad.

Estamos, por una parte, en pugna de defensa, aferrados a los patrimonios de libertad que nos dejaron en fideicomiso los abuelos. Y estamos, por la otra, en medio de una revolución social de matiz cósmico, que es la transformación del cuerpo de una humanidad que al transformarse se organiza. En cuanto a la primera parte, el proceso y el procedimiento son relativamente fáciles de desarrollar y comprender. Este ataque de las fuerzas negras de la historia no es el primero que sufre la especie, ni será el último. Siempre ha habido tiranos que se levantan en el tiempo oportuno a sojuzgar pueblos y sociedades y siempre ha habido, en cada caso, una erupción del "alma libertad", un toque de rebato del espíritu humano que es libre por naturaleza y que siempre ha sabido arrestar el golpe de los opresores.

En cuanto a la segunda parte —a saber, que estamos en medio de una revolución social de matiz cósmico— el proceso no es nuevo, pero es raro. En Occidente se han dado dos casos similares tan sólo: el del derrumbamiento del orden romano y el de la aparición del mundo moderno, con la revolución industrial de mediados del siglo dieciocho y sus concomitantes políticos de la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa y la independencia de las colonias españolas

de América. El procedimiento de la revolución de hoy día les es desconocido a los hombres y a los pueblos que lo experimentan y sufren; porque se trata de una revolución sui generis, en la que los revolucionarios no son agentes, sino pacientes. En la revolución cósmica, el hombre es peón de ajedrez, inconsciente de su actuación y su destino. Apenas si se le da obrar intuitivamente, de instrumento en todo caso. El procedimiento es ahora proceso. Es la actuación de las consabidas fuerzas *demónicas, telúricas, subterráneas*, etc. Fuerzas que llevan nombres que se antojan "pseudónimos asumidos por la Deidad" (Ignazio Silone, en *Fontamara*) cuando le es menester realizar sus quehaceres de alta catarsis.

De este modo, la acción del hombre será nula en términos de causa, en cuanto la crisis ésta sea revolución social cósmica. Ello por razones de volumen: que el peso de una generación dada es ínfimo por comparación con el de todas las que la han precedido y todas las que la habrán de seguir. Apenas si nos será dado intuir las directivas, y obedecer los comandos inefables. La suerte está echada de antemano... por la mano de Dios.

Ahora, en lo que la crisis tiene de llamado al deber de libertad; en lo que es eso que llamamos "defensa de la democracia" —en esto sí— cuenta la acción del hombre y va del hombre ser o no ser parte integrante de su generación. En otras palabras: la vista de la revolución social tiene que ver con la historia entera; la vista de la guerra por la destrucción del fascismo tiene que ver con la generación presente. De otro modo: la responsabilidad del individuo es para con su generación. Decir que uno tiene deberes históricos, vale decir, que su conducta afectará el curso de los siglos venideros, es desacato de quien se arroga la facultad de determinar el devenir. "Bástele al día su pesar", que cada hombre tiene campo

amplio de trabajo y dolor en los setenta años de su actuación terrena. En realidad de verdades, no hay conductor humano cuya influencia se extienda más allá de su generación.

La actuación del individuo afecta grosso modo a la parte segunda de la generación que lo contiene y a la primera de la siguiente, que es la de sus hijos. Y es señal buena el que los miembros de ésta se preocupen de la forma de orden que haya de privar en el futuro inmediato, y en el caso particular de esta guerra, en la hora de la victoria que se da ya por supuesta. Señal segunda y mejor todavía será la de que al momento se elabora en sendos planos de pensamiento una serie de proyectos de postguerra basados, todos ellos, en la conservación y en el fomento de la dignidad del hombre, que es digno de una dignidad divina, por hijo de Dios. De igual modo, casi todos los planes de reconstitución mundial son de corte espiritual, vale decir, basados en una filosofía de vida que niega de plano la primacía de la materia. No que se desconozcan el papel y la función de la materia; sí que se le subordine a lo espiritual: a la escala de los valores que se fundan en el hecho básico de la personalidad humana como metro de valor y en torno al cual giran los valores.

La revolución social de matiz cósmico es asunto de Dios; pero la protección de la democracia y el establecimiento del orden internacional que rija durante los siguientes treinta años es asunto del hombre de hoy con hoy. En cuanto parte de la revolución cósmica, esta crisis tiene su carácter apocalíptico: es una guerra *necesaria*, resultante de la ley de causa y efecto; es azote de Dios en manos de Atila para castigo de la especie delincuente. La guerra actual, como todas las demás, proviene de la maldad humana en general... Hitler es Senaquerib que castiga al pueblo infiel sin darse cuenta de ello, sin saber que es de verdad instrumento de la justicia divina. Esta teoría no es

tan fantástica como parece, porque significa que la culpa es de la especie toda, y no de un pueblo dado, ni de una nación dada. Concedida así la premisa de universalidad, se tiene acto seguido otro principio pragmático operante de la teoría: el de la universalidad de los recursos materiales del planeta, es a saber: la idea del fideicomiso. El fideicomiso proclama que todos los recursos naturales de la tierra, y todas las instituciones económicas de la sociedad no son propiedad última de nación alguna ni de clase alguna. La tierra, sus productos vegetales y minerales, la maquinaria y todos los mecanismos producidos por la técnica y las ciencias aplicadas son bienes comunales, a disfrutar de la misma manera que se disfrutaban el aire y la luz solar, porque como estos dos son dádivas del Altísimo.

De donde que, igualmente, se imponga la limitación de la soberanía nacional y la ordenada organización del sistema económico y financiero, con vista lo uno y lo otro a lograr la sana y buena convivencia de los humanos. La limitación de la soberanía lleva como postulado el establecimiento de una forma de gobierno internacional que en último término resulte en la federación actual de las naciones, a base de un programa mínimo de mancomunidad de intereses que después se aumentará o reducirá a la luz de la experiencia. Por lo pronto, ese gobierno internacional, integrado por todas las naciones del orbe, tendrá amplia esfera de acción en el ramo del mantenimiento del orden mundial, y en el de la reglamentación del comercio mediante la eliminación de los aranceles, y en el del auxilio material y cívico a los pueblos que todavía no son autónomos con mira a acelerarles la entrada al concierto universal, en términos de paridad.

La limitación de la soberanía nacional para lograrse y fructecer en pleno tiene que ir acompañada del ordenamiento científico y moral del sistema económico de cada país, ya que

éste se verá afectado por medidas como la eliminación de los aranceles y los sistemas de explotación colonial. La transformación de la economía mundial se puede llevar a buen cabo —y de verdad se está llevando ya— de manera pacífica y respetuosa, sin lesión de interés legítimo alguno. Al momento se encuentra establecido el hecho de la interdependencia de las naciones; de que no hay nación capaz de subsistir por sí y ante sí. Interdependencia significa participación equitativa en los recursos materiales, y participación equitativa en las cargas a llevar. Esto segundo se refiere al nivel de vida, que debe ser igual para todos los hombres y en todas las partes del globo; que quizás sea necesario que descienda en ciertas partes. El minero de Bolivia debe tener tanta paga como el de los Estados Unidos. La igualización de los salarios es problema relativamente fácil de resolver porque se trata de salarios en términos de capacidad adquisitiva; y porque hay abundancia de pan y de cosas manufacturadas. Éste es el modo de eliminar la injusticia social, y de desbaratar el sofisma del siglo XIX, por razón del cual se decía que una nación tenía que recurrir al imperialismo para prosperar. De este modo ya no se hablaría de “Lebensraum”.

De donde se sigue que el principio de la autonomía de los pueblos haya de tomar forma de estatuto de derecho internacional, para establecer de una vez para siempre que ningún pueblo tiene derecho de gobernar a otro pueblo. Ello vale por transformar fundamentalmente el sistema colonial que aun priva; y reformar el pensamiento de los colonizadores, al efecto de que no hay pueblos incapaces de gobernarse a sí mismos sin tutela externa; y proceder inmediatamente a poner la gobernación en manos de los gobernados. Claro que hay dificultades en la senda, por cuanto las relaciones no se pueden alterar pacíficamente de la noche a la mañana; sin embargo,

la “descolonización” del orbe se puede realizar en forma lenta pero progresiva y segura.

Modificación de la soberanía, transformación del sistema económico, liberación completa de los pueblos dominados —todo ello— se traduce en el regreso de las relaciones internacionales al abrigo del derecho. Es a saber, que esas relaciones se tienen que llevar según leyes establecidas por el acuerdo común de los relacionados. Es decir, que las naciones se sometan a un soberano superior, lo que vale por una autoridad internacional, de jurisdicción restringida pero efectiva. El procedimiento es en realidad de regreso a los embriones de orden internacional que se tenían antes de la irrupción del fascismo. Ahora, y en vista de las dificultades superadas, se puede hablar de la ordenación de un derecho internacional *justo*, de la más alta justeza posible, de una justeza templada por la equidad, de un derecho que sea ley dinámica con margen y flexibilidad suficientes capaces de obrar ante cambios de circunstancias y condiciones... y no de una justeza estática que se limite al mantenimiento del statu quo.

El capítulo de los detalles es secundario. Existe diversidad de opinión en cuanto a si las proposiciones de gobierno internacional a discusión sean las mejores posibles; pero hay unanimidad en lo primario, que radica en el reconocimiento del derecho como autoridad ineludible. En final de cuentas, éste es el motivo y la causa de la guerra actual. Se guerrea por demostrar que el método de la *anomia*, y del atropello, no es de aceptar. Éste es el *mínimum* irreductible indispensable para que haya relación internacional. Su indispensabilidad se agiganta en vista de que la vida internacional invade más y más, a cada nuevo paso de la realización tecnológica, el escenario nacional en cada país. El restablecimiento del derecho como medida de conducta será el paso preliminar de toda realización.

El paso siguiente será múltiple —toda una sucesión de pasos, encaminados por diversas rutas convergentes a la transformación de la vida por medio de la transformación de los sistemas... Transformar, empero, cobra en este plano significado más alto todavía que el ordinario. Transformar es integrar. Integrar es alcanzar categoría de íntegro, que vale por entero, completo y de una pieza. La tarea de por enfrente es de integrar a los pueblos en familia única. Para ello se requiere integrar a las naciones en organismo global. Y se requiere también, simultáneamente, integrar a los grupos, a las clases, de cada nación, entre sí, en organismo entero y bien relacionado. La integración de las naciones demanda el reconocimiento del derecho. La integración de los grupos requiere el reconocimiento de la justicia social y la implantación de la justicia racial donde no la hay... Y más todavía: la implantación del respeto mutuo que nos conduzca el establecimiento del servicio del prójimo motivado por ese cariño que encuentra origen en la caridad cristiana.

Aquí se llega al paso grande, de bota de cien leguas: el de la transformación personal del individuo, que lo convierta en ente completo, entero y de una pieza, a saber, en persona; a saber, en hijo de Dios legalmente reconocido... Aquí, también, transformar es integrar: integrar el individuo al Cosmos; integrarlo a la cultura de su abolengo espiritual, para que así pueda funcionar en buen efecto de *homo democraticus*; porque la democracia, de verdad, cuando se la concibe como fórmula universal, entera, omnicompreensiva, no puede ser menos que empresa y realización de hombres de su misma calidad.

s)

SENTIDO DE LA REVOLUCION

La tesis a mantener es que la Revolución se hace sola; y para comenzar se establece una diferencia entre Política y Revolución. Política, en cuanto se diferencia de Revolución, es menos procura del Poder y más conducción de la Cosa Pública. Se parte del principio de una República —de una Cosa en marcha, en movimiento ordenado, de acuerdo con una orden del día. El movimiento de por sí no significa progreso, porque nuestro mundo es circular y esférico; y porque así, avanzar puede significar, más de una vez, retroceder. Quien avanza traza una curva paralela a la curva de la superficie de la tierra... va el que progresa inclinándose constantemente, como si en busca de un destino inferior. La posición se complica, además, en vista de que la tierra va rueda que te rueda sobre su eje y alrededor del sol. El progreso de la prole adamita resulta por consiguiente muy relativo... y muy diverso, según vaya el caminante, hacia el Este o hacia el Oeste... ~~La cuestión se experimenta en cada viaje de ida y vuelta, en que~~ de ida se pierden horas y de vuelta se ganan, o viceversa. Hasta aquí estamos en el predio del movimiento físico, neto y destarado, sin condición *atemporal*.

En todo evento, se nos da, para el problema, una Cosa Pública —una república— en “movimiento”... pero movimiento debe ir entre comillas, porque no es asunto de ir para adelante,

sino disciplina de estarse cada cosa en su lugar en un mundo donde hay un lugar para cada cosa. El significado de la marcha se debe tomar por la parte buena. Marcha presupone orden; quiere decir más bien estar listos para emprenderla, aun cuando no se emprenda. Movimiento ordenado, se dijo para empezar. Se quiso decir que la marcha es lo último, lo de arriba, la floración del proceso. La ordenación de todo ello es lo primero, y lo difícil; pero cuando se logra, todo lo demás surge por añadidura y como si espontáneamente. Entonces acontece eso de la frase socorrida de que “la cosa marcha sola”.

Esa frase encierra un principio universal. Toda cosa bien ordenada de antemano marcha sola. Así la Cosa Pública —marcha sola cuando se la ha ordenado bien para empezar, que es cuando alcanza a la categoría de “pública”... De este modo se entiende mejor la naturaleza de la política, es decir, de la Política definida como “conducción”. Los conductores, los dirigentes, los “políticos”, no son padres de la Patria, ni ciudadanos excelsos, ni seres extraordinarios, ni héroes, ni mesías, ni cosa por el estilo de las del otro mundo. Son gente del común del pueblo que los echa a la vida, entes oscuros de toda oscuridad cuando se les considera a la luz de los hechos finales. Estamos aquí con el tema de Tomás Carlyle y Sidney Hook. Y sentenciando por la negativa, como sigue: que no hay héroe, ni hombre providencial... donde hay República hecha y derecha y en función. Héroes, mártires, profetas, etc., son del orden anterior al establecimiento de la república. Hay “padres de la Patria” antes de que haya Patria. Una vez establecida, ya no tiene Padre; ahora tendrá hijos.

Entonces, pues, *conducir* se convierte en técnica, como de *chauffeur*. La república buena y eficaz es aquella en que todo habitante del dominio nacional sabe “manejar”, conducir, diri-

gir, gobernar, en una palabra. Estamos ante el evangelio democrático de cierto gamonal del estado de Louisiana que rezaba —“Every man a King”: Todo hijo de vecino es rey, que es lo mismo castellano aquello de “cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos”: es lo otro napoleónico de que cada sargento del Imperio llevaba en su mochila el bastón de Mariscal; es la doctrina que a las criaturas de corta edad se les inculca en las escuelas de Estados Unidos, de que todo niño puede llegar a Primer Magistrado de la Nación... Es el evangelio de la mediocridad sublimada, de una mediocridad áurea, como la del clásico, que es en instancia última democracia, vale por decir, igualdad de estado y condición... Condición y estado semejantes son posibles solamente cuando hay república, esto es, pueblo articulado y en pie de marcha, que es tesitura de aceptación del destino.

Revolución, por el otro lado, nada tiene que ver con la realidad política de un pueblo dado. Revolución —es decir, Revolución grande, de verdad, como la Francesa de 1789, como la Rusa de 1917— es antítesis de Re Pública. Revolución es destrucción de la República, a la cual se destruye por podrida e inservible. No hay revolución que pueda con una república bien puesta y ordenada; porque la función cósmica de la revolución es destruir lo que ya no funciona bien; ninguna revolución surge contra un orden bueno. En realidad, la revolución destruye en un sentido muy especial; no es que destruya; es que remueve lo que ya está destruido con anterioridad. Lo que se destruye ya no es cosa pública; es más bien anti-república. La revolución lo elimina para que haya Cosa Pública de nuevo, para que el pueblo se organice y ordene para la marcha interrumpida. Señala de que la revolución es revolución de verdad: que destruya totalmente, que parta de cuajo,

que llegue hasta los fondos de la brutalidad, de otra suerte, no es revolución: quizás que sea cuartelazo o motín parlamentario.

Revolución no significa necesariamente “captura del poder”. Hacer revolución es cosa otra que hacer política. La revolución surge cuando se asfixia la política. Revolución es política primitiva y salvaje y canibalesca... Señala segunda de que la revolución lo sea de cierto: que todos los revolucionarios perezcan en el proceso... para que el orden nuevo se establezca por otros antes que los destructores. Ningún revolucionario es buen gobernador... La escuadra y el compás son de otro plano que la nitroglicerina y la metralla. ¿Rusia? ¿Stalin? Stalin es la anti-Revolución, porque fué el anti-Trotsky. Stalin es el constructor de la Cosa Pública Rusa... Es quien la convierte en rusa, quien la retorna a su esencia prístina —esto es, quien transforma la cosa bolchevique devastadora de la podredumbre zarista. Así se explica el choque Stalin-Trotsky. El derrotado era el revolucionario que quiso ser gobernador. Así se aclara la muerte del archi-revolucionario Lenin, que se murió antes de caer en desgracia, porque habría sido pésimo gobernante; porque si vive, Stalin lo hubiera liquidado. Estamos contemplando el *corso* histórico con lentes de *providencialismo*. Estamos aseverando que lo que ocurrió en Rusia ocurrió porque Dios quiso que ocurriera, con Marx y Lenin, o sin ellos. *Il ágit Dieu*, lo mismo que en Waterloo.

He aquí el punto débil de lo “revolucionario” en América, es decir, en el Continente Americano. De este lado del Atlántico, no ha habido revolución a la grande todavía... Las guerras de independencia fueron en efecto conflictos civiles, luchas internas entre dos ramas de la familia opresora de unos pueblos a medio nacer todavía: la rama europea y la rama criolla. Ni aun la Americana de Estados Unidos fué

revolución de la especie que aquí se trata. Lo de 1776 fué en efecto guerra de sucesión. Los independentistas yanquis fueron a la guerra contra su Madre Patria inglesa en defensa de intereses económicos que la mala señora pretendía conculcarles a los malos hijos —se quiere decir que Inglaterra tenía a los americanos por malos, y viceversa—. La pugna fué por esos intereses —por su conservación por una de las partes, que no por su destrucción. El *statu quo* social y el *statu quo* económico permanecen en pie después de que se altera el *statu quo* político con el triunfo de los independientes.

La alteración del *statu quo* político —lo mismo en América del Norte que en América del Sur— es superficial, especie de renovación *pro forma* solamente. Los pinitos de revolución a la grande, es como decir, destructora, se hacen hacia mediados del siglo diecinueve, con el establecimiento de constituciones liberales de *hueso colorado*, ateas, positivistas, al estilo de la Declaración de los Derechos del Hombre y a la manera del utilitarismo inglés, en los países de habla española; y con la guerra de secesión en los Estados Unidos... Pero revolución grande no la ha habido, pues que la realidad pública de los países americanos sigue siendo la misma de hace ciento cincuenta años. En Estados Unidos continúa el sistema económico social llamado capitalismo, por muchas adiciones y reformas que se le hayan hecho y por numerosas podas que haya sufrido, pero todo ello con objeto de mantenerlo en vida... y en forma. Por lo que corresponde a los países de habla española, sigue el sistema antiguo de un sub-capitalismo feudal que de tarde en tarde se rejuvenece con inyecciones de inversión extranjera... En ambos casos, el fenómeno se registra por debajo de periferias protocolares de gobierno republicano, de iniciativa privada, de mayor bien posible para el mayor posible número y... hoy con hoy... de enunciados democráticos

que en última instancia son, en más de uno de los casos particulares, actos de culto al Dios Éxito, en época de ventura libertaria, en que las armas del mundo liberal se pasean victoriosas por todo el mundo.

Quedamos, pues, en que “hacer política” es cosa muy otra que “hacer revolución”. Y en que revolución no es capturar el poder. La captura del poder marca, en efecto, el fin de la revolución que en ese momento se convierte en gobierno, malo por cierto, en vista de que buen revolucionario es mal gobernador. Hay todavía otra revolución, más profunda y más invisible, y más poderosa: la que se hace sin violencia, o con violencia mínima, al estilo de Gandhi, por un lado, y al estilo de Roosevelt por el otro.

Paréntesis explicativo: “Para que una revolución tenga éxito es necesario contar por lo menos con cuatro regimientos. Lo que es más, quien cuenta con cuatro regimientos ya se puede considerar en La Moneda... Las masas, el pueblo, la demagogía, todo ello es secundario —lo primordial es el aporte del ejército...” (Esta es la revolución que no lo es; que será simple maniobra político-militar.)

La Revolución que se hace sola es como acero imantado que halla voluntades de conductores y conducidos a la par; es movimiento en que los revolucionarios no actúan *sponite sua*, sino que se ven impelidos por razones misteriosas del plano de lo religioso. Por ello que se hable entonces, cuando hay Revolución de verdad, de una “mística”; por ello que los revolucionarios se tornen devotos, y apóstoles, y mártires que van a la muerte, y al sacrificio, y al martirio en actitud de iluminados. Se dice entonces que hay una gran Idea motriz que a los hombres los energiza y encamina rumbo de una rea-

lización... Pero no hay tal... Las Ideas, de por sí, no son capaces de mover en proporción de un caballo de fuerza. La idea es como óvulo sin fecundar todavía. La idea, para mover, tiene de antemano que encarnarse en un hombre. En esto se conoce la calidad de la idea: en que encarne, en que se convierta en meollo y médula del individuo que la acaricia. Idea semejante no procede de cerebro humano alguno; porque no es fruto de lucubración; es brote de voluntad inconsciente —es idea sin ideación; es más bien actitud y posición en el cosmos y ante Dios. Es... finalmente, un *dado*, una aportación transcendental, proveniente de fuera de lo humano... como si fuera anticipo de las realizaciones futuras de la especie, y atisbo de las cosas buenas que habrán de ser seguramente algún día, cuando las sazones se maduren y los tiempos lleguen a su plenitud de floración. Ideas semejantes son de verdad revelaciones de Camino de Damasco y calcos de la Eternidad inmanente que el hombre lleva en su ventana íntima por donde se comunica con lo de Afuera-afuera.

Entre literatos e intelectuales —traficantes en ideas— persiste el mito por ellos mismos creados de que la Idea es *Ello*: La clave del misterio, la nota tónica de la escala, el centro de la realidad, etc. Esto no tiene mucho de extraño ni particular, porque el mito es indispensable en todo conglomerado social, porque el hombre además de animal político es animal religioso. Es decir, religioso no en el sentido de religar, que tiene que ver con lo social-político, sino en cuanto amante del misterio, y de explicárselo, para mejor contemplación en organismo de admiración.

Mística es la teoría. *Mítica* la práctica. Donde se descartan y explodian los mitos de los antiguos, ahí mismo se establecen los de los modernos, con nombres otros y más odorantes a ácido sulfúrico o cualquier otro de laboratorio que al

negocio le dé perfume de ciencia. Hoy con hoy, a los mitos se les conoce por ideologías. Estas son las que al momento pasan, caso de que Mr. Winston Churchill tenga razón cuando asevera que “en medida que nos aproximamos a la victoria, la guerra se hace menos y menos ideológica...”, lo que significa que ya están en puerta los mitos nuevos.

Por debajo del mito explanador se puede ver la Verdad por quien ojos tenga para verla y guste de las experiencias fuertes. En esto de la naturaleza de la Revolución política y al efecto de comprobar que se hace sola y de por sí sin que en ella intervengan los revolucionarios, excepto en calidad de coristas que le hagan fondo al Protagonista... considérese el caso de la Revolución clásica de la Edad Moderna. El mito es de que hubo unos intelectuales portentosos que a mediados del siglo dieciocho se pusieron a escribir Enciclopedias y Contratos Sociales... obras de mucha enjundia que el Pueblo soberano se asimiló *in toto*, entusiasmándose al grado de irse a la guerra de barricadas por las ideas sacrosantas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y a tomar La Bastilla después de que sus diputados hubieron rehusado salirse de la cancha de tennis, de todos conocida. (Y vaya que representantes no lo eran del Pueblo, sino del estado llano solamente.)

Pero no hay tal, porque los *sans culottes* no tenían hambre de libertad, sino hambre de pan... Es como decir, que el régimen de los Borbones franceses se desplomó de podrido ya por completo, como pera más que madura que del árbol se cae sin necesidad de que la corten... Bien se pudiera elaborar tesis plausible de que la intelectualidad enciclopedista retardó un tanto cuanto la evolución humana del hombre europeo... Es decir, que complicó el proceso en el momento mismo en que los intelectuales se metieron a gobernadores. He aquí otra verdad dura de creer: que los literatos son malos

políticos... y en casos numerosos... pésimos... Tornad la vista en redor y mirad cuántos y cuántos jóvenes intelectuales del siglo veinte se han echado a perder en su ramo de vocación por haberse metido a la política, donde lo han hecho mal... amén de haber descuidado su oficio legítimo...

Considérese el caso de la otra Revolución grande y contemporánea: la Rusa. Y ya se ha llegado el momento de llamarle ruso a lo ruso, que no soviético, ni tampoco bolchevique. Lo mismo que en 1789, en 1917 el Imperio de los Romanov se desplomó solo y de repente, por carcomido ya para siempre... León Trotski, que mucho tuvo que ver con el movimiento, asevera por ahí en sus Memorias que el motín de San Petersburgo —cuando salieron los diputados con Kerensky a la cabeza gritando Abajo con el Zar —pudo haber sido sofocado por unos quinientos dragones, como de costumbre; pero fué que a fines de 1917, el Zar no contaba ya ni con ese número. Es como decir que ya no había Estado zarista: que ya la carne nueva, roja y vitaminante aparecía por debajo de aquellos charcos de pus: que se trataba de la aparición del organismo nuevo, cuando el antiguo se destruyera por completo... En cambio, el mito dialéctico antiguo y aceptado reza que lo ocurrido ocurrió porque setenta años atrás unos hombres blancos y barbudos escribieron en el Museo Británico y demás escritorios, unos cuadernos proletarios en tiempo de Uno, Dos, Tres —Tesis, Antítesis y Síntesis— donde a los esclavos se les daba orden de ir a perder lo único que tenían de propiedad mueble, o sea sus cadenas de esclavos del sistema industrial inglés. En realidad de verdades, Marx y Engels quizás que algún día resulten culpables de grande culpa, por haber perpetuado la herejía hegeliana del Uno, Dos, Tres a través de Feuerbach. Quizás que de Marx se haya de decir lo mismo que de Diderot, Voltaire y Juan Jacobo: que retardaron el advenimiento del

orden mejor, del mejoramiento del proletariado, al convertir en filosofía literaria —de mala literatura por cierto— lo que no era más que procedimiento de *laissez faire la Natura*; pero no en ritmo de oferta y demanda, sino que en interpretación de dejar hacer a lo que está detrás, y por debajo, y por encima y en lo de adentro, de esa Natura. El hecho estadístico está a la vista, de que el proletariado está mejor, y ha llegado a su mayoría de edad política, y pesa en la cosa pública, con mayor vida, en el país grande que menos ha sentido la influencia de la mitología marxista: en los Estados Unidos de América del Norte.

Dondequiera que la Revolución ha sido completa, ahí ha surgido la vida política con ímpetu... En Rusia contemporánea se puede ver, por ejemplo y para mencionar un aspecto poco publicado, la renovación, el resurgimiento, el retorno a la vida plena y militante, de la Iglesia Ortodoxa Griega que, en términos de apariencia, fué destruída totalmente por los bolcheviques ateos enemigos de Dios... Pues bien, esa Iglesia se levanta al momento vigorosa como en sus tiempos mejores de Bizancio y Kiev... Lo verdadero es que a la Iglesia zarista no la destruyeron los revolucionarios, porque ya estaba destruída, porque ya no existía, porque ahí la Revolución había acontecido aun antes de la llegada de los revolucionarios. El punto a recalcar, empero, es de semántica y significado último: de llamarle Revolución a la Revolución... y lo que corresponda a los movimientos de maniobra política que son solamente de cambio temporal y pasajero...

La Democracia y el sistema Económico

- t) La propiedad privada y la propiedad pública
- u) El flanco público de la propiedad
- v) La propiedad concebida como fideicomiso

t)

LA PROPIEDAD PRIVADA Y LA PROPIEDAD PUBLICA

La propiedad privada tiene en su entraña una substancia principal. Propiedad como vocablo tiene sentido equívoco. Significa la acción de poseer y también la cosa poseída. En plano substancial propiedad no es el bien material poseído, sino más bien el derecho de poseerlo. Por tanto, la relación se torna menos de economía política, impersonal científica, y más de derecho jurídico, personal y moral. Es relación de un predio de allende lo físico bruto, donde rigen normas trascendentes, apartadas, foráneas a las reglas de la oferta y la demanda... Estamos en que leyes semejantes las hay... por mucho que el clima contemporáneo nos haya llevado hasta aquí a desconocerlas deliberadamente, quizás que en acto supremo de albedrío libre, quizás que en experimento encaminado a descubrir, o inventar, reglas mejores.

El derecho de propiedad privada no es de los fundamentales principalísimos... pero surge espontáneamente cuando se tienen los que le preceden. En caso específico, en cierta Declaración de independencia muy conocida, se jerarquizan los derechos inalienables en tres planos: 1) de vida, 2) de libertad, y 3) de busca de la felicidad. Buscar la felicidad se concibe en efecto como el derecho que tiene todo hombre de conseguirse cosas para fines otros que el de la mera subsistencia.

Las cosas de comer y vestir y guarecerse de la intemperie no son en efecto del reino de la propiedad privada de hombres libres; porque cosas semejantes están también al alcance de los esclavos. Las cosas de propiedad privada quedan, por encima y por aparte de las indispensables para vivir bien en el concepto fisiológico del verbo... Es lo del lugar común: no sólo de pan vive el hombre. Propiedad privada se definiría en tal caso por *la suma de cosas poseídas además de las indispensables para subsistir*. Tal la diferencia entre el proletario y el asalariado. Entonces pues, el derecho de propiedad privada no es derecho de pan, ni de cosa alguna que “a la mañana florece y crece y a la tarde es cortada y se seca...” Claro que el concepto de pan ha venido creciendo en proporción del adelanto humano... y del mejoramiento de la dieta... hasta el punto de identificarse con *nivel de vida*. Aquí se registra el logro definitivo del siglo veinte: en la noción del “living wage”, que es por definición “salario de subsistencia plena” en que la sal y el pan representan toda una gama de cosas que satisfagan también todas las necesidades higiénicas, morales, intelectuales y estéticas del obrero, y de su familia. Así, y con todo esto asequible, quien disponga de semejantes garantías sociales no será de ningún modo propietario: seguirá siendo asalariado.

Ser propietario significa, para comenzar, ser usufructuario de un derecho, en un orden social de derecho. El derecho de tener en este sentido se deriva no ya del estómago, no ya de las necesidades vitales primarias, sino que de un cierto élan o motivo de señorío... se deriva tal derecho del hombre mismo por su calidad de persona; porque quien es persona es señor; y quien es señor busca señorío, como si para completarse y cumplirse. Aquí se advierte la diferencia, abismal de hecho, que existe entre el *hombre-animal* y el *hombre-persona*. La

diferencia no es derogatoria del primero; es descriptiva de su condición y de su estado en una sociedad así; compuesta de hombres-animal y de hombres-persona, que resulta en término último congregación de esclavos y amos... con los esclavos en mayoría. Por tanto, el *tener*, el poseer, adquiere sentido intangible, porque su esencia no consiste tanto en la propiedad, en la riqueza, en los bienes, sino en el acto, y la autoridad, y la función de tenerlos. Tener, esto es ser propietario, significa más bien *administrar* cosas; y el administrarlas parece que marcha al par con el mantenimiento, y el desarrollo, y la mejor fruición de la personalidad.

Si así fuere, hay una esencia moral inescapable en las cosas materiales; hay una porciúncula de imperativo categórico en la torta de pan, y en el terrón de azúcar, y en el par de sandalias, y en el aparato de radio, y en el automóvil de doce cilindros... Hay el bien malhabido que no rinde ni se disfruta... y hay el bien que se crea con el sudor de la frente. Ahora en tiempos de guerra y racionamiento comienza la gente a darse cuenta de que ciertas cosas no se deben disfrutar, ni comprar, aun cuando haya dinero con que hacerlo... con lo que surge la institución del *mercado negro*. Este mercado es signo de progreso moral; aun violándolo, se reconoce la legitimidad del blanco, y la conveniencia de que se repartan los comestibles y bienes no ya en proporción de oferta y demanda, sino de manera que a todos los habitantes del suelo les toque una parte igual.

De esta suerte el hecho moral emerge del centro de la cosa material: hay carne de mercado negro y carne de mercado blanco; y la primera se consume con conocimiento de **causa**: de que es carne que le pertenece por derecho a persona otra que el que la ha obtenido: es en legitimidad carne malhabida. (No se confunda mercado negro con contrabando. El **contrabando** es **evasión** del tributo fiscal solamente.)

La propiedad —es decir, el acervo de bienes muebles o inmuebles tenidos por un ente dado— es forma de *plusvalía* en cuanto acumulación de efectos que por ende no se necesitan para comer ni otro menester del vivir. Propiedad semejante ya no es bien de *uso inmediato*; será bien de inversión, vale decir, de *uso indirecto*, porque no se emplea para el mantenimiento del cuerpo físico del propietario, sino que para la consecución de sus fines inmateriales, es a saber, para la elaboración de su señorío, para llegar a la categoría de señor, para ser persona... Esto es lo que se traían entre pecho y espalda los filósofos-políticos de Filadelfia con su frase de “life, liberty and the pursuit of happiness”; ya que la felicidad es estado del ánimo, que depende de otras circunstancias aparte de las del buen yantar.

Aquí no se juzga de la razón o sinrazón del derecho tripartita de vida, libertad y busca de la felicidad. Solamente se examina su enunciado, y el orden de lo enunciado. Primero, vivir. Pero el vivir a secas no basta: es apetecible una manera específica de vida: la vida en libertad, vivida por entes libres. Ahondando, se llega al plano en que la libertad es antes que la vida, y que en hora de escoger es de preferirse la muerte a una vida sin libertad... Pero aun la vida de libertad es vida incompleta, aun cuando se viva en marcha y con conocimiento del rumbo... En otros términos: el destino del hombre libre es alcanzar la felicidad, obtenerla a trueque de vicisitudes, comprarla con moneda de esfuerzo y sacrificio...

En el caso particular de la sociedad anglosajona trasplantada a las costas de Norteamérica, parece que sus pensadores llegaron a la conclusión de que la felicidad se logra por medio de cosas materiales, adquiridas *arduo more*... porque en sus comienzos la vida es dura; y aun cuando se haya suavizado un tanto al tiempo de la declaración de independencia, en los

puertos del mercado de las Indias orientales y Catay, subsiste aun la tradición severa de la época heroica de los fundadores y los pioneros, siquiera sea como ideal a inculcar y dechado a seguir. Ello es que a la larga llega a identificarse el ideal de la búsqueda de la felicidad con el ideal de la adquisición de bienes muebles y raíces, en vista de que lo segundo parece traducirse en actualidad de lo primero; es como decir, que para ser feliz es necesario ser propietario, tenedor de cosas materiales primero y... después... de acciones y bonos de empresas y aventuras, porque el tener acciones resultaba más lucrativo, y menos penoso, que el tener bienes... (En realidad, la tenencia de acciones que rezumen rédito ya no es propiedad directa; es propiedad por persona interpósita, como la del gerente o los gerentes de la negociación repartidora de dividendos. Esta segunda forma degenera en buena sazón y tiende a convertirse en explotación desmedida de los recursos del suelo... inclusive el recurso humano.)

Pues bien, esta noción de felicidad estigmatiza a lo físico concreto con marcas de espíritu, aun cuando se la exprese en la frase utilitaria del mayor bien posible para el mayor posible número. Se tiene enfrente la idea de destino terrenal: que el hombre está aquí en la tierra para cumplir un fin, para llegar a una meta: para ser feliz. Lo que es más: que va de él y de él sólo cumplir ese destino, y que el procedimiento es de trabajo duro y doloroso... Se acentúa por supuesto lo inicial del asunto, y la idea de propiedad como tenencia de bienes con objeto de alcanzar la felicidad, esto es, en palabras de párrafos atrás, con objeto de alcanzar señorío... Aun en el caso de la transmisión de propiedad de padres a hijos, la propiedad trasgada era suma de instrumentos de trabajo, la casa solariega misma, que no eran objeto de comercio, por haber pertenecido al padre y al abuelo —que eran como vasos sagrados que el

propietario tenía y mantenía en fideicomiso; que eran de él en cuanto administrador de los mismos; que eran bienes con destino de sucesión— ante los cuales el tenedor se sentía responsabilizado, ya que era menester conservarlos y aumentarlos para beneficio de hijos y nietos.

La propiedad ésta rezuma todo, menos comercialismo; es propiedad con sentido moral... *Es relación de la cosa con la persona*. La cosa se torna entonces *personal*, y en tal categoría ya no es vendible, y la persona se ve atada a la cosa, de la que no se puede desprender... porque en ella va su destino, su felicidad, su tarea en la tierra que le valga por certificado de señorío en el cielo— en un cielo asequible aun aquí en la tierra y dentro de la trayectoria vital del interesado... La tenencia envuelve responsabilidad jurídica en los dos extremos de la relación... puesto que se le predica moralidad a la cosa, y porque se le considera extensión y proyección de la persona. Tal tiene que ser donde se distingue, en efecto, entre “cosa de propiedad” y “cosa de consumo”. Estamos en un orbe de cosas impregnadas de la personalidad del propietario, como por ejemplo, su casa habitación, que en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano y en toda legislación liberal y democrática adquiere una inviolabilidad personal, de suerte que quien huella el piso de la vivienda hiere con ello el alma misma del que la ocupa. De principio semejante será la ordenanza del Derecho consuetudinario inglés, al punto de que el hogar del individuo es castillo fuerte suyo y fortaleza inexpugnable, que lo mantiene a salvo de todo cateo sin orden judicial previa y bien autorizada.

u)

EL FLANCO PUBLICO DE LA PROPIEDAD

El entendimiento de la cosa “personalizada” tiene que ser de corte integral... Lo que sea cierto de la persona se le atribuye igualmente a la cosa impregnada de personalidad. De primera intención, se advierte en la cosa, al igual que en la persona, un aspecto de *privacidad* y otro de *publicidad*. O bien, en lenguaje cotidiano, se advierte en redor una *cosa privada*, por una parte, y una *cosa pública*, por la otra. Y entre las dos, una relación. Estamos entonces frente a la relación de la *propiedad privada* con la *propiedad pública*. En realidad de hecho, desde el momento mismo en que se habla de propiedad privada o particular ya se está predicando la existencia de una propiedad pública o general. La cosa es lo objetivo, lo real, la *res*; la propiedad es lo subjetivo, lo jurídico, lo de la persona. En cuenta resumida, no es que haya cosa privada por un lado y cosa pública por el otro; lo final es que toda cosa tiene dos flancos; uno privado y otro público. Toda cosa *mía* nunca es *mía* en lo absoluto. Todo lo *mío* lleva en sí un gajo de *tuyo*; y viceversa. Y lo *mío* y lo *tuyo* no son *nuestros* por completo; son también de *ellos*; son de tercera persona, son de la comunidad... La guerra pone de manifiesto la relación... Mi hijo, mi hermano, mi pariente, ya no son míos; que serán de la Patria, es decir, de la colectividad, vale decir, de la Cosa Pública. Se pone aquí lo más valioso, para abreviar; pero igual

se advierte, con lo demás mío material, aun como mis ingresos pecuniarios que se ven sujetos a una tributación tan excesiva como necesario sea. ...Esto aun en tiempo de paz, v. g., el sistema de impuestos sobre ingresos que se universaliza ya para bien. Item el impuesto progresivo sobre herencias según el cual *mi parte de herencia*, que mi padre o mi abuelo amasaron para mí, ya no es mía en total; en realidad, la parte grande del patrimonio es para el Fisco, y la pequeña para mí.

Ahora, el derecho de tenencia de cosas materiales —instrumentos que son de producción y creación— queda en una esfera más limitada... Es derecho de tener la parte privada, el flanco privado, que se dijo, de la cosa. El propietario nunca lo será *in toto*. Porque la cosa tiene en sí algo inalienable: lo público, lo que siendo de todos, no es de nadie: *res nullius* concebida a la par como *res omnium*. Eso público inalienable es valor de los imponderables, espiritual, valga decir, y que por ello no cabe dentro de la categoría de lo mercantil. Las relaciones aquí no son de cantidad; pero en medida que se complica la vida del grupo por su crecimiento —principalmente por la aglomeración de gentes que resulta de la aparición de la industria racionalizada— en esa medida, crece más y más en lo cuantitativo, el tamaño y el volumen de lo público. La relación se hace cuantitativa precisamente por la presencia de un número mayor de individuos con derecho a una parte del flanco público de la cosa. Dondequiera que se levanta un grito de protesta contra el crecimiento de lo público, y se hace un ademán en defensa de “la propiedad privada”, ahí, se tiene un orden de atraso, de retraso, de pensamiento en términos de una sociedad que fué, pero que ya no es. Así cuando crece de repente la población de algún distrito hasta entonces de tenencia feudal.

Que el derecho de propiedad no es absoluto, que es relativo, se puede deducir de premisas otras que las del socialismo.

Aquí no se obra con instrumento de economía heterodoxa sino que con otro —como el del postulado moral, de que la cosa no es material del todo, de que la cosa tiene una especie de entelequia personal, valga decir, un alma que clama por los fueros de la *publicidad*, un ansia de separarse de su propietario individual, y de ser de un propietario plural— una forma de “drive” biológico o impulso de repartición, así le agrade o así no le agrade al poseedor instantáneo. La presencia del impulso de repartición será un hecho concreto si se acepta el supuesto de un *animismo pluralista*. Se quiere decir, la noción de que el Cosmos todo está animado de un *algo homogéneo*. Y se da por supuesto también que la personalidad humana es forma sublimada de ese algo omnipresente y omnipoderoso. Y que el “alma de las cosas” materiales es también *personal* en estado embrionario; pero en todo caso relacionada con y al servicio de las otras cosas, que son los hombres. El atisbo no es nuevo y San Francisco de Asís bien podría ostentar títulos de economista con su doctrina de la *familiaridad* de los tres reinos. Es a saber: que en un orden donde la cosa es hermana de la persona, aquélla es tratada por ésta así: de modo mejor que el que se nota en un orden de explotación comercial, como quien explota el petróleo de Venezuela, o los bananos de Centro América... sin tener en cuenta que minerales y plantas también *sienten*.

La cosa, por menos complicada que la persona, resulta en veces más moral, más personal, que la persona misma. Así en la relación que se envuelve en el ejercicio del derecho de propiedad. El derecho éste existe solamente para el que lo ejerce. Y su ejercicio, por limitado y relativo que sea, es válido sólo en la medida en que beneficie al interesado. Esto es, en que le propicie y le fomente su condición de persona, que es condición de señorío. La propiedad (la cosa poseída) es de tal

guisa espada de dos filos. Toda propiedad que se emplea para perjuicio de tercera persona, se está empleando también para perjuicio de primera. Se quiere decir que la propiedad mal empleada destruye al que así la emplea. Lo destruye en cuanto lo hace agente de acción inmoral. El propietario que obra así está obrando en contra propia, porque cada acto suyo tiende a quitarle *privalidad*, porque ya el teniente había perdido el derecho de serlo en lo moral.

El derecho de propiedad es personal, individual; es decir, derecho de un individuo como Juan de Juanes. Lo que es más: es derecho exclusivamente personal. La aparición de la sociedad anónima primero, y de la corporación después, y de la supercorporación en seguida, es en efecto síntoma de tránsito de la propiedad privada a la propiedad pública. Por mucho que la sofística jurídica se afane y lo explique, el hecho subsiste de que una sociedad anónima, una corporación, no es persona en el sentido que lo es Juan de Juanes. Una entidad ficticia, existente sólo en la contemplación de los legistas —que los jueces también son abogados—, no tiene sentimientos, ni temores de conciencia, ni afectos humanos —es figmento de la imaginación mercantil concebido ad hoc, valga decir, para fines de manipulación financiera. Así el caso contemporáneo de la llamada en inglés “holding corporation”, que es una sociedad anónima que trafica no ya en pieles, ni artefactos, sino que en... sociedades anónimas. Lo impertinente, aun desde el punto de vista jurídico, es que las decisiones del ente abstracto e intangible que es la sociedad anónima las hacen sus directores y administradores que, claro que lo está, son individuos responsables en lo moral, y en lo social, y en lo cósmico, caso de que sean personas.

La propiedad privada que funciona en términos de sociedad anónima o corporación ya no es propiedad privada; ya va ca-

mino de lo público, ya va con rumbo a la expropiación, como que al Estado le es más fácil en veces, y más justificable, incautarse de lo social anónimo que de lo personal privado... Pero, aun cuando lo anónimo se mantenga a salvo de la expropiación, ya no es privado, ya es en efecto público... ya está en la provincia de una propiedad privada concebida como fideicomiso... Por estas veredas se llega a la contemplación de la propiedad como forma de moneda, con *anverso propio* y *reverso ajeno*. Ajeno se dice para significar de tercera persona, y no del Estado. El punto de vista de estos renglones no coincide con los dogmas de la economía política contemporánea. Los supuestos de las opiniones que siguen son de un mundo de *personas*, donde el Estado no cabe sino como abstracción filosófica. En tal caso no podrá ser tenedor de propiedad, porque para serlo se requiere ser persona, de acuerdo con el motivo conductor de la lucubración: de una propiedad personal; de un orden de cosas materiales que tienen “virtud humana”, es como decir, que contienen un algo de la misma naturaleza que el hombre. Es un mundo de cosas morales, responsabilizadas ante el hombre, donde el hombre se encuentra a su vez responsabilizado ante las cosas... porque las unas y el otro son de igual modo responsables ante Dios. El concepto no es teológico; pero teocéntrico, sí. No se refiere a un punto dogmático de religión, sino a una premisa cósmica de convivencia. Por lo tanto, el argumento rebasa las fronteras de lo sociológico también, y no tiene que ver con teoría alguna de colectivismo estadual. Quizás que se la pueda considerar especie de doctrina; valga decir, doctrina de la propiedad privada concebida como fideicomiso...

v)

LA PROPIEDAD CONCEBIDA COMO FIDEICOMISO

La idea de fideicomiso tomada en su alcance entero de proyección cósmica, lleva consigo y a modo de corolario la noción de un Dueño último y único de todas las cosas, de un Señor gobernador de todas las personas... y a manera de postulado, el concepto de una pluralidad de fideicomisarios, o sean los *propietarios* en el sentido del hablar del mercado y el foro, del lenguaje común y corriente. En juricidad cotidiana, la propiedad es relación de *tuum* y *meum*; pero en moralidad cósmica, el título último reside en un Ausente... en un Propietario que a manera de testador pone su hacienda en manos de alguien que se la administre, se la invierta y se la tenga en buen uso. En fideicomiso cósmico, todo tenedor de propiedad —sean cuales fueren sus títulos de jurisprudencia— es simple gerente y mayordomo fiel cuya función es de emplear los bienes puestos en sus manos de acuerdo con la *directiva*, con las órdenes implícitas en la voluntad del dueño. La voluntad del propietario es de que la propiedad —ahora los bienes: los recursos del suelo y el potencial humano— se mantenga en buen estado, y de que crezca en productividad.

Tal será la teoría, valga decir, la doctrina, del fideicomiso. Ahora, en la práctica, se advierte que aquélla no funciona tersamente. Es que no se aplica la doctrina, ni en el concepto de

la propiedad privada concebida a la burguesa sobre bases del antiguo Derecho Romano; ni tampoco en el sistema de la propiedad colectiva que se funde en una vista económica de socialismo contemporáneo... El Derecho Romano y la Economía Socialista, ambos a dos, son *principios relativos*, finitos, dependientes de accidentes históricos y tecnológicos. Ambos violan el patrón cósmico porque se convierten en principios absolutos. En capitalismo, el individuo tenedor es el ente dominador, manera de *terminus ad quem* y razón última de todo juicio. De tal modo, la propiedad privada se torna *derecho* inalienable de la misma categoría que el derecho de vida y que el derecho de libertad. La alternativa, de una propiedad pública de calidad socialista, de colectivismo de Estado, cojea del mismo pie que la otra, porque el derecho se hace absoluto también cuando es relativo. La diferencia estriba sólo en el ente dominador, en el instrumento de señorío, que en el caso del colectivismo es el Estado. Pero el Estado es una abstracción; el Estado no es otra cosa que el Gobierno que lo dirige: una congregación de individuos, y en veces un solo individuo. El Estado a la colectivista y el propietario individual a la capitalista, en cuanto tenedores de bienes, de propiedad, en cuanto propietarios, son entes relativos que se arrogan títulos absolutos, que son exclusivos de Dios, en una visión fideicomisaria de la economía.

En el capítulo anterior se mencionó la exacerbación del impulso propietario individualista, en la sociedad anónima, que es paso hacia la economía de propiedad pública, dentro de un cuadro lógico de propiedad privada. La sociedad anónima o corporación financiera es una forma de puente entre el propietario individual y el colectivismo de Estado; pero adolece del mismo defecto que sus polos: el de un relativo que se constituye por sí y ante sí en absoluto. La clave, en todo caso, es instrumento de moral cósmica, de moral inconsciente, de

moral bruta, de ley inmanente, es a saber... de esta regla u orden que es y se mantiene desde siempre en toda condición, aunque sea de anomalía. He aquí la razón profunda del postulado que reza que todo problema económico es problema moral en última instancia. El impulso de absolutización de lo relativo es movimiento subversivo, es tentativa de destronar a Dios... como en la epopeya del Luzbel miltoniano que se pronuncia contra la voluntad divina. Luzbel es administrador que pretende desplazar al propietario de la hacienda primigenia.

La controversia entre Absoluto y Relativo no tiene que ver con los Bienes, sino con los Títulos. El *uso* de la propiedad es el criterio de distinción. El dilema es de voluntades: de usar los bienes según la voluntad del Dueño, o según la voluntad del administrador. El orden económico del capitalismo (propiedad privada) y el orden económico del colectivismo (propiedad pública) son, ambos dos, administradores. Capitalismo y Colectivismo pueden funcionar para bien de administradores. Fracasan y se desmoronan sólo cuando se absolutizan, cuando se convierten en propietarios últimos; cuando es la voluntad del tenedor, ya individuo, ya Estado (Gobierno) la que determina el uso de los bienes. Por tanto, la tesis no es de abolir la propiedad privada, ni tampoco de establecer la pública. De premisa se establece que la distinción entre una y otra es superficial; porque las dos son una cosa y la misma. Esa cosa es *para* el individuo en lo personal privado, y también para el individuo en lo colectivo público. La propiedad es para el individuo, pero no es de él.

En tal caso, lo que se llama "propiedad privada" —es decir, el uso de bienes de plusvalía— no es de abolirse... máxime cuando la noción de abolirla posita al Estado (Gobierno) como el instrumento de abolición. La medida no vale, por cuanto el Estado no tiene jurisdicción sobre el título —no tiene dominio

o señorío absoluto; tendrá, eso sí, dominio de administración, gobierno de mayordomía. Aun cuando el Estado tuviera título último sobre los bienes del suelo, aun así, no debería abolir ese derecho de propiedad, porque la tenencia de un módicum de ella le es indispensable al individuo como instrumento de desarrollo de su personalidad, como vehículo de su marcha camino de la meta de su señorío, de su dominio sobre una porción de cosas. Por aquí anda esa proposición mencionada más arriba, de "capitalizar" a la población entera, en lugar de "proletarizarla". De esta manera, aun el Estado —dando por supuesto que fuese entidad absoluta— querrá mantener la tenencia privada como medio de mejorar la condición y la calidad de los ciudadanos que lo constituyen. Sin embargo, el mantenimiento del sistema de tenencia particular o privada no quiere decir que toda propiedad haya de ser privada.

Toda sociedad, para subsistir, debe constar de propietarios. Se quiere decir, subsistir en su mejor nivel posible; y también, que todos los constituyentes sean propietarios. Una sociedad constituída en su totalidad por proletarios es imposible, porque para que haya proletarios es menester que haya también un número de patronos. La sociedad —como la que existe hoy día— formada de patronos (minoría) y proletarios (mayoría) es en efecto sociedad imperfecta y condenada a desaparecer, por ir contra el patrón o diseño de la voluntad cósmica; porque es sociedad de castas que ostentan desigualdad no sólo en el uso de los bienes de plusvalía (es decir, los bienes aparte del *mínimum* requerido para existir como animal), sino que también en el aprovechamiento de los bienes mínimos, vale decir, del pan nuestro de cada día. En término del diseño cósmico, es *contra natura* comer beefsteak, cuando el beefsteak no está al alcance de todas las mesas de la república. Se ha puesto *contra natura* premeditadamente. Se habla de esa naturaleza

superior que se alcanza en medida que el hombre se va librando de las cadenas de la necesidad natural... ya que el género humano entero lleva cierto grillete de necesidad, como el del clima, y el de las enfermedades, y el de la muerte. En medio de naturaleza primera, hay una igualdad indiscutible ante el aire, ante el agua, ante el sol... y aun ante la cantidad de alimento indispensable para subsistir. El estómago se satisface con un volumen dado de patatas, o trigo, o maíz; pero el espíritu demanda carne en lugar de habichuelas, cuando se da cuenta de que la carne le sabe mejor al paladar que los frijolillos; y cuando se da cuenta de que hay gentes que tienen carne a su disposición. Esta es la *natura superior* que al hombre se le desarrolla en su proceso de civilización.

Igualmente, para mantenerse en su mejor nivel posible, toda sociedad constante de individuos propietarios —que por tenedores de propiedad alcanzan a la calidad de personas— debe ostentar un módicum ya mayor, ya menor, de propiedad pública, es decir, colectiva, tenida en común para la colectividad por el Estado. En el tiempo presente se advierte por dondequiera la presencia de la propiedad colectiva: caminos reales, sistemas de transportes urbanos, servicios de aguas, servicios de correos —toda suerte de *servicios públicos* que en un principio fueran prestados por empresas particulares. La tendencia es hacia la extensión del alcance de esta forma de propiedad... cuya presencia se establece ya como índice del adelanto de la sociedad en cuestión —toda especie de escuelas, museos, bibliotecas, parques nacionales, puentes, etc. Se entiende, asimismo, que se habla del aumento constante de la propiedad comunal en tiempos normales, de paz. La incautación y empleo de la propiedad privada en tiempo de guerra es fenómeno aparte. En tiempo de guerra se suspende el sistema de orden civil, ya que la sociedad desciende a un orden de biología primaria,

como el que se tiene en una pugna por la vida misma del grupo, en el nivel mínimo de naturaleza bruta y sin pulir. Se entiende también que se versa sobre una propiedad comunal de plusvalía; que no de los bienes de consumo (comestibles) que en sociedades rudimentarias se obtenían en forma cooperativa, por ejemplo: la siembra y la cosecha por el grupo entero.

Surge la cuestión de hasta dónde haya de llegar la propiedad pública y hasta dónde la privada. El criterio tiene que ser moral cósmico al contestar. La propiedad privada no tiene otro límite que el del bienestar público. Pero el bienestar público se define por el Estado, es decir, por el Gobierno. No habrá conflicto alguno en la determinación si el Gobierno es representativo de la suma total de los ciudadanos que, siendo propietarios en manera de igualdad, sabrán proteger su propiedad particular, precisamente, *socializando*, es decir, haciendo pública, aquella porción de propiedad privada que sea necesario para la protección del interés colectivo. La expropiación por causa de interés semejante se ha convertido ya en costumbre gubernamental... en tiempos normales; pero el punto que aquí se desea acentuar es el siguiente: que el interés público incluye la gama entera de los intereses particulares; y que los intereses particulares, en cuanto lo sean, se han de proteger por la agencia expropiadora.

Caso concreto en que se destaca el cariz moral del proceso: cuando un Estado desvaloriza su moneda... por causa del bienestar colectivo. Aun cuando la medida sea legítima en general, será inmoral si perjudica a los *rentistas* en pequeño, a los pensionados y a las viudas que viven de los réditos de inversiones que apenas les rinden un ingreso de subsistencia. Caso semejante de lo inescapable del imperativo ético se tiene en los sistemas de tributación graduada que se encaminan, cuando menos en principio, a proteger no sólo el interés colectivo (abstracto),

pero también el interés particular (concreto) de todos los habitantes del suelo.

Un hecho se destaca en el procedimiento entero: que la teoría del fideicomiso se impone en el campo de la economía política; que el *tener* adquiere ya un significado más sutil, más refinado, más metafísico...; que tener ya no es poseer, sino TENER, como quien maneja cosa que no le pertenece, cosa que no es suya absolutamente, sino en orden de relación... Así el tener bienes se torna tener responsabilidades, para con el prójimo y para con sí mismo. Y así el tenedor es más bien fideicomisario, manera de gerente de una negociación eterna, que se llama el Cosmos y cuyo propietario *in absentia* es Dios. La ausencia del dueño, empero, hace que suba de punto la responsabilidad del mayordomo, porque va de él saber la voluntad del Ausente, y en casos de emergencia, adivinársela... Cuantas veces el manejo de la propiedad entera cósmica —otra vez la promoción de los recursos materiales y humanos— se trastorna, es que ha caído en manos de malos administradores...

El Sentimiento de Religión Personal

- x) El Jesús que hubo en Cristo
- y) El Cristo que hubo en Jesús
- z) El llamado de la Gruta

x)

EL JESUS QUE HUBO EN CRISTO

Coincidencia de la vocación soberana de Jesús de Nazaret con el rumbo del Proyecto Cósmico. Encuentro en la historia, intersección de los caminos, encrucijada de las direcciones, rendez-vous del mundo con el trasmundo —todo ello en el nacimiento, y la vida, y la actuación, y la muerte de un hombre salido de vientre de mujer: miembro del género humano por ser de la tribu de Judá, y de la casa de David: hombre del común del pueblo, carpintero hijo de carpintero, y habitante de provincia oscura de tercer orden del Imperio Romano.

La *vocación de Jesús hijo de José* queda fuera del ciclo heroico; porque *Jesús de Nazaret no es héroe* en el sentido de conductor de multitudes... que si lo fuera formaría, de par, en la fila de los héroes: con los Bolívar, con los Martí, con los Francisco de Asís... con los hombres cumbre de la procesión humana. Pero no; Jesús no es par de ninguno de ellos; ni aun de los fundadores de religiones, como Gautama, como Mahoma, como Confucio, como Laocio. Jesús de Nazaret, en cuanto hombre, establece categoría aparte, constituida por él solo y por él solo mantenida a través de 1900 años de periódicas crucifixiones...

Antes de seguir, cabe ratificar: "Jesús" se emplea para designar al hombre de Nazaret; estamos aquí en el plano restrin-

gido de la historia; "Cristo" es otra cosa; Cristo es ente de la religión y la fe; lo mismo que "Jesucristo" significa persona de la teología cristiana. Por ahora, empero, estamos con Jesús de Nazaret, quien aparte de su calidad de Cristo y aparte de su condición de Jesucristo —despojados de toda connotación religiosa y de toda lealtad confesional—, se levanta en la historia como *el hombre*, arquetipo de perfección asequible en la carne, dechado de la hombridad en su tamaño de ideal. Jesús de Nazaret, de tal suerte, *no es el más grande de los hombres*; porque aun el más grande entre ellos nos resultará falible en términos de su tiempo y de su pueblo. Todo Aquiles tiene su talón sin mojar. Jesús será, por tanto, *el hombre aparte* —el hombre muestra, cuya aparición histórica es, en efecto, milagro. Jesús es tan hombre —en cuanto hombre significa cumbre de la creación viviente—, que ya no lo parece, que ya parece Dios. Prueba de ello en el testimonio del discípulo analfabeto pero intuitivo que de repente se da cuenta de lo que tiene por delante y se lo confiesa diciendo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente."

He aquí la clave de la tradición petrina, he aquí la razón de ser de la categoría de Simón pescador, que recibe las llaves del Reino y se torna Piedra de cimient y base inmovible de la estructura terrena de los elegidos, de los llamados, de los electos, de la EKKLESIA. La clave: que Pedro fué el primero en descubrir lo que había en aquel hombre de Nazaret, lo que era, y lo que iba a ser. Conocimiento petrino que no está al alcance de la filosofía ni emana de las cátedras académicas, pues que Jesús le responde al iluminado: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos..."

Pausa: estamos conversando con gente cristiana, de tradición cuando menos, gente que rezuma cristianismo aunque sea

librepensadora, escéptica, materialista... y aun atea. Estamos, pues, en que hay Dios... es decir Dios que se afana y desvela por su mundo. Estamos en que hay mundo en proceso de evolución. Estamos ante Dios ingeniero que dirige su obra de acuerdo con designio, que es diseño y "blue print", original. Diseño de pirámide perfecta de creación evolutiva que comienza con la Nada informe... que comienza con el comienzo de Dios mismo; porque según parece, esa Nada estaba ahí presente en el momento preciso en que Dios se dió cuenta de sí mismo. Y a continuación la pirámide se eleva, disminuyendo en lo ancho en razón de lo que alcanza de altura... ahora es el polvillo etéreo que sirve para hacer nebulosas... y los astros... y las tierras... y eso de llegar el momento exacto de la proporción adecuada de calor central y presión atmosférica y masaje solar para que surja la vida orgánica en forma de célula submarina... Labor ésta como la de cocinero enamorado de su oficio que con cariño y paciencia espera a que el guisado *esté*, a que el condimento quede *en punto*. La diferencia es de tiempo. Una Tierra, o una Luna, le ha de haber *cuajado* a Dios en la misma proporción, sólo que multiplicada por siglos de luz. Y después del comienzo de la vida orgánica... todo el procedimiento de la evolución de la vida, de modo que remate en la especie humana, y ésta en el hombre animal salvaje... y el hombre animal salvaje en animal civilizado que deje aparte lo inconveniente y nocivo de su animalidad, hasta llegar a candidato o postulante a la dignidad de hombre de la especie que Jesús de Nazaret constituye de por sí... En éstas estamos en los milenios que corren; estamos en darnos cuenta de que hay un peldaño más que escalar, camino de la punta de la pirámide del diseño divino... Esta cosmovisión es la cristiana tradicional nuestra... Algún chino, o algún hindú, de los lectores de estas líneas nos dirá que es visión falsa; y quizás que se diese el caso

de que lo fuere; pero no hay otra para el fin de lo que sigue: es la premisa de lo que se viene diciendo; y ello vale en cuanto la premisa valga. (Fin de la pausa.)

La unicidad de Jesús en cuanto hombre de la historia radica en que nació dotado de un genio excepcional de visión de *trasmundo* —de las cosas de su Padre, de las cosas del Reino de los Cielos, como les decía para hacerse entender entre un pueblo hambriento de reivindicación política y empapado de profecías de promisión sin cumplir todavía. Jesús de Nazaret nace predestinado *ab eterno* —y esto es lo que se encierra en el atisbo metafísico de la intervención del Espíritu Santo en su advenimiento— a ser Ejemplar de lo divino. Jesús *no es maestro* de una doctrina; los que se limitan a llamarlo maestro lo degradan, porque maestros los hay y de todas clases y de todas las artes. Jesús *no es filósofo* porque en sus máximas no hay nada nuevo, como que todas ellas arrancan del tronco hebreo. Y además el pueblo hebreo no ha hecho filosofía, que habrá hecho religión. Lo que es más, *Jesús no es fundador de religión*, como Mahoma, p. ej. Es decir, que no hay “jesusismo”. El punto éste es escabroso, pero se explicará de por sí cuando lleguemos a considerar al Cristo eterno que actúa en la historia, antes del advenimiento de Jesús y después de él.

Jesús es ejemplar de lo divino en el plano de la carne, y como tal supo cumplir con su destino de darle a la gente muestra de lo que se quiere decir con ese vocablo tan ambiguo que es “Dios”. Jesús se dió cuenta, primero, del diseño cósmico —de lo que él llamaba la “voluntad de mi Padre”— y en seguida se dió a enderezar su carrera hacia la meta del diseño, es decir, a acelerar el modo, a establecer el Reino entre los hombres, a convertir la tierra en cielo... Y al comienzo, según parece a la luz de los Evangelios, creyó que lo podría hacer por medio de la enseñanza... mas, antes de mucho, cuestión de veinte

meses entre la vocación y el sacrificio, ya sabía que la fórmula era de humillación, y padecimiento, y muerte... Y aun cuando se dió cuenta del tamaño del martirio —“si es posible, Padre, pase de mí esta copa”— salió a su encuentro sin vacilación, muy entero... como está escrito, que “afirmó Jesús su rostro para subir a Jerusalem” sabedor de que en Jerusalén lo habrían de aprehender y crucificar...

El advenimiento del Nazareno es al mismo tiempo acontecimiento y símbolo. La señal se hace efectiva, como cuando circula el oro y la moneda vale lo que lleva inscrito en la divisa: connubio del contenido con el continente que encuentra rito en la pasión y en la muerte de Jesús de Nazaret. O bien, hazaña procera de sufrir y morir, de prócer que se torna así, por golpe de táctica divina, Hijo de Dios y Dios mismo encarnado, de igual categoría con el Padre que en el Ante-Tiempo lo engendrara... como se sabe por la cláusula dinamitosa de la *Filioque*, que vale por establecimiento del principio societario aun en el orbe de la Deidad trina y una... El poder, y la gracia, y el espíritu, emanan *también del Hijo*... Lo de “segunda persona” de la trinidad santísima no enuncia subordinación. El Padre y el Hijo son uno, aun desde el Principio. Principio del Prólogo del Evangelio Cuarto —prólogo de filosofía helénico—: “En el Principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios...” El Verbo es el Logos —el Logos es la Razón de ser de Dios— porque a Dios no le basta con ser; el ser a secas no afecta para bien ni para mal.

El Ser cuenta, pero no llega al fin de la cuenta. Dios, después de todo, no tiene nada de particular. Que Dios es, lo saben hasta los mochuelos del Olivar. Que Dios es, no se puede evitar; que Dios se requiere en el panorama del hombre constituido en sociedad, resulta sentencia de lugares comunes y presente en el diccionario teológico de Jean Marie Arouet,

simpático joven intelectual francés de mucho talento que aun en vida se supo tejer su propia aureola de inmortalidad con sólo atacar a Dios a la indirecta, si bien que lo que quería decir era que todos los sacerdotes y todas las religiones, ítem las iglesias, andaban descarriadas del buen camino sacerdotal; que el buen camino era, claro que lo está, el de Jean Marie. De modo que si no hubiera Dios, habría que inventarlo. Pero sí que lo hay; pues que en todo proceso, en toda teoría, se llega irremisiblemente al punto de callejón sin salida, a la sempiterna causa de las causas, que se postula aunque no se pueda demostrar, si tan sólo para darle fin a la búsqueda y descansar.

El *Dios que es*, será Dios común y corriente, Dios del monoteísmo de las religiones semíticas, como el que desde el fondo ardiente de la zarza del desierto le proclama a Moisés descalzo: *Yo soy el que soy*. Esto de ser será en todo caso asunto serio y de gran responsabilidad. Es como el cimiento y la base fundamental de todo negocio de ontología. Se nos ha enseñado que *primero es ser y a continuación la manera de ser*. Con todo, el ser se antoja insípido, cosa bruta y sin pulir, piedra de granito que lleva más de una joya de escultura adentro, pero en potencia tan sólo, porque todavía no hay quien le meta mano y martillo y cincel. El ser de por sí y ante sí es como verbo neutro e intransitivo de la gramática... sin acción, sin objeto, sin complemento, sin recipiente... El ser así es esencia volátil que se evapora en el vacío sin tener enfrente nariz alguna que se embriague con su olor.

Quiere decir todo ello que el *Dios que es* desde la zarza ardiendo se advierte incompleto desde el punto de vista de la humanidad del planeta Tierra, que es la humanidad que atañe a esta lucubración. El Dios del antiguo Pentateuco anda sin revelar en plenitud todavía; su ciencia se limita al pueblo de

Israel; su religión es de pueblo escogido y aparte; la cosmovisión se circunscribe al predio israelita. Y hay en efecto otros dioses con sus mundos y pueblos respectivos aparte —dioses y pueblos y mundos incircuncisos.

De donde que se imponga en la historia la insurgencia de una Ley Segunda y un Nuevo Testamento anunciador del Complemento de Dios, del Hijo, de la Segunda Persona, del Verbo, que es la Razón o Logos de los griegos. Dios, la primera persona, *es lo que es*, es la esencia de la Deidad. Cristo, la segunda persona, *es lo que es y otra cosa más*. Cristo es la *razón de ser de Dios*. Es Dios que se explica en la historia, que se desarrolla, y desenvuelve, y revela, como se hace con las negativas de fotografía.

Caso de conjugación de lo divino se tiene aquí. Dios *per se* es Dios más inasequible todavía que el de Aristóteles, que si bien no hacía cosa alguna en todo caso, pensaba *en sí mismo*. El Dios *per se* ni siquiera piensa; porque pensamiento es limitación, y cadena. La esencia es así: flúido sin frasco es el continente; el frasco es la razón de ser de lo que es. He aquí la función de Cristo en la historia. Cristo es el continente de la esencia. Cristo frasco del perfume celestial. Cristo que le sirve a Dios de exponente. Cristo que en Jesús toma forma de gente y les muestra a los hombres en la carne, la gloria paternal, “del unigénito del Padre”, que nos dirá Juan de Éfeso.

Cristo, empero, vale por *Logos*, por el Verbo, que el Evangelio emplea para designar a Dios-Palabra, es decir, a Dios-extenso, a Dios-revelado, a Dios-conjugado... a Dios en acción. La relación lógica entre Dios y Cristo —Primera persona y Segunda persona— se puede comparar entre la relación política que hay entre Estado y Gobierno. El Estado es lo que es; pero no será nada, sin un gobierno que lo incorpore y os-

tente y represente. Cristo Delegado Plenipotenciario en el departamento de la gobernación espiritual de la humanidad. El Estado no puede obrar de por sí; necesita de un gobierno en que depositar su soberanía para fines actuales. Lo mismo será cierto de Dios, que por su majestad misma tiende a la distancia y al aislamiento... como se advierte en el método por eliminación de definir a Dios, diciendo que no es esto, ni lo otro, ni... ni...

El *Dios-esencia*, por tanto, se vale del *Dios-razón*, que es el Logos o sea la Palabra, el Verbo de la comunicación, para entrar en la historia, que es el solar de los humanos. He aquí un algo oscurecido por la abundancia de luz... Parece como si hubiera dos Dioses; pero no hay más que uno y el mismo... en dos aspectos, en dos funciones, en conjugación como de gramática... Hay varios modos, pero el verbo nunca pierde su raíz. Yo am-o; yo am-aría; yo hubiese am-ado. En todo caso la radical presente del Amor.

Dios-Padre del modo infinitivo. Dios-Hijo del indicativo (El Espíritu Santo es el subjuntivo, y el imperativo es en realidad subjuntivo). En todo caso es la raíz (el tronco semántico), la que opera, porque Cristo es *Dios de Dios* y Dios mismo, pero asequible, presente en el tiempo y el espacio, fuera y aparte de la Eternidad...

Dios-esencia y Dios-razón no son categorías filosóficas; son Personas en sentido de afines al hombre en lo personal, por haberlo creado... los dos. Como que por el Logos *fueron criadas todas las cosas... y por él todas las cosas subsisten* (Así en Colosenses 1:16-17). Esencia y Razón se encuentran en la historia, en forma de anagnórisis del Verbo Eterno con el Verbo Encarnado, a la usanza de la antigua tragedia de los griegos: motivo del reconocimiento de dos personas que de repente se dan cuenta de que son una y la misma. Como quien se percata

súbito de que trae consigo "un otro"; y en seguida de que "el otro" no lo es; que será "él mismo"; ciencia de que no hay "otro", porque la noción misma de lo tercero destruye para comenzar el principio de Identidad substantivo de la vida en todas sus manifestaciones.

Motivo éste se ha de examinar con temor y temblor, en resitura de Presencia, como quien se sabe en medio de un ambiente poblado de Voces y Visiones... como quien abre los oídos para oír... como quien se ensancha la pupila queriendo con ello desvestirle su negrura a la sombra y al intentarlo cierra el ojo audaz memoroso del tabú, pues que está escrito que sólo los puros son capaces de ver en plenitud. De rodillas, por tanto, que si no mejor fuera detenerse aquí mismo, antes de llegar al umbral de lo misterioso tremendo, que a pesar de su halo de asombro, se mantiene siempre al alcance de quien sabe quitarse las sandalias en el tiempo oportuno de escuchar la voz reveladora de la fórmula de química sintética con que se hicieron las cosas de la materia y las cosas de la humana personalidad... Porque estas segundas están hechas, que tal parece, con la misma prescripción que las primeras, sus hermanas... y por el mismo Hacedor.

Dios-esencia y Dios-razón concurren en la persona de Jesús de Nazaret. La anagnórisis ocurre en la intimidad del Nazareno. Jesús-hombre se reconoce a sí mismo, se descubre, se sabe otro aparte de lo que es en lo superficial. Jesús se da cuenta del *Logos* que lleva adentro. Ésta es la vocación del Rabino judío: su darse cuenta de ser Hijo de Dios... y luego en seguida... su darse cuenta, ítem de más, de que es, en efecto, Dios mismo. He aquí el misterio-problema, de cuya revelación y de cuya solución depende nada menos que la verdad, o la falsedad, del sistema cristiano, del *Weltanschauung* evangélico, de la cosmovisión bíblica... porque si Jesús de Nazaret no es

también Dios de Dios, esa cosmovisión pierde automáticamente sus títulos de unicidad y se torna una de tantas otras de la historia, destinada a ser superada en buena sazón.

Si Jesús de Nazaret es hombre de la historia exclusivamente, entonces pertenece a la galería de los Buenos: de los apóstoles, de los mártires, de los héroes religiosos, de los fundadores de sistemas de culto a la manera de Gautama y Mahoma —a la manera misma de Moisés, y de Pablo de Tarso. El Martirio de Jesús tiene algo de exclusivo y aparte. Son legión los sacrificados antes y después del Incidente del Cerro de las Calaveras de Jerusalén. No hay debate en torno a la naturaleza moral del hecho. El hecho es muestra de la ley del Sufrimiento en acción. Es demostración de que el *Amor-que-crea* es cara frontal de una medalla con reverso de *Amor-que-se-muere-en-rescate*: que no hay Belén Efrata sin Huerto de Getsemaní: que la Muerte tiene plaza principal en el festín de la Vida: que el Placer de las iniciaciones reclama corolario en el Dolor de los alumbramientos: que la Vida es así... aun en sus formas unicelulares.

Lo único del Sacrificio del Calvario radica en la naturaleza del Sacrificado... La noción de la anagnórisis, del reconocimiento, si se capta bien, puede resolver en términos de lógica el problema que Jesús de Nazaret le posita a cada generación. Se quiere decir que Jesús de Nazaret no fué Ente de otro mundo que anduvo treinta y tres años sobre la tierra... con todo y que se ha dicho que fué en efecto, Dios de Dios. Jesús de Nazaret nace en la plenitud del tiempo... y surge del pueblo más indicado, de la stirpe religiosa por antonomasia, de la gente escogida, de la raza con tradición espiritual sin interrumpir, de la nación maestra en el ramo del conocimiento del factor teológico. Es decir, del pueblo que como ningún otro ha tenido constantemente una visión clara de *Dios-en-*

sentido-religioso (que no en sentido filosófico, ni científico, ni artístico, ni social).

Jesús nace de la aristocracia espiritual humana: de gente que anduvo con Dios desde los tiempos primeros. Nada se sabe a ciencia cierta de la vida de Jesús entre sus doce años y sus treinta... Nada se sabe, porque lo más probable es que durante ese período no hizo cosa digna de mención... excepto lo que hacen los que lo imitan, los aristócratas del espíritu, que no desarrollan actividad espectacular, a no ser en el reino silencioso de la acción anónima. Jesús hizo su vida sencilla y común y corriente de carpintero, al igual que su padre José, siendo lo más probable que le sucediera en el taller.

Jesús, en cuanto hombre, encarna el ejemplar supremo de *homo religiosus*, que vale por decir *hombre con consciencia de Dios*. Jesús, en el curso entero de la historia, es el sabio de los sabios de la sabiduría divina. Sabio de una sabiduría que rebasa las lindes de la enseñanza... porque el ser Maestro es secundario donde Jesús. El Jesús sabio de las cosas de Dios exuda sabiduría, que es presencia de Dios, que es Espíritu Santo... que es la fuerza flúida que se extiende por todos los intersticios de lo existente como substancia mantenedora... Con razón los helenistas le llamaron PNEUMA al Espíritu, que vale como decir aire y aliento y *élan*. Jesús resulta de tal modo el Dinamo de lo divino en la fábrica de lo humano. Jesús es el primer espécimen —sui géneris— de humanidad cualificada para encarnar a Dios en plenitud de manifestación.

La encarnación no se lleva a cabo por modo de relámpago ni gracias a milagro repentino trastornador del orden establecido. La encarnación —es decir, la manifestación de Dios en Jesús— ocurre por forma de evolución creadora. Jesús es hijo de José y María... Jesús es hombre de la especie humana, sujeto a los dolores y a las flaquezas de la carne... Empero,

llega el momento, cierta vez de sus treinta años, en el taller de Nazaret, quizás mientras la garlopa canta arrancándole rizos a la tabla sin pulir... en que el carpintero se vuelve de repente en sí y se da cuenta de una especie de personalidad doble en medio de su unidad. Es el momento de la anagnórisis. Es el reconocimiento del Ente interior, del Logos, de la Palabra, de la Voz que le habla como en monólogo que se torna diálogo, y viceversa. Esto se ve más que claramente en la multitud de sus declaraciones posteriores, principalmente en el Evangelio de Juan, a saber: "Creéis en Dios, creed también en mí... Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no por mí... Si me conocieris también al Padre conoceríais... El que me ha visto ha visto al Padre... Salí del Padre y he venido al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre... Y todas mis cosas (oh Padre) son tus cosas, y tus cosas son mis cosas... Para que todos sean una cosa, como tú, Padre, en mí, y yo en ti (somos una cosa)..."

El sentido de comisión, el llamado, la vocación... En el caso de Jesús la situación difiere de las demás comisiones y llamados, y vocaciones... Vocación y comisión aparecen "por añadidura". La experiencia del Nazareno es otra: es reconocimiento, es saberse parte de un todo doble; saberse Hijo de Dios, pero no en sentido general, sino que personalísimo. Sabe que es Hijo de Dios porque se siente lleno de Dios. Dios le bulle en el pecho y se le revela en cosquilleo de la garganta. "Hijo-de-Dios" vale así por manera de "Yo también", de alter ego de la Deidad, de delegado con potencia plena, de Dios mismo entre los hombres... Y entre los hombres, es decir, en el plano de la experiencia humana, Jesús impregnado de Dios es el Dios único asequible... porque "A Dios nadie le vió jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró". (Que es como Juan trata de explicar el misterio de la presencia

divina en la persona de Jesús. O sea, identificándole como el Logos, con la Razón de Dios, que es circunloquio filosófico con que se describe el flanco visible de la Deidad.)

Con Jesús, saberse Dios significa saberse *Condenado-a-muerte-de-Cruz*. La vocación de salir, de abandonar el destino de carpintero, y el hogar, y la familia, y todo, y tomar la cruz, y echarse al camino a predicar... es consecuencia del reconocimiento. La función de Dios encarnado en hombre es de morir en rescate por muchos, es decir, por todos. Ésta es la esencia de la religión alta, y ésta la naturaleza de la Deidad: función de sacrificio constante, de morir perenne, para que la vida perdure; porque la vida se mantiene de muerte; o si no, de su equivalente, que es dolor.

Jesús nace cualificado. Jesús reconoce al Padre que lleva vivísimo adentro. Jesús se da cuenta en seguida de que Padre e Hijo son una cosa y la misma. Jesús traslada el motor del querer divino, que es amor, al campo de la acción. Jesús acepta el mandato, que él mismo se da. Y Jesús, después de una veintena de meses de labor de enseñanza y obra social, le da cara a su destino y marcha a Jerusalén a constatar con hecho histórico y práctico, la teoría del patrón cósmico, que consiste en sacrificarse por el pueblo, por la humanidad entera, para que el pueblo y la humanidad tengan vida, y la tengan en grande abundancia. Ya desde entonces, Jesús ya no es Jesús. El Nazareno ya no es judío. Jesús es ahora ya Cristo, y universal: Dios de Dios mismo y crucificado para salud de todas las gentes...

y)

EL CRISTO QUE HUBO EN JESUS

Y aquel Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros —y vimos su gloria, como del unigénito del Padre—, lleno de gracia y de verdad... En este versillo se tiene lo que importa, lo medular y significativo del Cuarto Evangelio; porque descubre el velo de lo implicado en el comienzo del Prólogo, de que: *en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*... Lo medular es la encarnación del Verbo. El Verbo se hizo carne; y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, que era gloria como la del unigénito del Padre... He aquí una buena nueva, he aquí un evangelio, he aquí una vista universal que levanta al hombre y le agiganta la dignidad. Y he aquí un acontecimiento único de toda unicidad: el de la entrada formal de lo divino al mundo de lo humano —es a saber, la incorporación de Dios, en cuanto Cristo, al organismo del tiempo y la carne, en Jesús de Nazareth. He aquí un hecho histórico que rebasa asimismo los lindes de la historia. Es hecho del nivel humano de la marcha del tiempo, donde lo temporal parece como que se desgaja para darle entrada a lo eterno. Es el hecho de la dignificación de la carne. Es la liquidación del concepto anterior de la pecaminosidad y deficiencia de lo humano por su precisa condición de humano. Aquí, la encarnación del Verbo adquiere relieves muchísimo más grandes de los teológicos con que ha corrido

a través de diecinueve siglos en el mundo occidental. La Encarnación se torna así problema más de biología que de interpretación. Se tiene por delante un hecho de carne y hueso. Valga decir, un Dios de carne y hueso...

Pero ¡qué carne! y ¡qué hueso! Esto es, ¡qué hombre! Se tiene un hombre que no bien se lo topa usted cuando ya lo está mentando con mayúscula, cuando ya lo sabe *como* el Hombre por antonomasia. Esto es, la muestra de la hombridad en su calidad de cumbre, y en su cualidad de apoteosis. Porque en el Hombre que fué Jesús de Nazaret se tiene el tipo de perfección humana que algún día habrá de alcanzar la especie entera, cuando los tiempos se cumplan y las sazones se maduren; cuando lo que ahora apenas si son semillas de esperanza se conviertan en frutos de realización. He aquí el misterio que se le escapó al hombre del *Fausto*: el misterio de la divinidad de lo humano, que es misterio de mayor magnitud que el otro de la humanidad de lo divino. Es el misterio que todavía no descubren los conculcadores de las valías personales: el misterio de que “todos somos hijos de Dios”, vale decir, hermanos, si bien menores, del Hijo de Dios.

La encarnación del Verbo —cambiando ahora de figura— es manera de matrimonio y cópula de lo *lógico* con lo humano. Lo lógico, aquí, es lo del Logos del mundo helenista. Lo humano es lo de la Carne, lo de la forma, lo de Adán y Eva: lo de los complejos y los afectos, y las pasiones, y las maldades y los pecados. Mas he aquí que esa carne, esa humanidad terrena, esa hombridad pecaminosa, resulta digna de serle cuerpo y vehículo nada menos que a la manifestación tempo-espacial de lo Eterno e Inasequible. Eso es lo que se significa en el dicho del cuarto evangelista, de que el Verbo de Dios —Dios mismo, Dios de Dios— se hizo carne, se hizo hombre, sujeto salido de vientre de mujer: objeto de las limitaciones y tenta-

ciones de todo hombre común y corriente. Y hubo más: no sólo se hizo hombre sino que también se desarrolló como hombre corriente y común, como proletario hijo de proletario, como individuo de su tiempo y de su historia, y de su pueblo y de su humanidad...

Ese hombre —Jesús, carpintero, hijo de carpintero— habitó entre los hombres y entre ellos aceptó en tiempo oportuno su vocación de salvador, y fué fiel a ella dentro del cuadro histórico, hasta llevarla a su culminación lógica en el sacrificio de la Cruz. Pero entre cabo y cabo de su carrera terrena pudo dejar y supo dejar en las conciencias de los que lo conocieron la impresión de los siglos —impresión torcedora del curso de la historia— que se adivina en el contenido de la frase citada de que “vimos su gloria”, que les pareció como gloria del Unigénito del Padre... En esa contemplación de la gloria que emanaba de la personalidad del Carpintero se tiene el inicio del proceso de deificación de Jesús en las conciencias de sus primeros adeptos. Porque, ciertamente que de Jesús se puede decir, valiéndose de la bien conocida frase, que si no hubiera sido Hijo de Dios, habría sido menester proclamarlo por tal...

Y se dice eso porque siempre en la historia hay criaturas capaces de percatarse de los valores eternos, que serán las criaturas que escuchan voces y ven visiones. Esto es, que cuantas veces el Logos divino irrumpe en el tiempo tantas otras hay personas —siquiera una— que se dan cuenta de la irrupción. En el caso que tenemos por delante, unos cuantos llegaron a la ciencia del origen y la calidad del sacrificado del Calvario. Fueron unos cuantos que, pese a su condición de descastados, alteraron, en el lapso de dos o tres generaciones, el curso de la historia. Y fué su ciencia del hecho, más bien que el hecho mismo, lo que produjo la alteración. Esto es, que en última instancia, también el hombre es condición sine qua non. Esto

es, que Dios necesita del hombre para desarrollar su programa, inclusive la parte del programa que se tiene en la Encarnación. Entonces como ahora y como siempre sigue en pie el postulado: *Sine Deo nullus mundus; Sine mundo, nullus Deus.*

El acontecimiento histórico —ahora la venida al mundo de Jesús, hijo del carpintero José de Nazaret— no es otra cosa que símbolo y apariencia existencial del hecho transhistórico. No es que se haya estructurado un mito deificante sobre la persona del Nazareno; no es que sus discípulos le hayan creado ad hoc un halo de divinidad; no hubo proceso de apoteosis de acuerdo con la usanza de aquellos días en que los césares augustos ascendían al Olimpo por la escala de la supersticiosa devoción de sus súbditos. Hubo todo lo contrario. La nati-vidad le fué como fenómeno al nómeno de la encarnación. El nacimiento del mesías esperado fué simple constatación material de la irrupción del Espíritu Eterno —del Logos de Dios— en el tiempo.

La natividad es manera de demostración práctica del funcionamiento del “proceso Cristo”. Porque “Cristo” es un proceso. Es suerte de proceso embriológico. Y se entiende que Cristo es figura idéntica con el Logos. Y se sabe, también, que la valía suma del Cuarto Evangelio se tiene ni más ni menos que en la traslación del mensaje hebraico de los evangelios sinópticos al pensamiento occidental del tiempo en cuestión, que era el pensamiento helenista. Precisamente, la contribución del cuarto evangelista consistió en poner al alcance de la cultura mediterránea lo que estuvo a punto de quedarse convertido en simple secta del judaísmo, caso de que hubiese prevalecido el punto de mira del primer grupo cristiano de Jerusalem, encabezados por el hermano de Jesús. El proceso que se inicia con la natividad —proceso de la encarnación temporal del Logos, que Logos es el Verbo —es movimiento en marcha: mo-

vimiento de “logización” —permítase la palabra— de la carne, a saber, de la humanidad zoológica: manera de elevación del hombre-masa a la categoría de hombre-persona. Se dijo hace un momento que el proceso era embriológico: proceso de desarrollo de la simiente santa, del Logos de Dios que el hombre se trae ab eterno en la entraña, pero que por causas de ambiente y de tiempo no crece ni se desarrolla en su debida sazón... Por eso se ha dicho y con razón que Jesús nació “en la plenitud de los tiempos”, en momento saturado de divinidad, que significa momento de esos en que los humanos reaccionan contra lo negativo y la reacción toma forma de anhelo comunal: como cuando las masas sienten inquietudes que parecen cósmicas: empujones subterráneos, halones de la altura... Y es por eso que salen a las afueras de sus ciudades a esperar al que viene, o bien levantan la vista en medio de la noche y descubren estrellas portentosas que se los llevan a través del desierto de las tragedias circunstanciales, hasta Belén de Judea. El nacido de Belén resulta más grande que los demás nacidos de las demás Belenes del planeta por cuanto llegó en el momento más saturado de que se sabe en nuestro mundo. Y, porque aun en el nacer dió muestra de su calidad de abajado y servidor. Porque Belén fué prólogo de la obra cuyo epílogo habría de ser Gólgota... Y se dice que Gólgota es el epílogo porque lo siguiente —ahora la resurrección— es cosa aparte y del siguiente plano, ya que aquí se trata solamente del proceso de la encarnación, que será el proceso de la “logización” de la carne, que es la divinización de la humanidad.

Jesús es figura subordinada a la historia y a la geografía, en cuanto fué vehículo y vaso del Logos, del Verbo, del Espíritu de Dios. El Logos, el Cristo, el Dios-de-Dios de las controversias teológicas, es esencia de fuera del tiempo y del espacio. He aquí una vista lateral del proceso, que explica la suerte

de apoteosis de que fuera objeto el Nazareno. He aquí una explicación lógica —ahora en provincia de epistemología mu-
dana— de lo que los indoctos llaman el milagro, o el absurdo de la resurrección. La explicación es simple de toda simplicidad... Se tiene una esencia que al desvasarse, al “volver Padre”, se llevó consigo a su vaso, para asombro de los guardianes del sepulcro y para escándalo de los esclavos de la ley de la causalidad física... (La resurrección, empero, es tem-
autónomo en sí, aparte del de la encarnación. Esta segunda s-
puede tomar por el aspecto social de una cosa y la misma, cuy-
cara opuesta será netamente teológica: esto es, la de la resur-
rrección.)

La encarnación del Verbo, que es la humanización del Logos, que es la conjunción de lo de la Carne con lo del Espíritu es, en potencia, proceso perpetuo. El acontecimiento de Nazaret fué tan sólo ejemplo práctico para bien de los de poca vista; fué demostración de fuerza del Amor divino. Pero, “proceso Cristo”, digamos, el proceso Lógico, se está desarrollando a cada momento con ritmo similar al que mueve los astros y reglamenta la ubicación de las constelaciones. Todas las cosas fueron por él hechas y nada de lo que es hecho se hizo jamás sin él; porque en él está la vida, esa vida que es luz de los hombres. Estamos frente al *élan* vital de todo lo que existe delante del motor primero del Cosmos...

Ese Logos, ese Verbo, ese Cristo, es el centro del orden cósmico, el principio constitutivo y constituyente de la vida universal. A propósito viene la experiencia de Pablo de Tarsus quien al personarse con el Cristo creyó de toda fe haber estado en contacto con la realidad última, a juzgar por lo de Colosenses 1:15, de que “El cual es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura...” Claro que esta noción no es necesariamente paulina: es la anterior del mesías celestial ap-

calíptico que, en medio de sus aparentes fallas de racionalidad, conserva entera la esencia de la idea de la encarnación, si bien la presenta en términos de un descenso, de una llegada, del Ser trasmundano que baja a donde los hombres. Claro que gérmenes de esa idea se habían tenido ya en la "lluvia de oro" de los griegos y en el descenso del Marduk sumerio al mundo de Tiamat, en misión redentora, como la de destruir al dragón...

El "proceso Cristo", cuya función macrocósmica no es objeto de estas líneas, tiene también su función personal, en el campo de lo humano, en el predio de las almas, y en el reino de los espíritus. El proceso es, en efecto, un alumbramiento de germen de vida que estaba escondido en lo recóndito de cada espíritu; porque cada hombre, por su categoría de hombre, lleva adentro una semilla de Cristo. Así, el proceso de la humanización del Verbo es como brotar de una simiente, como eclosión de una aurora, como Natividad semejante a la de diecinueve siglos ha. Se trata del nacimiento de una nueva criatura que desplaza a la vieja, por cuanto se apodera de su voluntad y se la tuerce por nuevas sendas y distintos derroteros: las sendas de la purificación catártica y los derroteros del servicio sacrificial.

De otro modo, el advenimiento del Logos, en el espíritu de cada individuo, se puede concebir como la liberación de un prisionero que se lleva adentro, en jaula cuyos barrotes no son ya los tradicionales del tiempo y el espacio, sino que los actuales y muy prácticos de las pasiones y los pecados. He aquí una verdad pesada por lo misteriosa y tremenda por lo irremisible: que todos somos *crístóforos*, querámoslo o no: que todos llevamos a cuestas una carga de Dios, y que la tragedia humana consiste, en lo personal, en el trabajo de la inercia atávica que retarda, o impide, el alumbramiento. Cuando lo impide, el *crístóforo* va por la vida de la carne cargando un Cristo muerto.

Quien va de tal manera es, a su vez, cadáver: cadáver ambulante, aunque haga discursos y pregone ideologías. Andamos aquí por la tierra de lo que en lenguaje del Apocalipsis se llama la muerte segunda, la muerte sin resurrección, el aniquilamiento final de la entidad personal: se trata de individuos que han perdido su documentación y que por eso pierden también la prerrogativa de viajar rumbo a su destino. Esos son los varados.

Sean ahora los otros: los *crístóforos* del alumbramiento retardado. Estos son los que se dan cuenta de su estado de gravedad. Ahora, como siempre, la salvación tiene su flanco de ciencia, de conocimiento. Estamos frente a hombres con *sentido*: hombres que sienten adentro un peso; hombres en la garrra de un complejo. Con Kant será la carga del imperativo categórico: la realización de que ciertas cosas se tienen que hacer de un modo dado y sólo de ese modo. Con los filósofos de la India será la perpetua presencia del Karma, la ciencia de que la vida tiene que ser continuo proceso de purgación, de que siempre y a través de ciclos sin fin hay un puente levadizo que abajar, para que el espíritu salga del castillo almenado que le sirve de prisión. Entre cristianos, la carga será de conciencia de pecado, que ya desde los tiempos de los profetas y a través de las escrituras de los salmistas y los apocalípticos toma forma en el grito angustioso del ser que siente dolores como de parto y que le avienta al cielo su invocación: "A tí, a tí hemos pecado, y hemos hecho lo malo delante de tus ojos; purifícanos con hisopo y seremos limpios..." La inercia atávica, el halón de lo que se opone al alumbramiento, en veces parece como que contribuye a realzar la presencia del Cristo prisionero. Estamos aquí en el terreno de los remordimientos, y los gritos de la conciencia, y los sentidos de frustración, y los casos del *mínimum irreductible* de dignidad que hay en todo hombre, pese a su

indignidad y no obstante sus errores, o sus delitos, o sus iniquidades... Donde Jesús y en su doctrina, los ladrones, y los homicidas y las rameras también son *cristóforos*, también son dignos de convertirse en vehículos del Espíritu eterno, en encarnadores —¡la proporción bien guardada!— del Logos de Dios...

He aquí yo estoy a la puerta y llamo... El forastero que toca tres veces a la puerta en medio de la noche es forastero que llega de adentro, desde el fondo de una tierra que resulta ajena por desconocida, pero que es propia: tierra que es cárcel del Cristo, pero que está destinada a convertirse en hogar del mismo. El triple llamado de la Fuerza interior es el llamado del Cosmos, es el ritornelo de la Quinta Sinfonía: el llamado del Destino: la convocación a la libertad: el levántate y resplandece del Profeta: el alarma y rebato y botasilla de la legión blanca que convoca a la batalla final, que es la batalla de la liberación, el romper de las cadenas, la toma de la Bastilla del pecado y su destrucción de una vez y para siempre, para que en su sitio se levante un templo, como el del corazón que deviene uno con el corazón del Cosmos, a saber, Dios en Cristo y por Cristo...

Hombre-templo será, en efecto, el hombre que en su seno le haya permitido nacer al Cristo: será hombre de especie divina ahora sí por cuanto se convierte en socio del Eterno y en coadjutor de su tarea de irrupción *lógica*, que es la tarea de la animación de la materia, de la colonización espiritual del mundo de la carne, que de antes fuera ajeno y hostil: tarea de alta cultura, que es la cultura entera y completa, la que abarca lo trascendente, y lo hace parte y parcela de lo circunstancial.

z)

EL LLAMADO DE LA GRUTA

Y he aquí un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante del Eterno: mas el Eterno no estaba en el viento... Y tras el viento un terremoto: mas el Eterno no estaba en el terremoto... Y tras el terremoto un fuego: mas el Eterno no estaba en el fuego... Y tras el fuego un silbo apacible y delicado, como el soplo de susurros leve... Y cuando lo oyó Elías se cubrió el rostro con su manto y salió, y paróse a la puerta de la cueva... Y he aquí que llegó una voz que decía: ¿Qué haces aquí, Elías?...

Lo que significa que las realidades últimas no están en el simún de las conmociones sociales, ni en el sacudimiento del trastorno libertario, ni en la conflagración que incinera regimientos de yesca idóneos para el incendio; sino que en el hálito sutil y sibilante que sale de una cueva, como vocecilla que cuchichea, como palabra pronunciada por la boca de la Tierra Madre, en el monte del Horeb —combinación de caverna y pabellón, cópula de la altura con la hondura, abra amigos del sol...

La experiencia del Thisbita de Galaad —*I Reyes*, 17:1— —buena de contar en sazones de morbo, como la actual, en que se ve el género humano enfermo de ruido... Porque el ruido es enfermedad, cólera y peste, que destruye las dendritas del sistema nervioso para en seguida acancerar las celdillas invisibles...

bles del espíritu. Por eso el ruido es mal agostador de la cosa pública —esto es la *re publica*—, porque destruye y mina la cosa personal, vale decir, la *re privata*. Hoy con hoy, la tergiversación de los conceptos llega a colmos de extravagancia. Hoy con hoy, acción significa gritería. Con el advenimiento de la radio —la técnica al servicio del estruendo— surge la posibilidad de una especie sorda o, cuando menos, de audición deficiente. De todos modos, formamos en una generación incapaz, que tal parece, de percibir el silbo apacible y delicado portador del consejo eterno...

Esto de escuchar voces sibilantes que hablan en la sombra del silencio de las abras del desierto no es práctica de agüeros y presagios, ni siquiera de mística a la manera de santa Teresa o san Juan de la Cruz; es pauta de alta política muy buena de seguir por los que se dan al oficio de conducir multitudes... Sea, si no, el caso de Elías que se tiene por enfrente. ¿Qué le dijo el soplo de susurro leve que él tuvo por voz del Eterno? Le dijo: "Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco: y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria; y a Jehú, hijo de Nimsi, ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo, hijo de Saphat, de Abelmehula, ungirás para que sea profeta en lugar de ti..." (Op. cit.: xix-15). Se tiene aquí la norma de la vida equilibrada: un subir a la altura en busca de inspiración; un bajar al valle a convertir el ideal en hecho. Y en lo de Elías, un hecho de los que alteran la corriente de la historia. El profeta resulta así conductor que va con la mano en la nube y el pie en la tierra firme. Es la misma técnica del Profeta por antonomasia que de noche se retiraba al monte a rellenar en el silencio la botella de Leiden de su espíritu, para descender por la mañana a los caminos del mundo, en busca de enfermos que curar y de tristes que consolar. El principio es de buena aplicación en todo caso, y todo tiempo.

La voz de la caverna alta, que es el hálito orientador de los destinos humanos, que es la respuesta del Cosmos a todas las preguntas sinceras, es voz cuyo rumor está siempre al alcance del oído humano... Esto es, del oído que funciona, del oído no deteriorado por el alboroto de la civilización... Es que la caverna santa la llevamos adentro; pero llevamos también en el sistema nervioso uno como complejo anticavernario. Somos pueblo que se avergüenza de sus abuelos; la dragonamos de civiles y descartamos así la valía imperecedera de la caverna: la valía del silencio...

Somos civiles de una civilidad que consiste en sacarle respuestas al viento, y al terremoto, y al fuego; vale decir, que gustamos de la acción directa, que es acción periferal. Sobre Tolstoi todavía prevalece Bakunin. Nos vamos por la línea de menor resistencia. Somos prole orgullosa que rehusa doblar la cerviz, como que a la cueva se entra inclinando la cabeza. Ignoramos que los molinos de la Eternidad muelen lento, que es moler a lo indirecto; porque hoy como de antes la sabiduría de los hombres resulta insensatez frente a los juicios de Dios. De donde el querer muy humano de captar la realidad de prisa, a la carrera, en marcha...

La noción de marcha es madre de muchos dolores; como el dolor del progresivismo. Este es tara del siglo diecinueve que el veinte lleva a cuestas. Es la concepción de la vida como movimiento. Movimiento de ruedas. El movimiento rotativo no es progreso, porque la carrera vertiginosa conduce al punto de partida. El movimiento de verdad, en cambio, es proceso con preludios de quietud. Quien se está quieto llega más pronto que el apresurado. *Festina lente*. Como en el relato indostánico de la carrera de los dos gemelos.

Éranse que se eran dos gemelos hijos de Dios... La escena se abre con los mellizos sentados sobre las piernas del Padre.

El Padre les propone que corran una carrera hasta el fin del mundo, con premio para el vencedor. Y aceptan. Y el uno sale raudo como el viento en pos de la meta. Y el otro queda sentado, donde estaba, en el regazo paterno. Mas he aquí que cuando el primero llega al fin del mundo, el segundo ya ha llegado. Noción circular del cosmos donde el principio y el fin coinciden... Así el progresivismo desaforado que se balancea sobre lo de enfrente, sin plan y sin propósito, sin proyecto y sin consejo: como el primer gemelo. Como el escribitor que se sienta a la maquinilla, a ver qué le sale. Huelga decir que por regla general no le sale nada. Porque el genio, de acuerdo con la definición consabida, se hace de noventa y ocho por ciento de perspiración y dos por ciento de inspiración.

Elías profeta escuchó la voz de marcha hasta después de transcurridos cuarenta días y cuarenta noches de ayuno en la cueva —que— habla del desierto de Horeb... Cueva-monte del Sinaí, monte-cueva del yermo: lugar de silencio nutricio de la vida. Esto quiere decir antítesis de la civilización, antípoda de Babel, donde el ruido funciona de fecundador de la muerte. Por ello, por el preludio, la marcha así sí que es marcha en el sentido de avance, como de quien abre brecha en terreno hasta entonces virgen.

Preludio de silencio requiere toda empresa de orden orquestal. Y el silencio es ausencia de ruido. Es cosa ajena al "stajanovismo" y al "speed up", y a la eficiencia, y al método. El ruido es, en efecto, rugido, como que viene de *rugitus*; y como tal, bramido, estruendo y retumbo; sonido que pierde su virtud primordial de armonía: sonido desarticulado y confuso. Sin razón se emplea el vocablo traslaticiamente con valor de prestigio, pendencia, pleito y alboroto. Con razón figuradamente quiere decir apariencia grande de las cosas, sin substancia en

la realidad del hecho... Tónica de rugido, la tónica de hogaño. La humanidad regresa al bosque. En todo caso da muestras de jardín zoológico. Rugen los dictadores y los políticos, y los demócratas, y los radicales, y los conservadores. Rugen los funcionarios públicos, y los maestros, y los periodistas, y los ensayistas, y los escritores... Los que no rugen son los científicos; y en ello hay todo un sentido, toda una indicación.

El hombre de ciencia no ruge porque el laboratorio es caverna como la del monte de Horeb, donde se capta la verdad última tras de cuarenta días y cuarenta noches de vigilia constante, con la cerviz inclinada y el ojo fincado en la lente de la observación. Y el hombre de ciencia se distingue de los demás en que es hombre de silencio, que no grita, que no hace discursos ni emite doctrinas. Así las teorías científicas son simples formulaciones de hechos observados; son cosa impersonal y resultante del esfuerzo múltiple y silencioso de consecutiva teoría de observadores. Por eso es anticientífico hablar de darwinismo, y de freudismo, y de marxismo, que son vistas personales de sendos investigadores. Esto de personalizar es como sacar las cosas del sagrado del silencio al trivio de la gritería. Todo "ismo" es anticientífico, por personalista. Los "istas" que blasonan de ciencia lo que hacen es ir agarrados a los faldones de la levita del maestro. De donde que le sean rémora y piedra de tropiezo. En donde adquiere significado distinto la frase tan citada de "mis discípulos son los que me niegan".

El cansancio de nuestro siglo deriva de fatigas personales, de cargas auditivas, de pesadeces anímicas causadas por el sempiterno bombardeo del ruido. Cansancio aquél que reclama descanso, descanso que sólo se goza en la cueva del silencio. El silencio es el tónico mejor del cuerpo y del alma, de acuerdo con el dicho de William Penn, en carta dirigida a sus hijos,

en una época en que el ruido era menor. Decía: “el silencio verdadero es descanso del espíritu; el silencio le es al espíritu como el sueño le es al cuerpo: forma de alimento y refrigerio.”

De manera que un pueblo sujeto al impacto constante del ruido —concomitante de toda máquina en acción— es como ente que no duerme, como persona que no reconstruye en la penumbra del sueño las celdillas desgastadas por la actividad cotidiana. Por lo que se impone una especie de suspensión temporal de toda actividad: una visita a la caverna del silencio, que es matriz generadora de nuevas energías. Es propuesta de la misma calidad que la hecha por Chesterton, hace quince años, de declarar una moratoria en los bancos de la investigación científica, para que en el intervalo la sociedad se adapte a las condiciones creadas por los descubrimientos e invenciones; vale decir, para que la ley moral alcance a la ley mecánica; para que la máquina no coja el freno... Todavía no aprende *homo sapiens* que la velocidad de los logros va en razón inversa de su calidad. Todavía gusta de tomar el aquí y el ahora como medida histórica. Cada generación gusta de sentirse centro del devenir: se cree eje cuando apenas si será tuerca.

El mismo principio se puede aplicar a las actividades maquinísticas, productoras de ruido, del hombre contemporáneo que, por virtud de su convivencia con su criatura, la máquina, se torna en veces suerte de hombre mecánico, por no decir que hombre-máquina. Se impone una moratoria del ruido: un retiro del hombre a la gruta de la meditación. Esto será una suspensión de la actividad periferal para darle tiempo a la actividad honda de que se ponga al nivel de la otra; para que lo superficial no se imponga; para que lo de la costra no señoree sobre lo de la médula.

La marcha hacia la cueva del silencio es marcha que se ha de emprender cuanto antes en la vida de cada persona,

máxime cuando en el mundo de las máquinas mismas se advierte ya el comienzo de la peregrinación rumbo de Horeb. Ya se tienen máquinas silenciosas. Los maquinistas legítimos se percatan de la valía del silencio. Dijérase que intuitivamente se dan cuenta del peligro actual de que el hombre se convierta en especie sorda, de que la especie pierda el sentido de la audición. Significativo, por lo demás, que el ruido haga mayores estragos en el campo de lo figurado que en el campo de lo directo. El ruido traslaticio es reflejo del ruido físico, y el uno al otro se nutren mutuamente. Sea, por ejemplo, el ruido en el terreno que pisan el que esto ha escrito y el que ahora lo lee. El escribir mismo es proceso ruidoso. El autor siente la sensación, en veces, de sordera; en veces se le va el dictado interior, por razón del tecleto de la “Underwood” que le sirve. El tecleto es ruido destructor del pensamiento. Quizás por eso sea que en nuestros días ya no hay pensadores profundos, como en los tiempos en que se escribía a mano y en que la postura del escritor era postura de uno con la siniestra en la frente, y luego en atmósfera de quietud, en tesitura de silencio, como quien abre las compuertas de la sombra y espera la corriente vitalizadora. De antes, escribir —aunque fuera una carta personal— era un arte; ahora es una técnica —cosa que se hace más con la mano que con el alma.

Entre los escritores es, ni más ni menos, donde se advierte más la presencia del complejo del estruendo. Pero el mal no es necesariamente orgánico, sino que circunstancial. Se le puede concebir como efecto secundario de la Revolución industrial. Se trata de un contagio, de un mimetismo. Es el caso del hombre imitando a la máquina. Es el caso del hombre que cree progresar automatizándose. Un hombre que proyecta la suma total de sus mejores deseos no ya al plano celestial sino que al del *robot*. Así, el pensamiento se convierte en movimiento bien

coordinando de lugares comunes. Por eso no hay pensadores; lo que hay es máquinas de pensar; eso es lo que se informa en la substitución de las filosofías por las ideologías. La ideología es lo *standard*, lo producido en serie, lo tecnificado: el *textus receptus* del evangelio de una religión cuyo dios omnipotente es la máquina. Aquí se llega al aspecto negativo de la dialéctica como vía de aproximación a la verdad. El proceso racionante se hace mecánico de un mecanismo ensordecedor. Es un ruido monocorde que exaspera. Claro que los escritores no son los únicos mancos en este sentido: se les toma como ejemplo por ser los de casa. Y se les toma porque dan señas de ser la casta menos sensitiva a las leyes del cambio; esto es, la especie que se da cuenta al último, de la alteración del ritmo del progreso. Entre los escritores del común del pueblo literario el plan es de hacer ruido; de lograr lo estrepitoso. Se escribe no para difundir verdades captadas sino que para desparramar frases altisonantes... Aquí no se va contra las frases, porque también las hay de otra casta: las que se hacen en silencio, sutiles, hijas del estudio de los vocablos, y no simples golpes de ingenio periferal. Hay también un juego de palabras que es legítimo: juego como de cinegética: búsqueda de los sentidos radicales y profundos de las palabras. Pero el cazar es deporte arduo; se requiere mucho diccionario, y mucha cotejación de diccionarios; y muchas raíces griegas y latinas; y mucho detener de la corriente fantástica de la imaginación narcotizada por el ruido...

